



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

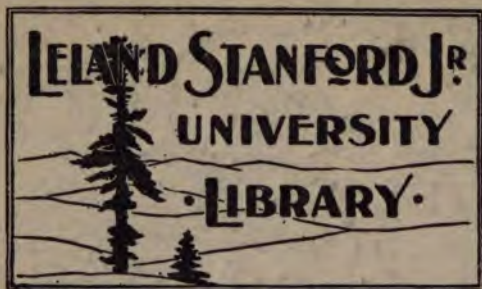
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

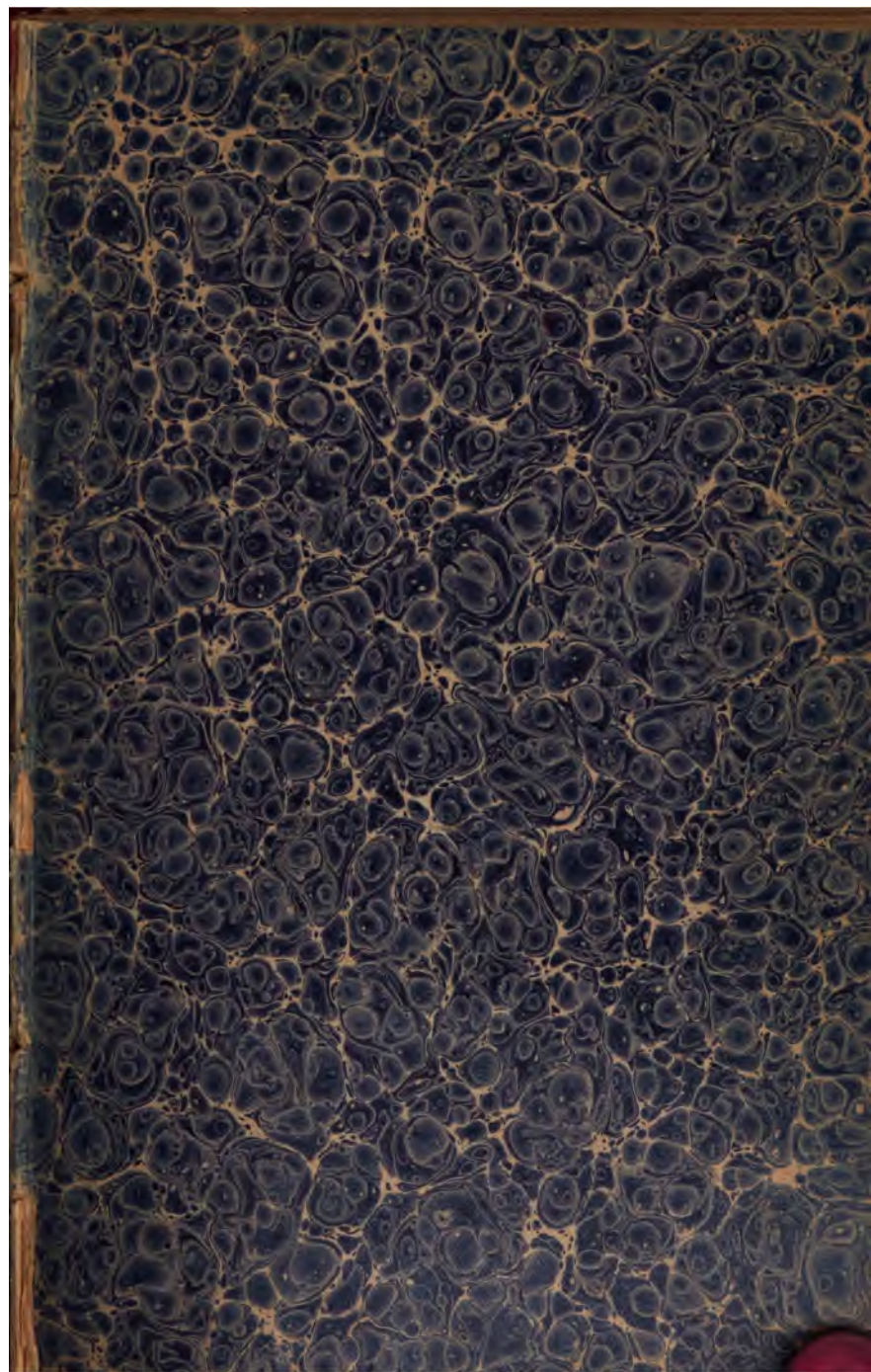
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





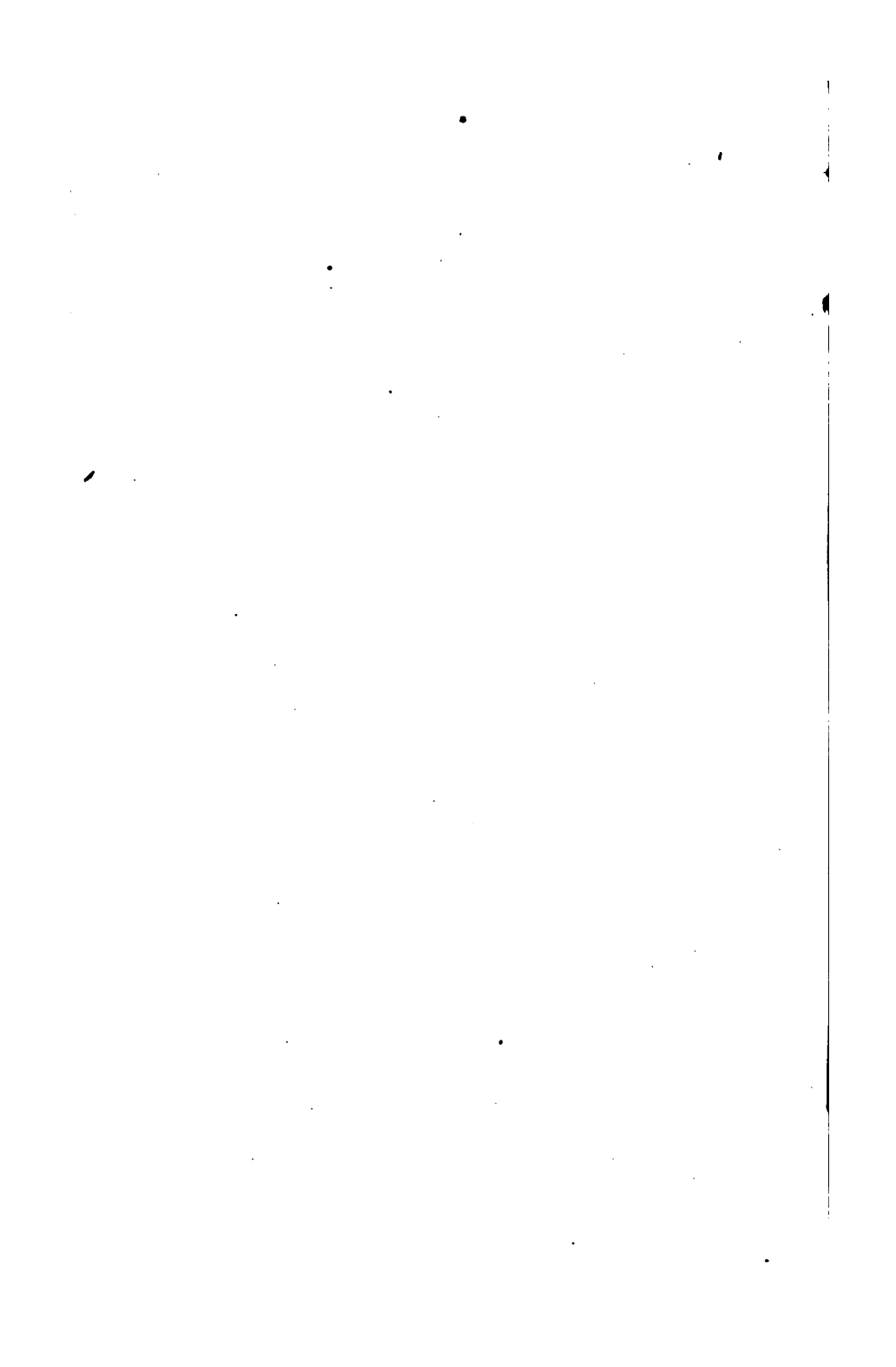
GIFT OF COOPER MEDICAL COLLEGE





864  
S61aL

EL ALMA ENFERMA.





# EL ALMA ENFERMA.

NOVELA ORIGINAL

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

TERCERA EDICION

cuidadosamente corregida por la autora.

~~~~~  
TOMO I.  
~~~~~

MADRID

Imprenta de la Viuda e Hijos de J. A. García.

Campomanes, núm. 6.

1882

P

---

Es propiedad de la autora, y queda  
hecho el depósito que marca la ley.

Toda esta edicion lleva una contra-  
seña reservada.

---

167461

WNA 9811 08072473

## PARTE PRIMERA.



### DIAS DE SOL.

#### CAPITULO I.

Lo que era una esposa y una madre en el año  
de 1835.

En una de las travesías que cortan las aceras—hoy espaciosas—de la calle Ancha de San Bernardo, habia, hace bastantes años, una casa modesta y sencilla, pero de muy decente apariencia.

La travesía existe aun con el nombre de *Calle del Noviciado*: la casa ha desaparecido; y en el sitio que ocupaba, hay otra tan hermosa y grande, que casi merece el espléndido nombre de palacio.

Sin embargo, este suntuoso edificio dice mucho ménos al alma que aquella sencilla casita de dos pisos, pintada de verde en las maderas de los balcones, y cuyo portal, limpio y blanqueado, se cerraba al anochecer por no tener

portería, ocupándolo de día un anciano zapatero remendon.

La puerta exterior estaba pintada de oscuro, y tenía, para llamar, un pequeño aldabon de hierro, reluciente y blanco ya en fuerza del uso.

En el piso principal tenía aquella casa dos balcones y una ventana pequeña: y lo mismo exactamente en el segundo.

En un cuartito del patio vivia el zapatero, viudo, y con una hija, viuda tambien, flaca y enfermiza, que le cuidaba y ganaba algo cosiendo vestidos para los niños de la vecindad.

A las siete de la mañana, el buen hombre se sentaba en una silla baja á la puerta, y se ponía á trabajar: en el verano se sentaba á las cinco.

Se llamaba Vicente; su hija Vicenta; ambos eran buenos, serviciales é inofensivos: solo una difererncia habia entre los dos: el tio Vicente era cándido por demás, alegre y un poco hablador. Vicenta era melancólica, pero dulce, y en su clase, era una persona distinguida por su talento natural y lo compuesto y agradable de su lenguaje; hablaba poco y siempre á tiempo; era aseada y casi elegante, á lo que contribuía el ser delgada y bien hecha, á pesar de su endeble salud.

Pero dejemos á la vecindad, que ya nos ocuparemos de ella, y subamos al cuarto principal de la casa.

Eran las dos de una tarde de invierno, cuando en una salita, que servía de comedor, calentándose los pies en un rayo de sol, en tanto que cosía, se hallaba una señora como de unos cuarenta años, de fisonomía algo severa, pero de facciones nobles, correctas y distinguidas.

El comedorcito era modesto: hoy le llamaríamos pobre y aun mísero: hoy que son precisos, en las piezas de comer, los chineros llenos de porcelana, cristal y plata, la gran mesa de caoba en el centro y la soberbia lámpara pendiente del techo: hoy que se las guarnece de sillas con muelles y de cómodos sillones: pero entonces las gentes—que no eran ménos ilustres que nosotros, porque eran nuestros padres—se sentaban en sillas de anea, y comían al dulce calor del brasero, sin desear otra cosa que un alimento sano y bien sazonado, y la grata y alegre compañía de su familia.

Brasero, y no chimenea—de las que hoy nos consumen veinte reales diarios—modesto y rojo brasero era lo que, además del sol, caldeaba de una manera deliciosa aquel limpio comedor.

La tarima era de pino pulimentado, ya algo desteñido en fuerza del uso, pero lustrado cuidadosamente con cera y aceite dos veces por semana; la copa, de aro estrecho, brillaba y relucía como el oro, en compañía de una pequeña badila para mover la lumbre.

Cubría el pavimento una estera de esparto

pintado en informes listas encarnadas y verdes, de esas que nos envia Valencia, y que hoy ni aun nos sirven ya, por las ruinosas exigencias del lujo, para los cuartos de nuestros criados.

Seis sillas de anea y madera oscura guarnecian la pared: é inmediata al brasero, habia cubierta una mesa que esperaba la comida.

El servicio de aquella mesa era tan humilde, tan sencillo, pero tan limpio como todos los demás detalles de la casa.

Cubríala un mantel de lino, algo grueso, y blanco como la nieve: tres cubiertos de plata, delgados á fuerza de usarlos, y seis platos de loza blanca de la más comun, repartidos dos para cada cubierto, indicaban que la familia se componia de tres personas: tres servilletas, compañeras del mantel y enrolladas cuidadosamente, señalaban á cada uno su sitio: porque cada una tenia su anillo bordado en tapicería de canevas—entonces se llamaba cañamazo—muy fino, y con sedas de colores fuertes, que dejaban ver en el centro, y bordado tambien el nombre de su dueño.

Leámosle nosotros, y los sabremos para tener esto adelantado.

La servilleta colocada con los platos y el cubierto en la cabecera de la mesa, tenia en el anillo el nombre de *Pedro*.

La que estaba colocada á la derecha de la anterior, tenia el de *Amparo*.



A la derecha de esta se hallaba colocado el tercer cubierto, más pequeño que los otros dos: los platos eran también de tamaño menor, y así mismo el vaso y la servilleta: esta estaba señalada con el dulce y triste nombre de *Dolores*.

Había además en la mesa una botella blanca para tener agua, deslucida ya por largos años de servicios, y una botellita negra con un poco de vino.

Adornaban las paredes un cuadro de la Sagrada Familia, de remota antigüedad, como si los dueños de la casa hubieran querido aquella santa presidencia para sus comidas, y dos cuadros bordados en cañamazo y sedas por una mano infantil, que representaban dos paisajes como los que todas hemos hecho cuando niñas: *una viejecita hilando*, y *la casita del tío Juan*: debajo del primero estaba bordado en letras oscuras de punto de marca, este letrero:

*A su querido papá, en el día de su santo, Dolores Herrera: lo hizo á la edad de diez años, en el de 1835.*

Este era el de la vieja hilando: el de la casita del tío Juan tenía por debajo la siguiente dedicatoria:

*Lo hizo Dolores Herrera para su querida mamá en el día de su santo, á los nueve años de edad: año de 1834.*

Había en estas humildes obras, en estas dos dedicatorias triviales y llenas de vulgaridad,

un encanto y una poesía indecibles: parecia como que se desprendia de ellas un perfume de amor, de obediencia, de sumision y de humildad, que hoy por cierto no se encuentra en las niñas.

Enfrente de su madre, estaba cosiendo la autora de los dos cuadros: tambien estiraba sus pequeños piés, para que llegasen al hermoso y alegre rayo de sol, que calentaba los no mucho mayores de su madre.

Doña Amparo—pues ya sabemos su nombre por el anillo de su servilleta—era de estatura mediana, y delgada, sin ser flaca: su cara, que debia haber sido hermosa y simpática, estaba ajada por las frecuentes jaquecas nerviosas que la mortificaban: tenia negros los ojos y los cabellos, estos abundantes y aun brillantes: la nariz delgada, la boca pequeña y adornada de una blanca é igual dentadura: su frente era ancha y abovedada, lo que hablaba muy alto en favor de su inteligencia: sus mejillas pálidas y finas, terminaban en una barba delicada y redonda: tenia pequeñísimos los piés y las manos, perfeccion comun en las españolas, y, sobre todo, en las andaluzas y madrileñas.

El conjunto de esta señora, que se llegaba á los cuarenta años, era noble y algo severo, segun ya queda dicho más arriba: pero, á través de su severidad, se traslucia un elevado talento, y un mundo de sensibilidad y de ternura.

Su traje era modesto: hoy sería *de una pobreza vergonzosa*: consistía en un vestido de india-na, de fondo oscuro; en un pañuelo de lana de cuadros encarnados y verdes; en un delantal de lana negro y en una toquilla blanca, con cintas muy baratas, de color de plomo, que abrigaba su cabeza, padecida y delicada.

Las mangas de su traje se cerraban en la muñeca con un boton, porque aún no se había generalizado la moda de las mangas blancas, tan dispendiosas por las combinaciones que admiten de cintas y de encajes.

Sus piés calzaban media de algodón, muy blanca, y zapato bajo, de raso, ya muy usado pero zurcido con gran primor y paciencia, para disimular los desperfectos del tiempo.

La niña era parecida á su madre, pero mas bonita aún y mas dulce en su hermosura: tenia la tez de ese color trigueño, que no es moreno ni blanco, pero que es un bello medio entre los dos: sus ojos, negros, eran grandisimos, muy rasgados y muy abiertos, y ostentaban el suave y afelpado matiz del terciopelo: sus cabellos, que nacian de un hermoso color castaño claro, en la frente y sienes, parecian negros en las apretadas masas reunidas en dos gruesas trenzas, que caian por su espalda, salian por encima del respaldo de la sillita, en que se hallaba sentada, y descansaba en el suelo: su frente estaba cortada por dos cejas negras, tan finas,

que parecían dibujadas por un pincel: su boquita, su nariz, su barbilla adornada de un gracioso oyuelo, formaba un perfil encantador: era encarnada como una manzana, fresca como una flor cubierta de rocío: estaba gruesa, y sus formas ostentaban una adorable redondez: sus mejillas, abultadas, se hallaban, al besarlas, frías y apretadas como las de un ángel de plata: su cuello, grueso, era un poco corto: sus manitas estaban llenas de hoyos, y su cintura era ancha, como la de esos niños rollizos que nos presentan desnudos en las pinturas sagradas del pasado siglo.

Dolores era tan hermosa, tan alegre, tan sana, que su nombre parecía una feliz ironía inventada por el orgullo maternal: pero no era así. Doña Amparo, que tenía una tierna devoción á la Virgen en su advocación de Dolores, por lo mucho que ella padecía en su salud, puso á su hija bajo el amparo de aquel nombre triste, y que recuerda de continuo las penas que martirizaron en la tierra á la Reina de los cielos.

Llevaba, como su madre, un vestidito de indiana de color oscuro, corto hasta dejar ver una media muy blanca; unas botitas de piel mate, y la media ajustaba muy bien á su rolliza pierna.

Una criada, gruesa y muy fea, estaba concluyendo de traer lo necesario para la mesa.

Era una de esas criadas que envejecían en el servicio de nuestros padres, y que llegaban á

ser consideradas como individuos de la familia.

Simona, que así se llamaba, habia entrado en la casa para niñera de Dolores, y habia tomado tal cariño á sus amos, que, habiendo despedido estos á la cocinera, se quedó ella en su lugar.

Su señora quiso buscar otra niñera: pero ella se opuso fuertemente: era una de esas buenas mujeres apegadas á sus señores, á los que profesan una adhesion sin límites, y cuya raza parece que se ha extinguido sin llegar hasta nuestros dias, en que cada criado es un enemigo formidable.

—¡No faltaba más, dijo, sino que yo permitiera que la señora hiciera ese nuevo gasto! La niña es ya crecida y juega sola, y, por lo tanto, yo puedo atender á ella y á la casa.

Pero ya habrá ocasion de dar á conocer á Simona; oigamos ahora hablar á su ama, que la veia ir y venir sin alzar los ojos de su labor.

—Simona, dijo con voz grave y un poco fuerte, tén la sopa pronta, que el señor va ya á venir de un momento á otro.

—Yo ya tengo mucha gana! dijo Dolores, que era algo tragona. ¿Simona qué has hecho hoy para principio?

—Sopa, respondió con flema Simona.

—No digo eso! repuso Dolores enfadada; no te hagas la tonta.

—¿Qué tonta? ¿no se principia por la sopa?

—Te pregunto qué hay para despues del cocido.

—*Cortapicos y callares*, respondió Doña Amparo: plato excelente y que á ti te conviene mucho comer.

Dolores, que miraba á la criada, bajó los ojos á su labor, encarnada y confusa.

La criada, pesarosa de la reprimenda que acababa de sufrir la niña, pasó por detrás de su sillita, se arrodilló en el suelo y cogió la fresca y redonda carita de Dolores entre sus manos, bastas y curtidas.

—Corazon mío, te voy á contar lo que hay, le dijo, y te vas á alegrar.

—Véte! déjame! ya no quiero saberlo! respondió Dolores con enfado.

—Simona, á tu quehacer, y déjala, dijo Doña Amparo gravemente: cuando salga á la mesa, verá lo que hay para comer: antes no debe saberlo: las niñas bien educadas no preguntan esas cosas.

—Señora, dijo Simona: ¿por qué no le permite Vd. ya que guarde la labor? está cosiendo la pobrecita mia desde la diez!

—¿Ha concluido la tarea? preguntó Doña Amparo sin alzar los ojos de la pieza que estaba repasando.

—Me falta ya muy poco, respondió Dolores con timidez.

—Pues hasta que se acabe, no se deja.



—No! si yo no pido dejarla! repuso la niña con altivez dolorosa: y sus mejillas se pusieron rojas como el fuego, y de sus ojos brotaron en confuso tropel algunas lágrimas. Es Simona la que se mete á hablar...

—Hace mal, porque no conseguirá nada: y tu has de saber que si viene tu padre sin que hayas acabado ese dobladillo, no te sientas á la mesa, y te quedas sin comer.

Dolores no respondió ya una palabra: sacó del bolsillo de su traje un diminuto pañuelo, se secó con él los ojos, haciendo como que se limpiaba las narices, para disimular que lloraba, y siguió cosiendo con una especie de corage doloroso.

—Simona, dijo Doña Amparo, que se irritaba con la presencia de la criada: ¿está la sopa?

—Sí señora, ya está dispuesta; respondió la doméstica.

—¿Has puesto á templar el agua de tu amo?

—Sí señora.

—Que al llamar á la puerta, pongas la sopa en la mesa.

—La pondré.

En aquel instante sonó lo campanilla.

Dolores dejó su almohadilla, y fué á abrir la puerta.

Simona corrió á buscar la sopa, con toda la ligereza que su obesidad le permitía.

Se oyó cerrar la puerta y en el mismo ins-

tante algunos sonoros besos, que el padre estampaba en las mejillas de su hija.

Cuando entraron en la sala, D. Pedro llevaba asida á Dolores de la mano: esta saltaba como una cervatilla, olvidada ya de su angustia anterior.

En medio de aquella alegría, de aquel abandono, la niña parecía mil veces más bella que agobiada bajo la severidad de su madre: sus lágrimas se habían secado, y aun quedaban los húmedos surcos en sus mejillas: reía, cantaba, gorgjeaba, asida siempre de aquella mano benigna y protectora, que era para todas sus picardigüelas el escudo de Aquiles.

Don Pedro Herrera era un caballero pequeño y algo grueso: podría contar cuarenta y ocho años: su ropa era ya muy usada y de una forma antigua, pero estaba acepillada con esmero: su camisa ostentaba una blancura deslumbradora: su calzado brillaba como un espejo.

Su cara presentaba el tipo de la honradez, de la hidalguía y de la bondad: era sonrosada, llena, de facciones marcadas, que ostentaban una expresión benigna y plácida. Su nariz larga, sus grandes ojos garzos, su ancha y elevada frente con grandes entradas, su boca de labios gruesos, le daban tanta nobleza, que no era posible mirarle sin un profundo respeto, y una simpatía invencible.

—¿Cómo estás, Amparo? preguntó dirigién-

dose á su esposa, en tanto que Dolores le tomaba el baston y el sombrero.

—Hoy mejor, respondió Doña Amparo volviéndose á mirar á su marido.

Y en su rostro grave brilló un rayo de cariño, como el sol brilla á través de la niebla de la mañana: todas sus facciones se iluminaron y aparecieron bellas y casi jóvenes, hermoeadas por el amor conyugal.

Don Pedro se sentó y tomó sobre sus rodillas á Dolores.

Doña Amparo dejó su labor y se acercó tambien á su marido.

—Sí, ¡mímala! dijo mirando á su hija: mí-mala, que lo merece!

—¿No ha sido buena? preguntó D. Pedro.

Desde las diez está con media vara de dobladillo sin concluirlo! hoy ya sabe que no come.

—¡Terrible sentencia! dijo con cómico horror D. Pedro. Dolores, hija mia, desarma al instante al juez: anda, anda, dile que la revoque!

Y puso á la niña en el suelo.

—No lo tomes á risa, Pedro, dijo Doña Amparo: esta criatura no quiere trabajar: es una vergüenza: no me hace caso: bien podia aprender de Modesta, que hace primores y solo tiene su edad!

Al oír esta reprimenda, Dolores se detuvo cortada y confusa, sin atreverse á llegar hasta su madre.

—La sopa se está enfriando, dijo Simona, testigo mudo é inmóvil de aquella escena.

—Cállate! repuso severamente Doña Amparo: y mirando de nuevo á su hija, prosiguió:

—¿De qué te sirve ser tan amiga de Modesta? ella tan aplicada, tan primorosa, tan dócil...

—Y tan sosa! añadió Simona por lo bajo.

—Y tú, continuó Doña Amparo, tan inquieta, tan turbulenta! aborreces la labor, y solo deseas correr, cantar y saltar por la casa, como un pájaro en la jaula.

—Vamos, dijo D. Pedro sonriéndose de la verdad de esta comparacion: por hoy la perdonarás, porque yo me empeño: pero á la otra falta, no me empeñaré, que ya van muchas.

—Le he dicho que no comeria si no acababa, y no me he de volver atrás.

—Tu harás lo que quieras: si piensas que lo merece, déjala sin comer: solo te decia que la perdonases por esta vez á condicion de que mañana se levante una horita más temprano, y acabe la tarea de hoy antes de empezar la del dia.

—Ve á sentarte, dijo Doña Amparo, más contenta de poder permitir á Dolores que comiese, que la misma niña de comer; y da gracias á tu padre.

Dolores fué á abrazar á su intercesor.

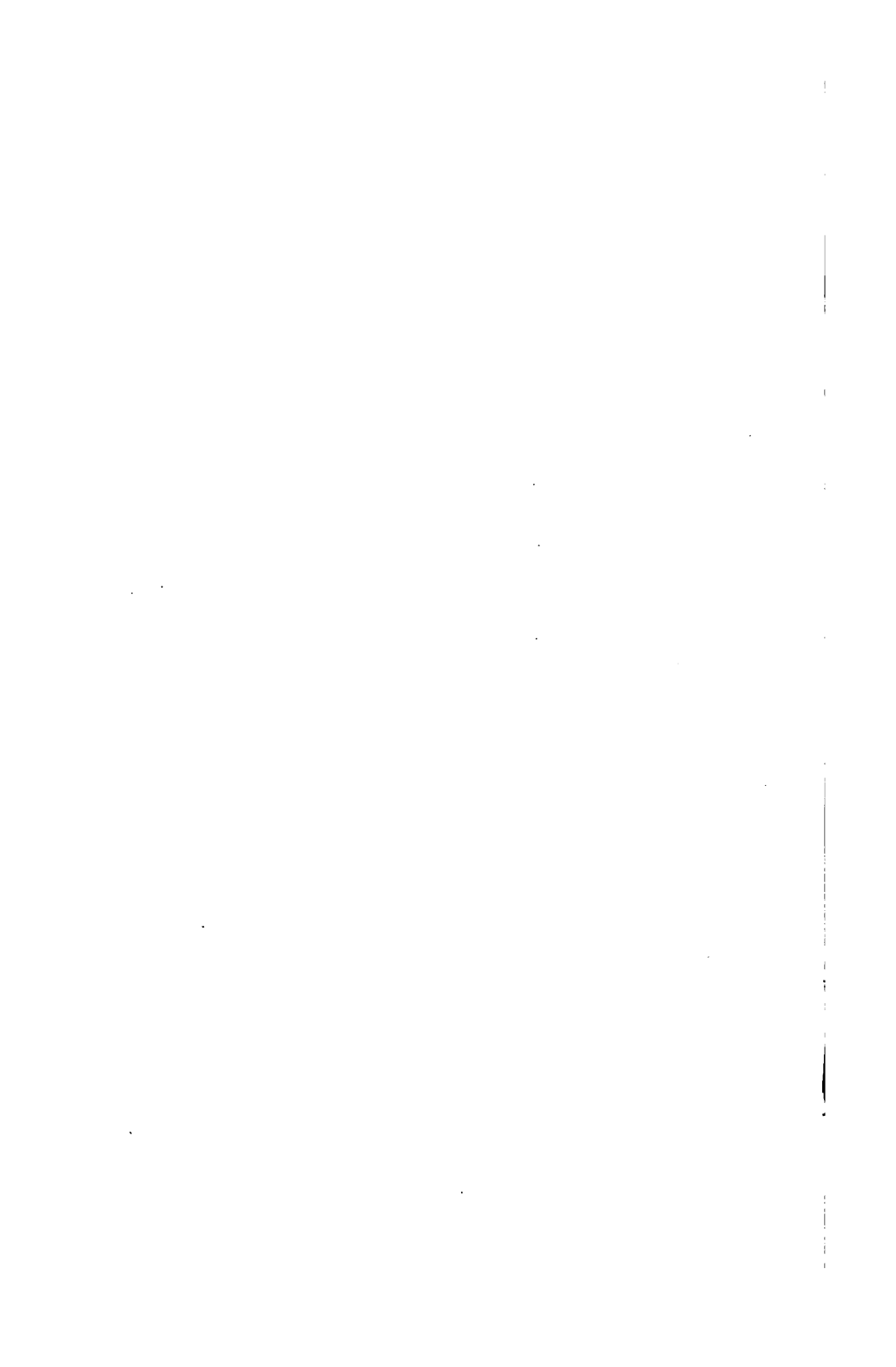
—Anda, besa la mano á tu madre, y pidele perdon: eres muy mala y muy terca.

---

Don Pedro dijo estas palabras al oído de Dolores, que fué á besar la mano de Doña Amparo.

Y, sin más retardo, se sentaron á la mesa, pues todos tenían apetito, y Simona estaba impaciente porque la sopa se enfriaba.

Doña Amparo fué la que, según su costumbre, se puso á servir la sopa, empezando por su esposo y terminando por ella.





---

## CAPITULO II.

Cómo era una casa decente en el mismo año.

Dejemos comer tranquilamente la sopa á los padres y á la hija, servidos cuidadosa y activamente por Simona, y entretanto, vamos, si te place, lector amigo, á pasar revista á la casa, para que la conozcas de una vez, y te admires del modo con que vivian las personas decentes en aquel venturoso tiempo.

Cuando yo vine al mundo, ya el lujo invadía las casas y las personas; derrumbaba las fortunas, y hacia contraer deudas: no obstante, aun he visto yo en mi infancia y aun veo hoy personas que se contentan con lo que tienen, y que viven en una humilde y modesta medianía, que muchos critican, porque muy pocos saben la virtud que encierra.

Esta medianía, esta templanza, esta resignacion, que hoy provocan la risa y la burla de los nécios y de los malos, en el año en que empieza esta historia era una cosa natural, segun me contaba una anciana abuela mia, que ya está en el cielo: yo misma ví pruebas de esto en

casa de aquella noble señora: á pesar de ser su posicion magnífica, no solo por su nacimiento, sino por ser la viuda de una elevadísima persona, la modestia, la piedad, la virtud, resplandecian allí, y moraban tranquilas y contentas como en asilo propio.

La casa de mi abuela era tambien la mia; decia ella que yo era la alegría de su jaula: pero no hacia falta yo para que todo fuese alegre, hermoso y radiante en aquella jaula, cuyos hierros eran los altos árboles de un jardin, cuyo techo era el cielo.

Las cortinas eran damascos antiguos color de oro y de rica seda: el retrato de su difunto esposo presidia en la sala, grave y afable al mismo tiempo: una estera pintada cubria el suelo: la antigua sillería, cuidadosamente conservada, resplandecia de limpieza: por la mañana se abria y limpiaba todo: despues se cerraba y se perfumaba con alhucema y cáscaras de manzanas hechas polvo, adquiriendo así la habitacion ese perfume de limpieza y como de alegría, que habla tanto de aseo y de buen orden.

Don Pedro Herrera era un antiguo empleado, que, á costa de gran laboriosidad y de largos años de servicio, habia llegado á tener en un Ministerio 16.000 rs. de sueldo.

Doce mil bastaban á su esposa para atender á todas las obligaciones de la casa, incluidas las de pagar ésta y vestir.

Los otros 4.000 se guardaban para dote de Dolores.

¿Cómo se vivía entonces con tan poco? Gracias á la ausencia del extremado lujo que hoy impera en todo.

Don Pedro daba á su casero cada mes siete duros de alquiler, y nadie que viva *con decencia*, da hoy al suyo menos de 35 ó 40.

Doña Amparo pagaba á su única criada 30 reales de salario cada mes, y hoy damos 160 á una cocinera, 200 á una doncella y 240 á un criado, que sirva á la mesa, compre, y pase el resto del día durmiendo ó paseándose.

Don Pedro se engalanaba diez años con una misma levita, dos con un solo sombrero, y veinte con la misma capa azul con bandas de terciopelo negro, que el sastre había renovado dos ó tres veces en tan largo espacio de tiempo:

Doña Amparo vestía de percal para casa, y todas sus galas se reducían, para salir, á un vestido de tafetan negro, á un pañolón de lana fina, gris y negro, y á una mantilla de fondo de tafetan, con guarniciones de blonda catalana, que era la misma que su madre le había hecho para casarse.

Hoy los hombres que tienen una posición regular renuevan cada estación su vestuario.

Hoy las esposas de esos mismos hombres, nosotras, en fin, tenemos seis vestidos de invierno, seis de verano y seis de baile, total, diez

y ocho, y nos parecen muy pocos: cada año se renuevan, porque se hacen antiguos, porque se estropean ó simplemente porque nos cansan.

Los trajes de Doña Amparo, los cosía ella misma, por que eran lisos: hoy los hace la modista y llevan como cuatro veces tela que entonces, por la multitud de sus adornos, costando triple las hechuras que el traje mismo.

Doña Amparo tenia entonces su casa *decen-*te con sillas de anea, con una modesta copa de cobre dorado, y con un espejo de media vara en cuadro: los damascos carmesíes de los balcones, habíalos heredado de su abuela.

Nosotros creemos deber tener hoy *portieres* y cortinajes de terciopelo, alfombras de 200 reales vara, sillones de rica seda, mesas doradas, lunas de Venecia colosales, caloríferos en todas las habitaciones, y además la dispendiosa chimenea, que consume 12 reales de leña diarios, gastándola con extrema economía, y que llega á 16 y 20 si no se anda con mucho tiento y mucha mesura.

No es el ánimo de la que esto escribe culpar á la época en que ha nacido ni compararla con otra anterior: solo dice sencillamente de qué modo antes una familia bien nacida y bien educada podia vivir con decencia con 12.000 reales anuales, y hoy gasta 50.000 sin tener más que los 12.000, porque los sueldos no se han aumentado.

Si este es mal de la época; si los adelantos del siglo le ocasionan, fuerza es resignarse á él: pero laudable sería también que cada uno lo remediase en lo posible, poniendo tasa á sus aspiraciones, y no llevándolas á un terreno demasiado elevado.

La casa habitada por el Sr. Herrera y su familia no era muy grande, pero era lo bastante para que les permitiera vivir con holgura.

Al abrir la puerta de la escalera, se entra en una antesalita cuadrada, amueblada con dos antiguas banquetas forradas de lana verde, ya algo descolorida, y con una mesa de juego con tablero de damas negro y blanco: sobre esta mesa, había un hermoso velon de cobre, dorado y brillante, como el oro, con cuatro mecheros y dos pantallas verdes.

A la derecha había una puerta que llevaba al comedor, despensa y cocina, después de atravesar un pasillo ó corredor.

A la izquierda estaba la sala ó el *estrado* como se llamaba entonces: esta sala tenía gabinete, y el gabinete alobca.

En la sala había un *trémol*—después se han llamado *consolas*, y últimamente *jardineras*—que sostenía un espejo de vara en cuadro, con marco de madera oscuro: debajo del espejo, se veía una caja de dulces que habían regalado á Dolores un día de su santo, y, á cada lado, un florero, que contenía un pequeño ramo, obra de

Doña Amparo, los cuales se conservaban cuidadosamente cubiertos con unas campanas de cristal.

Otra mesita enfrente sostenia una imágen de talla de la Virgen del Rosario, y á los piés, en un jarrito, se veia otro ramo de claveles y jazmines, ya maltratados por las injurias del tiempo.

A cada lado de este jarro, habia un pequeño candélero de plaqué, que sostenia una bugía de cera.

En el testero principal habia un sofá de caoba, con asiento de cerda verde y negra, é iguales eran una docena de macizas sillas que le hacian compañía.

Delante del sofá habia un veladorcito, sobre el que lucia un juego de café, de antigua porcelana blanca con ramitos de rosas.

Delante del balcon habia cortinas de damasco carmesí, antiguas y muy usadas, pero conservadas con gran esmero, pues su brillo no estaba empañado por el más leve átomo de polvo.

Los dos espejos estaban guarnecidos de targetas de las visitas que habian entrado en la casa, tal vez desde que se habia casado Doña Amparo con D. Pedro: muchas habia ya tan amarillas, que pregonaban á voces su respetable antigüedad: todas estaban sujetas entre el marco y la luna del espejo.



Bajo el sofá, habia dos banquetitas de los mismos materiales de la sillería, que servian para poner los piés á las señoras que iban de visita.

La estera del invierno era de esparto ó pleita, lo mismo que la del comedor, tejida á listas encarnadas y verdes: en el verano se reemplazaba esta con una de paja.

El gabinete estaba adornado con la misma sencillez: enfrente de la puerta habia un pequeño sofá ó confidente de madera verde con asiento de anea: este asiento estaba cubierto con un almohadon de tela de lana amarilla, relleno de mullida lana, y ribeteado de verde.

Las sillas, que no pasaban de seis, eran tambien de madera verde con asientos de anea; al lado de la puerta habia una cómoda, y sobre ella una imágen del Crucificado; á cada lado de la imágen se veia un candelero de cristal verde, con bugías como las de la sala.

Al otro lado de la puerta habia un antiguo buró, y, en su parte superior, un niño Jesus de cera, encerrado en una urnita de cristales, y vestido de pastor con algodón blanco de enguatar abrigos.

La sonrisa del divino niño parecia alegrar aquel humilde gabinete: unas cortinas de damasco amarillo que adornaban la alcoba y el balcon contribuian á darle tambien un aspecto risueño y encantador; y así la sala como el ga-

binete parecia exhalar de los muebles, y hasta de las paredes, aquel perfume casero de espliego y de manzana que tan bien confeccionaban las hacendosas manos de Doña Amparo.

La sala no tenia brasero: en el gabinete habia uno pequeño, cuya caja ó tarima era tambien de azófar, como la copa, brillando ambas cual si fueran de oro.

En la alcoba, y en el testero principal, se veia la gran cama conyugal, de caoba y de hechura de barco: la colcha de damasco amarillo, como las colgaduras, hacian resaltar la blancura de la sábana, que se volvia sobre ella, de hilo finísimo y adornada con una guarnicion bordada, lo mismo que los almohadones.

Aquella colcha y aquella rica ropa blanca se quitaba todas las noches, y la cama quedaba con ropa lisa y cubierta con una colcha de india, de ramos.

A los piés de la cama habia un armario ropero: y en un rincon una jofaina con su pié, pues aun no se usaban apenas en España los *lavabos*, que exigen un sinnúmero de objetos de rica porcelana.

Sobre la jofaina y sujeto á la pared, un pequeño y reluciente clavo romano sostenia una tohalla de lino, más blanca que la misma pared, que estaba decorada con un flamante traje de cal.

La sala y el gabinete estaban vestidos de papel de figurones.

En la alcoba habia una puerta por la que se pasaba á una salita con alcoba, en la que dormia Dolores: aquella alcobita, blanqueada, hablaba de infancia y de alegría, como su camita blanca, su altarito á los piés, en el que se veia á la Virgen Dolorosa, rodeada de flores, su sillita, y un pequeño y viejo cofre, guardaro-  
ropa de la niña y depositario de sus inocentes secretos.

En la salita que servia de tocador á Doña Amparo, habia una mesita cubierta de hule negro, que sostenia un espejito con pié de carton, un armario y una cómoda para sus mantillas y cofias.

Dentro de la alcoba de Dolores habia un cuartito pequeño, donde Simona dormia cada noche el sueño de los justos y de los fatigados.

El comedor ya le conocemos.

La cocina era un prodigio de limpieza y de brillante aseo.

La despensa, bien provista, estaba asimismo muy bien arreglada, y muy bien guardada por Doña Amparo, que jamás abandonaba la llave.

Dentro del comedor habia otra salita, que era el despacho de D. Pedro.

Allí estaban los dos únicos sillones que habia en la casa, y que el buen señor hacia heredado de un tío, canónigo de la catedral de Toledo.

Los dos muebles no podían ser más venerables: sus brazos abiertos parecían convidar al descanso: el asiento y el respaldo eran de baqueta negra con pequeños clavos dorados.

Dolores—que era muy dormilona—gustaba mucho de echar un sueñecillo en ellos durante la velada, si sus padres la pasaban en aquella sala, lo que solo sucedía en las noches lluviosas, porque las demás venían algunas gentes, y las pasaban en el gabinete jugando al *tute* un rato, y otro rato hablando.

Había en aquella casa algo del suave y dulce ambiente de un convento: la grata paz doméstica, la feliz medianía, que no es ni envidiosa ni envidiada, la sincera devoción que nace del alma y preside todos los actos de la vida, la serenidad de la conciencia, el amor conyugal, el paternal y el materno, el dulce sosiego de la uniformidad feliz, todo esto se transpiraba allí, y todo hablaba á la imaginación, no ménos que al alma, de la virtud que mora en el mundo, y de la misericordia del cielo: todo era casto, apacible, bello, diáfano, sosegado como un lago, risueño como un jardín, armonioso como un cántico, perfumado como una florista, silencioso como un bosque, hermoso, en fin, como todo aquello en que se fija la benigna, soberana y profunda mirada de Dios.

### CAPITULO III.

#### Dolores y Modesta.

La comida de la familia Herrera era tan modesta, como su casa, como sus trajes, como su vida, en fin. La habilidad culinaria de Simona no tenia tampoco grande extension.

Los dias de santo, algun domingo ú otro cualquier dia que Doña Amparo queria añadir algo á la comida ordinaria, ella era la que elaboraba la adicion, con gran primor y maestría, pues entendia tan perfectamente de cocina como de todos los pormenores del arreglo de una casa.

Habíanla educado á ella, como ella educaba á su hija: era tan hábil para bordar, como para mullir un lecho: sabia guisar, asear su casa y hasta lavar, lo mismo que hacer flores, armar papalinas y cortar y coser vestidos: manejaba igualmente el quitapolvos que el telar de hacer bolsillos, el dedal que la escoba, las agujas de la calceta que las cacerolas, y hasta el estropajo, cuando Simona no lo hacia á su gusto.

Sus camisas de novia estaban bordadas por su mano, y tambien algunas sábanas de las que

guardaban sus roperos: y excepto la ropa de su esposo, que la hacia el sastre, no se daba puntada en su casa que no la diese su mano.

Aquel dia no habia ningun extraordinario en la comida: se componia sencillamente de sopa de pan, cocido apetitoso y un plato de picadillo, cosa que gustaba mucho á D. Pedro y á su hija, que tenian siempre buen apetito. Doña Amparo comia poco, y casi siempre de mala gana.

Simona habia ya puesto en la mesa un plato de ensalada, y otro con un pedazo de queso, como final y postres de la comida, cuando Don Pedro dijo á su esposa:

—¿Quieres que vayamos á tomar un poco el sol? hoy no habia trazas de que saliéramos del Ministerio hasta las tres, pero pensé en tí, y pedí permiso á las dos, calculando que un poco de ejercicio será bueno para tu dolor de cabeza.

—Hoy no me ha dolido, contestó Doña Amparo: y quisiera acabar de repasar esa ropa para que esta noche la almidone Simona, que mañana es dia de plancha.

—¡Déjate de repasar, mujer! exclamó D. Pedro en tono de cariñoso enfado: si no se plancha mañana, se hará pasado ó el otro.

—¡Eso es! pasado mañana sábado, dia destinado á la limpieza; al otro, domingo; al otro, lunes, dia de lavado; ¿no ves que cada dia está dedicado á una faena de la casa?

—Pero, querida mia, ¿has de ser esclava de esas faenas?

—¿Y qué remedio? no hay escape si la casa ha de marchar bien, y ha de estar bien arreglada.

—¿Es decir que no quieres salir?

—No es que no quiero, Pedro: es que no puedo.

—Señora, por los clavos de Jesús, no diga usted eso! exclamó Simona: ¡que no puede! ¿por qué no puede? qué repaso le queda ya? ¡las medias de la niña! yo las coseré, y vaya usted á paseo un rato! aquí siempre metida! ¿como no ha de estar mala? y esta criatura; yo no sé como está gorda: jamás pone los piés en la calle! ya se vé! por eso no crece!

—Qué abogada tan famosa del *no hacer nada* eres, Simona! dijo riéndose Doña Amparo.

—Pero señora, si está Vd. siempre hecha un azacan, y sin por qué! si tuviera los ocho hijos que Dios se le ha llevado, ¿qué sería?

—Ojalá que los tuviera! murmuró la señora tristemente.

—¿Pero qué haria Vd. entonces, si ahora con una se agobia tanto?

—Haria lo mismo que ahora, ó más.

—Más! yo no sé cómo! si ahora se mata usted de trabajar!

—Trabajaria doble entonces: estaria cosiendo en vez de jugar al tute! Dios da siempre

fuerzas para que se cumpla con las obligaciones.

Dolores, que veía á su madre distraída, se acercó al oído de su padre, y le dijo muy quedito:

—Padre! yo quisiera un pedacito más de queso!

Don Pedro cortó una buena rebanada y la dió á la niña, que se puso á comerla con apetito, lo que era muy extraño, pues había yo comido mucho.

—Y despues, continuó Doña Amparo, hablando con Simona, tendría ya tres mayorcitos: Teresa y Emilia contarían diez y siete años la una, y diez y seis la otra: Pedro y Joaquín doce y trece, ¡ay! si vivieran qué feliz sería yo!

—Vamos, vamos, dejemos esas cosas tristes, y salgamos á tomar el sol, dijo D. Pedro levantándose de la mesa: dame ese gusto, Amparo.

—Hija! tú vas hoy á reventar de comer! exclamó Simona al ver á Dolores que aún engullía queso: señor, ¿por qué le ha dado Vd. más?

—Porque tenía más gana, respondió Don Pedro.

—Si piensas que eso es hacerle un bien, te equivocas, dijo Doña Amparo á su esposo con triste gravedad: ella no sabe nunca cuando ha comido bastante, y luego se pone mala: vamos, corre á vestirme para que andes un poco, niña, ue bien lo necesitas.



—Voy á dar gracias, respondió Dolores un tanto avergonzada de su glotonería.

Y cruzando sus manecitas, é imitándola sus padres, empezó á recitar esta oracion con voz dulce y clara:

Gracias te damos, Señor,  
con toda esta compañía,  
por el pan de cada día  
que nos dás con tanto amor!

A vuestra gloriosa aurora  
que es la divina María  
suplicamos cada dia  
que nos sea intercesora.

Y que sea de tal suerte  
que no nos falte mañana,  
conservando el alma sana  
hasta la hora de la muerte.

La bendicion del Padre,  
el amor del Hijo,  
la gracia del Espíritu Santo  
sea con nosotros.

—Amen! repitieron en coro los padres y la criada haciendo la señal de la cruz con tierna devocion y recogimiento.

Luego, Doña Amparo volvió á cruzar sus manos, y rezó á media voz un Padre Nuestro y una Ave-María, terminando con Gloria, y con-  
testándola todos, inclusa la niña.

—Señora, dijo Simona: no me acordaba de decir á Vd. que Doña Elena me ha encargado que subiese la niña esta tarde á jugar un poco

con Modesta, que está mala y con mucha tos de un fuerte constipado.

—Más le convenia pasearse que subir arriba, objetó Doña Amparo, y más se distraerá paseando con nosotros.

—Pero, madre, Modesta está mala, dijo tímidamente Dolores.

—¿Y quieres mejor ir á hacerle compañía?

—Sí! porque la pobre no puede salir del cuarto.

—¿Y qué hareis?

—Jugar con las muñecas: hacer comiditas con sus cacharros: yo me subiré tambien los mios, si Vd. quiere, y si me dá una torta de las de manteca lo pasaremos muy bien.

Doña Amparo fué á la alhacena, la abrió, sacó dos hermosas tortas, dos manzanas y algunas nueces, y lo puso todo en el delantalillo de Dolores.

—Toma, dijo: para merendar y hacer comiditas: que te acompañe Simona, y cuidado con hacer rabiarse á Modesta, porque ya sabes que está mala.

Dolores abrazó á su madre, trasportada de alegría, y luego fué á abrazar tambien á su padre.

Un instante despues, llamaba con Simona en la habitacion del cuarto segundo.

Una mujer como de treinta años abrió la puerta.

Su aspecto era decente, pero su traje pobre: en su semblante brillaban la bondad, la franqueza y la alegría.

Llevaba un vestido de percal bien cortado y bien hecho, y sus cabellos negros estaban peinados con esmero.

Antes de hablar á la niña y á la criada, gritó llena de alegría:

—¡Modesta! hija mia, ya tienes aquí á Dolores!

—¡Ah que entre! que venga! respondió una voz infantil.

Entonces, la mujer que habia abierto la puerta abrazó á la niña, la tomó por la mano, y se entró con ella á las habitaciones interiores.

La casa era pobre, pero brillaban en ella la limpieza y la alegría.

En una salita con alcoba estaba acostada en un lecho pequeño, pero sentada en él, una niña de la edad de Dolores: era rubia, con hermosos ojos azules, y tez blanca como el nácar: en su rostro habia una dulce calma, que contrastaba de un modo extraordinario con la viveza de su amiga.

Sentado delante del balcon, que caia á la calle, un hombre jóven y de bella figura pintaba un hermoso cuadro, casi terminado ya: llevaba una bata de lana que debia haber sido de colores vivos; pero que estaba ya deslucida por el tiempo.

Aquel hombre no podía pasar de los treinta y seis años, y era rubio como la niña que se hallaba acostada, aunque la dulce expresión del semblante de su hija, pues sin duda lo era, estaba reemplazada en él por otra expresión enérgica y vigorosa.

En una misma cama dormían dos niños, que podían contar dos y tres años de edad; el uno era varón, la menor era una graciosa niña.

—¡Qué! ¿Ya viene aquí esta picarona? preguntó el pintor, dejando el pincel para tomar la barbilla de Dolores que pasaba por su lado, asida de la mano de su esposa.

—Sí, viene á jugar con Modesta, que se aburre sola, respondió ésta; y tomando en sus brazos á Dolores, la sentó en el lecho de su hija, añadiendo:

—Os voy á traer el cesto de los juguetes, queso y pasas, para hacer comidas.

—Aquí tengo yo tortas y manzanas, dijo Dolores abriendo su bien provisto delantal.

—¡Oh, qué buenas comidas vamos á hacer! gritó Modesta dando palmadas.

—Hablad bajito, no me despertéis á los pequeños, dijo la esposa del pintor, que se llamaba Elena.

Y tomando su costura, se sentó enfrente de su marido, que continuaba pintando, en tanto que las dos niñas charlaban á media voz sentadas en el lecho.

## CAPITULO IV.

### Duo de un ruiseñor y un canario.

Lo primero que salió del fondo del cesto de los juguetes fué una muñeca de carton de gran tamaño, vestida con un deteriorado traje de india, hecho de un vestido viejo de Modesta.

Dolores fué quien la sacó de su encierro, y la miró con cariño á la brillante luz de la tarde que penetraba en la alcoba.

—¿Cómo se llama por fin? preguntó á su amiga.

Se llama Cesarina, como mi hermana, respondió Modesta.

—¡Más valia haberla llamado de otro modo! ¡Cuando la nombremos vendrá tu hermana á incomodarnos, creyendo que la llamamos á ella!

—¿Y qué importa que venga?

—¿No ha de importar? ¡yo no la quiero al lado cuando jugamos! Y variando de pensamiento con la viveza de imaginacion que le era natural, añadió al instante:

—¿Por qué no le hemos de poner otro vestido?

—¿A quién? preguntó Modesta.

—¡A la muñeca! ¡si está tan fea así! ¡parece una criada! ¡dame acá el de color de rosa!

—¡Es lástima para casa! murmuró tímidamente Modesta.

—¿Lástima? repitió Dolores soltando una carcajada; y aquella niña, tan tímida y encogida delante de su madre, parecía transfigurada por una expresión llena de malicia y un espíritu dominante.

Chispearon sus negros ojos, su roja boquita se puso más encarnada, y de su frente parecían brotar rayos de luz resplandeciente.

En aquel instante acertó á mirarla el pintor y exclamó con profunda admiración:

—¡Qué hermosa es esa criatura!

—Muy hermosa, repitió su mujer; pero si no la tuviera su madre tan sujeta, sería más mala que el mismo enemigo.

—Vamos, continuó Dolores mirando á la muñeca, no puedo ver los vestidos pobres..... me ponen triste: cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, he de ir siempre muy elegante.

—¡Pero para estar en casa!... observó tristemente Modesta, al ver que su amiga despojaba rápidamente á Cesarina de su usado vestido de indiana, y le ponía el flamante de color de rosa, que ella guardaba tanto.

—Para estar en casa, también ha de llevar vestidos lujosos.

—Pues yo, dijo Modesta, para estar en casa,

lo peor; así dice mi madre, que no quiere vestir nunca, porque los niños le arrugan el traje; y como nosotras, cuando seamos grandes, tendremos niños también, ya ves...

—¡Que tengamos! repuso Dolores: yo los enviaré con las criadas.

—Yo no, objetó Modesta: que mi madre no nos envía á nosotros.

—¡Pues, hija, yo no quiero chiquillos impertinentes que lloren y se suban á mi falda! Cuando yo sea grande, estaré muy elegante, me iré á paseo, á los teatros, recibiré visitas y me divertiré todo lo que pueda!

—¿Pero y coser? ¿y zurcir la ropa? ¿y limpiar la casa?

—Nada de eso haré yo.

—¿Pues quién lo hará?

—Mi madre, como ahora.

—Cuando tú seas grande tu madre ya habrá muerto: ¿no ves cómo murió tu abuela?

—¡Morir mi madre! repitió Dolores, cuyas mejillas se volvieron pálidas: ¡no, no! eso no puede ser!

—¿Cómo que no puede ser? Como dice el señor cura que nos ha confesado ya dos veces, la vida es de Dios, y el día de mañana no le tenemos seguro.

—¡Antes de quedar sin mi padre ó sin mi madre me quisiera morir yo!

—A pesar de su genio vivo y revoltoso, mi-

ra qué buena es! exclamó Elena, levantándose para abrazar á Dolores; y luego añadió:

—¡Vamos, hijas mias! ¿quién piensa ahora en morirse? ¡jugad y estad alegres, que aun os guardará Dios á vuestros padres durante largo tiempo!

—Pero es que mi madre no está buena, como Vd., señora, murmuró Dolores, por cuyas mejillas corrían gruesas lágrimas: ¡siempre se está quejando de la cabeza!

—Bueno, bueno! nadie se ha muerto aún de dolor de cabeza, niña, dijo el pintor: ¡ea! ¿cuándo haceis la comida?

—Ahora, respondió Modesta: haremos sopa, cocido y un principio ¿eh, Dolores?

—Y tres principios, respondió la interpelada; ¿teniendo tanto hemos de comer con miseria?

—¿Pero mañana?

—¿Qué mañana? ¡para mañana todo estará seco, y ya habra más!

—Mañana seria dentro de un rato: mira, tu serás la mamá de la niña: yo la criada, y haré la comida.

—¡Eso es! para mangonearlo todo, ¡así quieres siempre!

—¿Quieres ser tu la criada?

—¿Yo? No por cierto! ¡criada! ¡ni aun jugando! vamos, soy la mamá que se lleva á paseo la niña Cesarina.

Dolores tomó en sus brazos á la muñeca y



empezó á pasearla por la sala diciéndole mil cosas tiernas y dulces.

Luego fingió que lloraba, y empezó á consolarla con reflexiones; pero el llanto no cesaba, y le dió unos cuantos azotes volviéndose á casa, ó sea á la alcoba con ella.

Modesta, la buena y templada Modesta, habia estado sentada en la cama contemplando esta maniobra, y, al parecer, muy pensativa.

—¡Qué poca paciencia tienes! exclamó dirigiéndose á su amiga: ¡pegar á la niña por tan poca cosa! ¡más valía que yo la hubiera sacado á pasear! ¡pero, calla! ¿sabes lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Que supuesto que no me duele nada, bien me podia vestir, y jugaríamos mejor: voy á pedir permiso á mi madre.

—¡No lo hagas! dijo resueltamente Dolores: ¡no seas tonta!

—¿Cómo tonta?

—Si le pides permiso, no te dejará; así, vístete sin decirle nada.

—¡Me reñiría!

—¡Cá, boba! ¡tu madre no riñe por esas cosas! ¡si fuera la mia! Conque ven acá y te ayudaré.

Dolores hizo salir casi á la fuerza á su amiga de entre las ropas del lecho, y empezó á vestirla, acabando muy pronto.

Entonces se descubrió toda la hermosura de la figura de Modesta.

Era una niña esbelta, delicada, de una blancura nacarada, y habia en ella algo de pudoroso, de dulce, de suave y de encantador, que decia perfectamente con su nombre.

Cuando estuvo vestida, su amiga la tomó del brazo, y salieron juntas, diciendo Dolores con voz campanuda al aparecer en la puerta de la alcoba:

—¡Buenas tardes!

—¡Niñas! ¿que habeis hecho? exclamó Elena: ¿por qué te has vestido, Modesta?

—Se cansaba de estar en la cama, respondió Dolores por la interpelada.

—¡Y como nada me dolia! objetó Modesta con timidez.

—¡No importa! ¡ahora te vas á constipar! ¡vas á ponerte peor!

—Yo la abrigaré, dijo Dolores; y quitándose su pañuelo del cuello, lo echó sobre los hombros de Modesta: la sentó sobre una silla, y se colocó á su lado, prodigándole toda clase de cuidados y atenciones.

Habia en aquella ternura algo de protector y de fuerte, que contrastaba con la débil apariencia de Modesta: se conocia que Dolores quería á su amiga con un cariño íntimo y profundo.

Las miradas de Modesta á su amiga eran

timidas y dulces, y parecía obedecerla con gusto y con cariño.

Una vez sentadas la una al lado de la otra, colocaron á Cesarina en una silla inmediata, y entablaron de nuevo un diálogo animado.

—Yo no sé, dijo Dolores, que era la que tomaba siempre la iniciativa, cómo mi madre me ha dejado subir hoy contigo.

—¿Por qué? ¿has sido mala? preguntó Modesta.

—No tenia ganas de coser, y me regañó.

—¡Pero si nunca tienes ganas de trabajar!

—¿Qué culpa tengo yo de que me guste más andar que estarme sentada? Cuando me encarga sacar cosas de la despensa, ropas de los armarios, y ayudar á Simona á limpiar la sala, estoy más contenta.

—Pues, hija, á mí me sucede lo contrario, objetó Modesta: más me gusta coser y bordar, que no que mi madre me envíe á la cocina á soplar con el fuelle, á limpiar verduras, ó al comedor á poner y quitar la mesa.

—¡Ay, pobrecita mia! exclamó Elena mirando á su hija con los ojos cubiertos de lágrimas: ¡es que bordar y coser es tu descanso! Como somos pobres, tengo que dedicarte á faenas que no te gustan, ni á mí tampoco que las desemeñes!

—¿Y qué remedio? repuso apaciblemente Modesta: es muy justo que la ayude á Vd., madre

mía, que á Vd. tambien le gusta más coser los gorritos de Cesarina y de Federico, y hace todo lo que es menester. El padre de mi amiguita Dolores es mucho más rico que nosotros, ¿verdad?

—Si por cierto, hija mia, lo pasa mejor que tu padre, que está enfermo muchas veces y no puede trabajar.

—¿Rico mi padre? exclamó Dolores: sí, sí! rico! Lo que se llama ser rico es un señor á quien hemos ido á ver el otro dia, y que tiene una niña!

—¿Como nosotras? preguntó Modesta.

—No; es mayor: es casi una señorita: tiene ya catorce años: pero es muy amable, y me ha dicho que vendrá á jugar conmigo, y eso que su padre es Conde.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Berta.

—Nombre de reina antigua, dijo riendo el pintor.

—Berta llama á su padre *Papá*, yo dije á mi madre si queria que la llamase Mamá, y me respondió que no; que á Dios y á la Virgen se les llama *Padre y Madre*, y que no queria modas en eso, porque los padres son la imágen de Dios.

—Tiene razon, observó Elena: en los nombres de *Padre y Madre*, tan dulces y tan santos, no deben entrar las modas.

—Berta, prosiguió Dolores, tiene muchos

juguetes, y aun se divierte con ellos, á pesar de que ya es grande: vive con su abuelita y con su padre, y todos la miman mucho, y la dejan hacer todo lo que ella quiere. Uno de estos dias vendrá á casa y llamaré á Modesta para que la vea, porque lleva mucho lujo; tanto como esas señoras que pasean en coche, aunque es una niña.

—¿Cómo habrán conocido D. Pedro y Doña Amparo á esa familia? preguntó Elena á su marido en voz baja.

—Mujer, respondió éste, ya nos lo dijo, y yo no me acuerdo... espera... creo que es un ricachon de Sevilla... un Conde como dice la niña, que ha estado con él en el colegio y ha venido aquí á seguir un pleito y á pasar el invierno.

—Es cierto, yo tambien oí algo de eso, pero ya no lo recordaba tampoco: si ahora he hecho memoria, es porque al oír decir á la niña que llamaria á mi hija, me ha disgustado: no quiero que Modesta alterne ni se trate con gentes ricas y que viven en la grandeza.

—¿Por qué? preguntó el pintor: ¿no dicen que lo que sirve hoy para medrar son las relaciones?

—No lo creas, Antonio, esas relaciones solo sirven para despertar la codicia: para hacer gastos superiores á nuestras fuerzas, para sufrir, en una palabra: nadie debe aspirar al

bien estar mas que por medio de su trabajo y de lo que valga.

—Sí, ya ves qué bien nos vemos nosotros por esa cuenta! observó el artista con cierta amargura.

—¿Y qué nos falta? exclamó Elena: solo que tengas más salud: por lo demás, tenemos paz y tranquilidad: nos amamos: nuestros hijos están sanos, son hermosos y prometen ser buenos: ¿no es quejarse pedir más á Dios? Yo que lamentaba hace poco el que Modesta tenga que hacer ciertas cosas penosas para su edad, conozco que hacia mal, y que ningun trabajo envilece á la mujer honrada.

Antonio Benavides—este era el nombre del pintor—fijó en su buena esposa una mirada humedecida de lágrimas, y estrechó tiernamente su mano, aquella mano santificada y ennoblecida por el trabajo y las rudas faenas de la familia, y luego se volvió, y cobijó con otra mirada de amor á Modesta, y á los dos niños, que dormían en la misma cuna.

Despues de oír las palabras de su mujer, no pensaba ya en la pobreza, ni en su falta de salud, ni en las fatigas de su por demás humilde existencia.

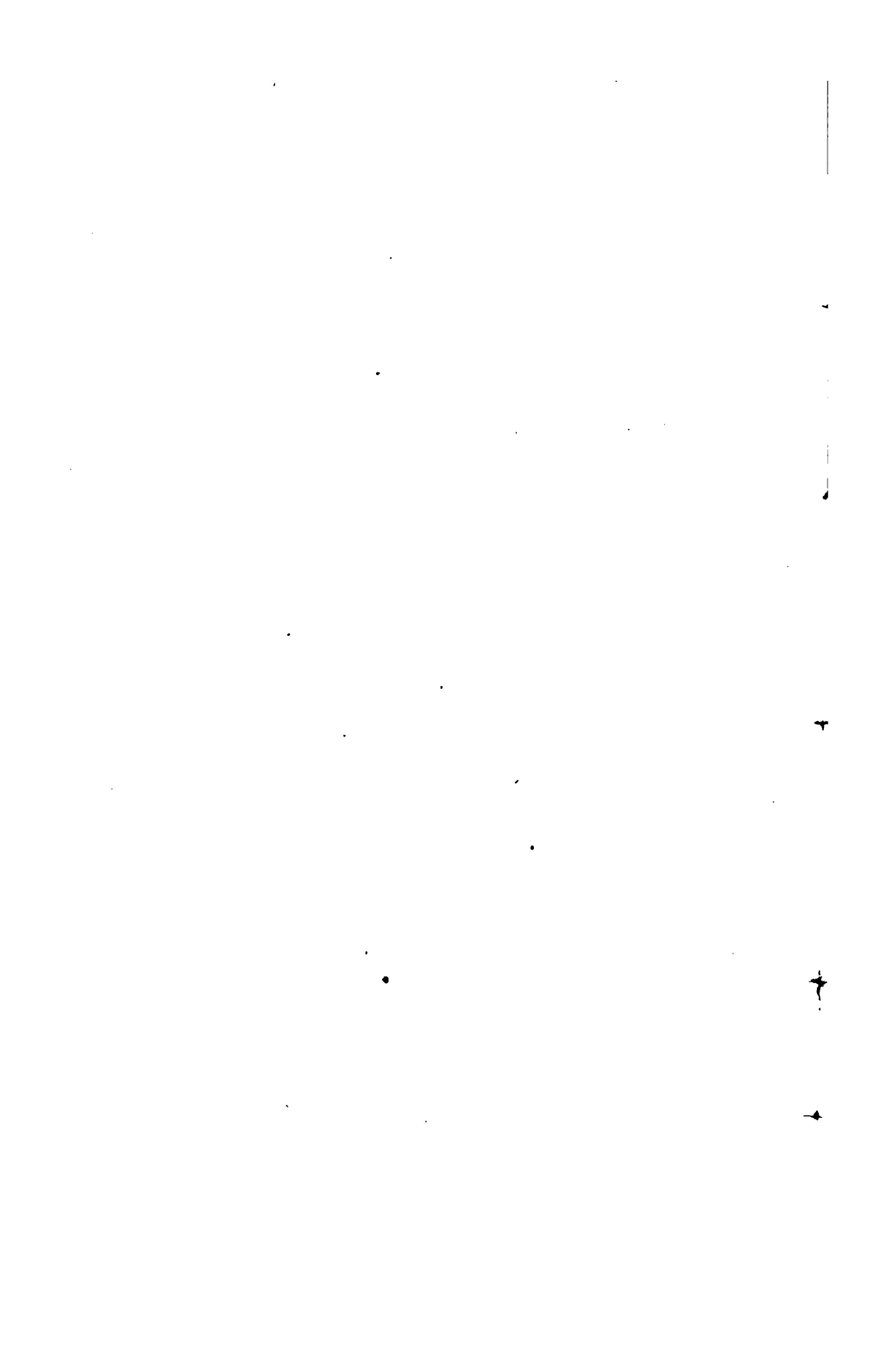
Las niñas, entretanto, seguían charlando de Berta, de sus magnificencias, de la muñeca Cesarina, de sus comidas en miniatura, que hacían y se comían en seguida, y de todas esas

pequeñas puerilidades de la infancia, con la alegre algaravía, que producirían juntos un ruiseñor y un canario.

El ruiseñor, de voz sonora y armoniosa, era Dolores, mas hermosa, mas fuerte que su compañera.

La rubia Modesta era el dulce y jugueton canario, que solo oponía suaves sonidos al poderoso trinar de su amiga.

!Dulces é indisolubles amistades de la primera edad! vosotras sois las más verdaderas, las más durables de la vida, porque sois tambien las más puras y sinceras!





## CAPITULO V.

### Una estrella entre nubes.

La Srta. Amparo García, hija de un Magistrado benemérito, se habia casado á la edad de diez y siete años, con D. Pedro Herrera, jóven de veinticinco, honrado, probo, laborioso, y que era escribiente primero de un Ministerio, con el haber de 5.000 reales.

La boda, en punto á interés, no pudo ser más descabellada: pero Amparo no tenia madre, y su padre no pudo resistir á las súplicas de aquella hija única y con tanto extremo amada.

—Cásate, y vivireis conmigo, le dijo: mi mesa será la vuestra; tú manejarás mi sueldo como hasta aquí; uniras á él el de tu marido: pagarás la casa, comeremos á la misma mesa, vestiremos, y lo que sobre será para vosotros: solo me reservaré el dinero que invierto en mis limosnas, y en decir dos misas cada mes por el alma de tu madre, lo que, como sabes, asciende á poco.

Así se hizo. Amparo se casó con el que amaba y fué la administradora inteligente de todos los haberes de la casa.

Era una jóven de alma ardiente, de imaginacion muy viva, y de corazon sensible: estas dotes, fatales para ella, hacian algo desigual su carácter, porque la igualdad constante y helada procede casi siempre de la absoluta carencia de sensaciones.

Comunmente se confunde un carácter vivo y apasionado, ya en el amor, ya en la ira, con un mal carácter. ¡Deplorable error! hay indoles llenas de bondad, de abnegacion, de grandeza, de generosidad, y hasta de heroismo, que son ¡impetuosas y arrebatadas, y casi pudiera decir que lo son todas aquellas que salen del círculo comun: la completa serenidad del ánimo nace casi siempre de una alma fria y egoista: cuando á la bondad natural van unidos el talento, la sensibilidad, y un raciocinio exacto, por grande que sea aquella bondad, solo se da á quien la merece, y todo lo que es bajo y ruin exaspera hasta la ira y hasta la violencia.

Amparo era violenta: pero la perfecta y cristiana educacion que habia recibido, contenia los arrebatos de su carácter impetuoso, y la obligaba á dominarse, pero haciéndola sufrir mucho más: para aquella alma delicada y llena de elevacion, eran martirios lo que para otras mujeres son cosas insignificantes: esclava de la dignidad y del bien parecer, jamás alzaba la voz, y aunque muchas veces se proponia tomar medidas enérgicas, en lo que su razon conocia

ser necesarias, la natural dulzura y nobleza de sus sentimientos se lo impedía, y casi siempre dejaba al que la ofendía en la impunidad.

Afortunadamente, su padre y su marido la adoraban: y esto la libertaba de muchas penas, si bien las tenía en otras mil cosas de su retirada vida doméstica, empezando por las que le causaban los criados, que era muy opuesta á cambiar.

Jamás pudo tener con ellos la sangre fría necesaria para imponerles su voluntad: tomaba disgustos mortales por lo que otras solo se incomodan levemente, y ellos dejaban pasar su arrebato, y hacían despues lo que querían.

Para decirlo de una vez: el carácter de Amparo, á un tiempo benigno y arrebatado, y la bondad de su alma estaban en completa oposicion con la rectitud de su razón, que le hacía ver clara, distinta y aterradora la falta, donde quiera que existiese, sin tener la energía de castigarla, si no muy rara vez.

Puede suponerse lo que aquella delicada y generosa naturaleza, lo que aquel claro y sano juicio padecerían en las diversas circunstancias de la vida doméstica, que son el calvario de toda mujer honrada, digna y pundonorosa: su marido, al que siempre amó con la más constante ternura, aumentaba aún sus sufrimientos, porque su carácter no estaba dotado de mayor fortaleza, y en vez de sostenerla en las pruebas de

la vida, era el primero de los dos que se anonadaba, y era ella, por lo mismo, la que tenia que darle valor.

Un suceso inesperado y terrible para Amparo, vino inopinadamente á sumergirla en el más profundo dolor; su padre murió casi de repente, víctima de una aguda pulmonía.

Las sombras del pesar y las de una medianía muy próxima á la pobreza envolvieron á un mismo tiempo á los dos esposos: ya tenian dos hijos: muerto el anciano, quedaban reducidos al cortísimo haber del empleado, que, á pesar de no tener la vida las necesidades que hoy cuenta, no llegaba para sufragar las mas indispensables.

Entonces empezó para Amparo ese martirio lento, pero doloroso, que ocasionan la delicadeza del organismo y la escasez de los medios: el instinto de lo bello, y la imposibilidad de lograrlo: la sensibilidad de los instintos, y la precision de avenirse á las más duras ocupaciones y á los cuidados mas dolorosos y más amargos.

Pero la mujer cristiana y fuerte no debia desmayar ante la prueba, sino armarse de valor, y esto fué lo que hizo Amparo.

La doncella y el criado fueron despedidos, y solo quedaron una criada para la cocina y otra para atender al cuidado de los niños.

El matrimonio se ciñó á toda clase de privaciones, sin quejarse, sin murmurar de la suerte, sin nombrarlo siquiera.

Se acabaron las noches del teatro, donde tanto disfrutaba la pobre Amparo, cuya salud habia sido arruinada por el nacimiento de otros ocho hijos.

Se sustituyeron en su mesa los platos delicados, por otros mucho mas humildes; y ella fué la que tomó sobre sí todas las tareas de la doncella y planchadora, no ménos que la vigilancia de la cocina y de la limpieza de la casa.

Por más que se ria el sexo fuerte, y por más que la mujer buena los llene con paciencia, con valor y con resignacion, los deberes domésticos son árduos y duros, cuando los medios son escasos, cuando el servicio está caro y pervertido, mal que desde hace muchos años venimos experimentando: solo se hacen menores aquellos deberes cuando se descuidan ; pero Amparo no tenia carácter para descuidarlos, y mas fácil que esto sucediese, era que fuera víctima de sus afanes, como justamente fué lo que sucedió.

A sus cavilaciones para sufragar con la extrema escasez de sus medios todas las obligaciones de su casa, se unian sus padecimientos físicos y la continua violencia que se hacia para aparecer tranquila y contenta cuando su espíritu permanecia en un abatimiento completo.

Su alma era una estrella que cercaban de continuo las negras nubes de su suerte.

De este modo pasaron algunos años: en ellos

su posicion mejoró algun tanto, porque su esposo ascendió en su carrera, si bien con aquella lentitud angustiosa y extrema que acompaña siempre á la probidad y á la absoluta ignorancia de lo que es intriga, adulacion ó engaño: el Sr. Herrera ascendió segun se dice, *por sus pasos contados*, y solo cuando le correspondia por rigurosa escala; pero al fin ascendió, y su familia, compuesta de su esposa y nueve hijos, tuvo algun respiro y algunas ventajas, en la precaria situacion en que vegetaba.

Otro acontecimiento vino á afirmar el bienestar doméstico de Amparo: la entrada de Simona en la casa, muchacha ruda, pero honrada, y que se apegó á sus amos con un afecto profundo y lleno de lealtad.

La muerte de sus hijos abrió nuevas heridas en el corazon de Amparo, y su salud, ya delicada, se alteró para siempre y de una manera profunda: todos los niños fueron volando al cielo, y solo quedó á su lado Dolores, que era la menor, y que á la muerte de sus hermanos solo contaba algunos meses.

La pobre madre estuvo á las puertas del sepulcro, pero Dios decretó que aun debia permanecer en la tierra, y se alivió, aunque no pudo volver á estar del todo buena.

Ambos esposos reconcentraron en aquella última hija el cariño sin limites que habian profesado á todos los demas: solo que la manifesta-

cion de aquel amor era diferente y en consonancia con el carácter de cada uno.

Doña Amparo—ya se la llamaba así desde hacia algunos años—estaba en la precision de reunir en sí, para educar á su hija, toda la entereza de los dos, porque D. Pedro, excesivamente débil, era instrumento de todos los caprichos de Dolores, que algo voluntariosa, habia llegado á dominar á su padre.

Por eso su madre la corregia y castigaba alguna vez, pues de lo contrario hubiera crecido como un arbolito inculto, y su carácter, vehemente ya, se hubiera convertido en duro y obstinado.

Vamos ahora á encontrar á los dos esposos, que se habian sentado en uno de los bancos de piedra del paseo para que Doña Amparo descansara de la fatiga, natural en una persona que sale muy poco de su casa.

El aire libre y la vista de la naturaleza, tan hermosa y risueña, habian producido en el alma de aquella pobre mujer, enfermiza y apasionada, el efecto acostumbrado en todas las almas de su temple.

Sus mejillas, pálidas, se habian sonrosado: un destello de juventud animaba sus negros ojos, aun hermosos y llenos de ternura: su pecho se habia dilatado con el ambiente embalsamado del campo, y se creia transfigurada y dichosa.

Hablaban á la sazón los dos esposos de lo que era para ellos lo más interesante de la tierra: de su hija.

Sin duda hacia ya rato que se ocupaban del mismo asunto, porque en el semblante de los dos habia marcadas huellas de una emoción profunda.

—¡Qué hermosa será cuando tenga cinco ó seis años mas! decia D. Pedro con entusiasmo.

—Cuando la veo al lado de la niña esa que ha llegado de Sevilla, repuso Doña Amparo, es cuando conozco lo que vale: ¿te acuerdas cuánto nos la ponderaban antes de verla?

—¡Vaya si me acuerdo! pero no llega á nuestra Dolores, ni de cien leguas!

—¡Si Dios quisiera que lograse un buen partido! no digo yo un hombre rico, que no soy ambiciosa: sino un hombre de buena posición, y que la hiciese feliz...

—De buena posición sobre todo; nuestra hija, Amparo, padecería en una situación humilde.

—¡Ella! exclamó la madre ofendida en su amor propio de madre: ella padecer, es decir, ¿enojarse porque era pobre? eso no, Pedro: le he dado yo muy cristiana educación para que suceda semejante cosa.

—Ya lo sé: ¿pero no ves que es bastante vanidosilla?

—Lo que veo yo es que el dejársela llevar á



Doña Angustias, nos la echa á perder: esa andaluza me inspira una aversion que no puedo vencer!

—Entonces, como dice la buena Elena, ¿por qué la recibimos?

—¡Qué sé yo! respondió Doña Amparo: no podemos darnos otra razon sino la de que es pobre.

—Ciertamente: si fuera rica...

—¡Oh! si fuera rica, ya la hubiera yo dicho veinte veces que no volviera á poner los piés en casa.

—Y hubieras hecho muy bien: no te hubiera yo reconvenido por ello, dijo D. Pedro muy sério, y como si alguna vez, desde que habia doblado el cuello á la coyunda del matrimonio, hubiese reconvenido á su mujer: pero así, como la pobre está tan mal, dirá ella misma que tenemos malas entrañas.

—¡Si fuera como sus hermanos! añadió Don Pedro, ¡qué Doña Tecla tan buena y qué Don Atilano tan bendito!

—Doña Angustias es el Judas de la casa, y lo que no puedo sufrir es que siempre está enseñando á la niña á desobedecernos: luego, ¡como tú eres tan blando!

—¿Y qué quieres que haga, mujer?

—¡Reprender á Dolores; castigarla cuando da motivo para ello!

—¿Pero cuándo lo da?

—A cada momento: la niña, por más que tú te empeñes, es mala! ¡y como soy yo sola la que la corrige, al fin ha de tomarme manía!

—¡Manía!

—Sí: ¡te quiere más que á mí! ya lo sabes tú; y créelo, Pedro, ¡eso me hace desgraciada!

La expresion de paz y de tranquilo bienestar que animaba el rostro de Doña Amparo, desapareció al decir estas palabras, sustituyéndola otra de verdadero y agudo pesar.

—Amparo, dijo su marido tomándole una mano con ternura: ¿por qué te afliges sin razon? Hay en tí una fatal propension á ver todas las cosas por el lado malo y oscuro, y tú eres, pobrecita mia, la que más sufres en esto: ¿que la niña me quiere más que á tí? ¿cómo ha de ser eso si á tu lado vive, y apenas me ve á mí? ¿y cómo he de reprenderla yo si la veo tan pocas horas, y no hace nada que sea digno de repression?

—Pedro, repuso tristemente la señora de Herrera, no he hallado jamás en tí la ayuda moral que necesito; y pues ha sido y es la voluntad del que todo lo puede el que yo sufra las consecuencias de tu debilidad de carácter, no debo quejarme de ello: ¡pero te aseguro que, á pesar de tu indiferencia por corregir el carácter fuerte de nuestra hija, no eres tú el que más la quiere!

—¡Amparo! ¿es posible que has de estar que-

jándote siempre, y buscando motivos de tristeza para tí y para mí?

—¡Ay, Pedro! respondió la pobre mujer: ¿con quién quieres que tenga confianzas si no contigo? ¿á quién quieres que me queje?

—Pero mujer, ¿de qué te quejas ahora?

—De lo de siempre: ya lo sabes: ¡de que eres débil y haces que yo sea odiosa á Dolores, porque le parezco demasiado severa cuando me compara contigo! ¡Pedro, ese no es modo de educar á los hijos! no es quererlos más, el dejarles salir siempre con su gusto: ¡si se desplomase sobre Dolores una gran desgracia, no serías tú quien la ayudase á salir de ella! ¡seria yo, que sé quererla mejor!

—Vamos, vamos, deja esas ideas tan tristes, repuso el Sr. Herrera, cuyo alegre y bonachon semblante se habia ido entristeciendo poco á poco: ¡desgracias, desgracias! ¿quién piensa ahora en semejante cosa? nuestra niña no será jamás desgraciada, porque Dios es justo, y ya nos ha probado bastante quitándonos todos nuestros demás hijos: Dolores será dichosa, porque será buena y muy linda: la casaremos con el hombre que ella ame, y vivirán á nuestro lado y tendrán hermosos niños que alegrarán nuestra vejez: piensa así, que esto es más natural, y no te empeñes en ver fantasmas negros en el porvenir.

—¡Así pensaba tambien mi pobre padre y

murió antes de ver realizados sus deseos! murmuró Doña Amparo, á cuyos ojos asomó una lágrima: ya sabes que Dios le llamó á sí, ¡y cuánto perdimos con su muerte!

—¡Ya lo sé! ¡pero esa no es una razon para que Dios se nos lleve tambien á nosotros! Además, aunque eso sucediera, ya tenemos algunos ahorrillos para la niña, y casándose con un hombre laborioso no lo pasarán del todo mal: pero, vamos, que el sol se va escondiendo, y hace frio para tí.

Don Pedro se levantó: imitóle su esposa, y se apoyó en su brazo, tomando lentamente el camino de su casa: el buen señor iba esforzándose en alegrar á su mujer, que parecia dominada por la melancolia de sus últimos pensamientos, referentes á la educacion, al carácter y al porvenir de su hija.

---

## CAPITULO VI.

### Dos santos y un demonio.

A lo último de la calle de San Bernardo, y en el cuarto tercero de una casita de humilde apariencia, vivía una familia compuesta de tres individuos, únicos amigos y tertulianos del matrimonio Herrera; de aquel matrimonio tan bueno, tan modesto y tan apreciable.

La distancia que separaba las dos casas era corta: y además el gran cariño que las dos familias se profesaban, la acertaba mucho más.

Dicha familia constaba de un señor mayor, alto y delgado, jubilado con 6.000 rs. por unos dolores nerviosos que ocho años antes le habían tenido baldado y sufriendo como un mártir, del que ostentó toda la ejemplar paciencia.

Los dolores pasaron por fin, gracias á Dios; pero quedó jubilado, gracias á los hombres, que ya habían puesto á otro en su sitio, y á sus años, que llegaban á sesenta.

Don Atilano Carmona era soltero, porque en su timidez jamás se había atrevido á decir á una mujer que le gustaba, aunque realmente le

hubiera gustado, lo que era tambien algo dudoso, por cuanto siempre fué muy amante de su familia, que reunia para él todas las perfecciones de la tierra, y jamás pensó en el matrimonio.

Su familia, en la época que da principio esta historia, se hallaba reducida á una hermana viuda, llamada Doña Tecla, y que contaba doce años ménos que él, por lo que algunas veces le decia sencillamente, *esta muchucha*, siguiendo la costumbre de su juventud.

El otro individuo de la familia era una andaluza llamada Doña Angustias, viuda de Carmona, pues habia estado casada con un hermano de Doña Tecla y D. Atilano, que recién nombrado subteniente, de cadete que era, se dejó prender en las redes de la salada mala-gueña, fea como un coco, y desvergonzada como una moza de rumbo.

Seis años despues de casada, mató á su marido, al que llevaba cerca de quince, á fuerza de disjustos.

Armábale cada hora una cuestion, y el desdichado ni tenia voluntad ni pensamiento propio, porque hasta de esto queria disponer la rumbosa Angustias, que no perdia ocasion de desacreditarle con las amigas con quienes tomaba chocolate, y, de decir que le habia hecho favor en casarse con él.

Pero á la muerte de aquel favorecido mor-

tal, ella quedó en la posición más precaria: se había casado sin Real licencia, y no le quedaba un cuarto de viudedad, ni un cuarto ahorrado, porque todo lo gastaba en chocolate, y en echar algunas copitas de *noyó y perfecto amor*, amen de los repetidos cigarritos ó *pitiyos*, como ella los llamaba, y que más bien parecía cada uno el envoltorio de dos cuartos de azafran.

Don Atilano y Doña Tecla eran tan benditos, que jamás pensaron ni por un instante en culpar á su hermano Juan—á quien cuadraba el nombre á las mil maravillas, por ser tan bendito como ellos—jamás pensaron, repetimos, en culparle por su disparatado casamiento con una mujer que podía ser su madre, pues tenía treinta y tres años y él solo diez y siete.

Amaban tanto *al pequeño*, como ambos le llamaban, que por nada del mundo hubieran querido disgustarle, ya que por su mala suerte «andaba el pobrecito por esos mundos de Dios.»

Los dos hermanos siguieron viviendo con su sueldecito, con su invariable arreglo, y cuando podían enviaban los ahorros de sus 10.000 rs. *al pequeño*, ahorros que su esposa convertía luego en copitas de *perfecto amor*, en *pitiyos* y en pinturas para su sandunguero rostro, que no tenía nada de femenino, y si mucho de hombruno, por su gran bigote, sus cabellos negros, crespos y relucientes, su tez basta y encendida, y su atrevida mirada.

¿Cómo había podido atrapar aquella feroz solterona á un lindo y delicado muchacho de diez y siete años, modesto, pundonoroso, bien educado, y criado por una madre ejemplar, y despues por su suave y apacible hermana Tecla? Solo se explica esto por la ley invencible de los contrastes.

Juan habia visto á Angustias en casa de un oficial de su cuerpo, casado con una parienta de aquella: y la astuta malagueña, que era ya mujer de mucha historia, y que desconfiaba de hallar marido, empezó á hacerle tantos arrumacos, que aturdió al pobre y sencillo muchacho.

Así lo contaba ella á otra de sus amigas al poco tiempo de su enlace, entre las azuladas bocanadas de humo que dejaba escapar de sus marchitos lábios.

—Chica—referia ella;—al ver á ese boquirubio, perdí los estribos: ¡ya véis tú! yo que hacia poco habia despedido, y desairado á un Conde y á un general!

—¡Es posible! exclamó socarronamente la amiga: pues yo nada he sabido de esos elevados pretendientes!

—Hija, eso se dice cuando ya pasó: yo, ya se vé, como vivia muy regularmente con mi orfandad... ya ves tú, orfandad de general...

—Yo creí que tu padre era solo capitán, querida Angustias.



—Pues creías mal, era general: y yo, que solita con mi criada lo pasaba muy bien, no quería perder mi libertad y los despedí... pero llegó ese diablillo de Juan, y ya véis, si él me volvió á mí el juicio, yo le mareé á él, que era pajarito del primer vuelo.

—¡Y tanto! pensó la amiga, profundamente dolida de Juan. Pero mujer, prosiguió en voz alta, teniendo orfandad de general, ¿porquéibas con un vestido de alepin tan corto y tan viejo?

—Ahí verás, respondió Angustias, con el pasmoso descaro que suelen ostentar las de su calaña: para lucir mi pié, que no es feo.

—Muy lejos estoy yo de creerlo tal, repuso la amiga, que era lista y no se dejaba alucinar por la subteniente: pero el tener el pié bonito, si es una razon para llevar el vestido un poco corto, no lo es para llevarlo viejo.

—Quería ahorrar, respondió Doña Angustias.

—Y con tal tendencia al ahorro, ¿por qué perdiste la orfandad de general, por el sueldo de subteniente?

—Ya te he dicho que me enamoré.

En efecto, la malagueña no podia estar más enamorada al parecer: no dejaba al pobre Juan ni á sol ni á sombra: iba siempre colgada de su brazo: y á pesar de que debia tener *algunos ahorros de su orfandad de general*, la primera paga de su esposo se la gastó toda en hacerse un traje de seda decente.

El subteniente Carmona murió á los veintitres años, de una afeccion al pecho, producto de los muchos sinsabores que su terrible y dominante esposa le ocasionaba: entonces, ésta, que casi nunca habia escrito á sus cuñados, les dirigió una carta, escrita, segundecia, *con sangre de su corazon*, en la que les pintaba su orfandad, su abandono y los peligros á que quedaba expuesta en su *temprana* viudez.

—Pobrecita! tiene razon! exclamó Doña Tecla, que lloraba á lágrima viva: á mí me compadece mucho, porque, al fin, ha sido la esposa de nuestro pobre pequeño.

—¿Y qué haremos? dijo D. Atilano muy pensativo: nosotros no podemos enviarle más que muy poco! y al fin ella no tiene de qué quejarse! puede trabajar!

—¡Ay, hermano mio! el trabajo de una pobre mujer produce tan poco!

—Ciertamente: pero ya ves que yo estoy muy delicado: estos dolores se van extendiendo cada vez más: tengo miedo á que me jubilen, lo que no tardarán en hacer, si sigo así, yendo dos dias á la oficina y quedándome cuatro en cama.

—Pero lo que hagamos por esa pobrecita, alegrará á nuestro Juan en el cielo.

—Pues bien, mujer: escríbele que se venga á vivir con nosotros: es lo más que podemos hacer.

—¡Dios te bendiga, hermano mio! dijo la

buena señora abrazando á D. Atilano: á mí se me habia ocurrido tambien esa idea; pero no me atrevia á proponértela: ya sabes que en todo gusto de obedecerte: ahora mismo voy á escribirle.

Doña Tecla se encerró en su cuarto, y escribió esta carta con su letra antigua, gruesa y redonda.

“Mi querida hermana: así Atilano como yo, hemos leído con gran pesar tu carta, y en su contestacion, y en nombre de los dos, te ofrezco esta tu casa para que vengas á habitarla con nosotros en buena y amigable compañía, y en paz y gracia de Dios.

“No es mucho lo que podemos ofrecerte, y esta es la primera vez que, así Atilano como yo, sentimos ser pobres, porque si fuéramos ricos, tu hallarias á nuestro lado más comodidades y opulencia: pero no te faltarán á sus horas las dos comidas y el desayuno, todo limpio y aseado, y un cuartito que es pequeño, pero que está bañado casi todo el dia por el sol: además, tendrás cariño y paz, que es lo principal y lo más estimable.

“Te mando cuatro duros para ayuda de los gastos de viaje: es cuanto tengo, porque la mala salud de mí pobre Atilano no me permite ahorrar más, como antes hacia, y lejos de eso, todos mis pobres ahorrillos han salido para pagar dos novenas de leche de burra que lleva

tomadas, y una untura muy cara que le doy cada noche en las piernas, sin que por eso se alivie de sus dolores, que no le dejan sosegar. ¡Cómo ha de ser! ante todo, sea alabada y adorada la santa voluntad de Dios!

“Adios, querida hermana. Atilano te saluda con afecto cordial, y tambien tu hermana, que desea abrazarte y te quiere de veras.—*Tecla.*

—¡Jesús, esta gente ha de ser más tonta que Picio, y más beata que un fraile de la Merced! exclamó Doña Angustias arrojando la carta con desden: pero así y todo yo haré la mia: por lo pronto voy á Madrid, y con mi ingenio yo haré algun negocio: me acuerdo que me gustó mucho cuando estuve allá por mis quince años, con aquel calavera de Geromo, el estudiante de farmácia, mi primer amor: ¡qué buenos cuartos le gastamos á su padre, fingiéndose enfermo para que le mandase desde Cádiz! y cómo llamaba yo la atencion de todos en el Prado, con mi falda corta y guarnecida de madroños y mi mantilla de cachucha, y mi peineta de á cuarta! nadie le echaba el pié adelante á la mala-gueña! Ahora, que sé un poco más, no dejaré de hacer fortuna.

Con tan bellas y cristianas disposiciones, partió Doña Angustias desde Granada, donde se hallaba, á Madrid, para aprovecharse del cariñoso amparo que le brindaban los hermanos de su esposo.

Al verla, quedaron sorprendidos D. Atilano y Doña Tecla: era esta una señora bajita y delgada, de color quebrado, ojos azules muy dulces y cariñosos, nariz pequeña y recta, y boca algo marchita ya, pero que habia sido muy linda.

Contaba entonces esta excelente señora cuarenta y ocho años: los restos de una belleza, que sin ser deslumbradora, habia estado llena de atractivos, se descubrian aun en sus facciones plácidas y dulces: su traje invariable era un vestido de lana carmelita: un pañuelo negro de merino en invierno, y de crespon en verano: una papalina de una blancura deslumbrante que dejaba ver, por delante, sus cabellos rubios que empezaban á ser blancos, y una mantilla de gros con guarniciones de tul liso.

Doña Tecla hacia tres años que usaba los mismos guantes de piel negra: es verdad que durante el verano los reemplazaba por unos mitones de seda del mismo color, que eran un modelo de primor en el ramo de zurcido, lo mismo que sus zapatos de rusel escrupulosamente cerrados sobre las medias blancas como la nieve, por medio de unas estrechas cintas negras que remataban en un lacito.

De la limpieza del pañuelo de bolsillo de Doña Tecla y de toda su ropa interior no hay que hablar, porque lo mismo que su cofia desafiaba á la misma nieve.

En cuanto á D. Atilano, era muy alto y muy delgado: catorce años hacia que llevaba la misma levita azul, que ya habia perdido el pelo á fuerza de cepillarla su hermana con el mayor esmero: su estrecho pantalon negro dibujaba lo exiguo de sus piernas, y su chaleco, negro tambien, dejaba ver una camisa muy blanca y planchada por la primorosa Doña Tecla: esta deslumbrante camisa estaba cerrada en el pecho por dos grandes botones de plata que formaba cada uno una estrella.

Pero lo que más caracterizaba á D. Atilano era su sombrero: un sombrero de anchas alas—entonces se llevaban pequeñitos—que le habian comprado cuando dejó la gorrita que llevaba á la escuela, que él cuidaba y cepillaba con minucioso esmero, y que aun estaba flamante, á pesar del tiempo trascurrido.

Cada dia al volver á su casa de su cotidiano paseo, le encerraba en su caja de carton, donde pasaba la noche con todo abrigo y comodidad.

Entre aquellas dos figuras raras y prosáicas, pero apacibles, cándidas y llenas de honradez, cayó como una bomba la alta y robusta Doña Angustias, llena de vanidad, de arrogancia y de pretensiones.

Notables eran por cierto la cortedad, el embarazo, la timidez, con que la buena y santa Doña Tecla esperaba á la viuda de su hermano;

ésta, muy contrariada al llegar á la fonda donde paraba la diligencia, al ver que no la esperaban sus *cuñados*, que ella creía iban á salir á buscarla con una magnífica berlina, entró en un coche de alquiler y dió orden al cochero de que la llevara á la calle Ancha de San Bernardo número 102.

Una criada anciana, que servía á los dos hermanos, y había sido niñera de Doña Tecla, abrió la puerta con solicitud, y la viuda del subteniente entró como una avalancha.

Era una mujer alta y bastante corpulenta: su tez era basta y encendida: sus ojos negros y pequeños, de mirada maligna y dura, estaban separados por espesas cejas negras y ásperas, y guarnecidos de pestañas muy espesas, pero muy cortas, señal segura de dureza de corazón, así como las largas y convexas lo son de sensibilidad.

Sobre su delgado lábio superior, se extendía un bigote negro, que le había envidiado más de un adolescente: tenía la frente estrecha y deprimida, la nariz regular y la barba cuadrada completamente.

Su cabello, bastante escaso, era negro y reluciente, con ese brillo peculiar de las cabellos cerdosas, y que se adquiere con el uso continuo y repugnante de la grasa.

Por lo demás, no había en ella nada que agradase por la delicadeza de la forma: tenía el

talle echado á perder y grueso, porque jamás llevaba corsé: el cuello corto y rollizo: solo su pié y su mano eran pasables, ventajas que hacia lucir con una insistencia bastante importuna.

Traia para el camino un traje lanilla, estropeado y viejo, porque era en extremo desaseada: una manteleta antigua, de seda, y lustrosa á fuerza de haber prestado largos servicios, y un sombrero de paja, aunque se estaba en el mes de Enero, componian su presuntuoso, ridículo y deteriorado atavío.

Pendiente del brazo llevaba una bolsa de terciopelo con boquilla de acero, y sus manos, encendidas por el polvo del camino, no tenian guantes.

—¡Jesús! exclamó entrando: ¡quién habia de pensar que me habian Vds. de dejar sola sin conocer á un alma viviente! ¡sufocacion como esta pocas veces la he pasado!

Dicho esto, se dejó caer en una silla y empezó á echarse aire con el abanico de una manera furiosa.

—Hermana mia, repuso con dulzura Doña Tecla: como hoy estaba Atilano bastante mal, ni él ha podido salir, ni yo me atreví á dejarle.

—A lo ménos, objetó Doña Angustias que parecia muy sofocada, podian Vds. haber enviado á un criado!



—¡Solo tenemos á Simplicia, y como la pobre es tan vieja!...

—¡Se busca otra jóven!

—Querida hermana, dijo Doña Tecla que, en medio de su mansedumbre verdaderamente angelical, estaba dotada de una gran firmeza de carácter: más vale que te vayas á recoger, pues vendrás cansada: tienes tu cuartito dispuesto y té hecho, por si lo quieres tomar; yo misma lo he preparado.

—No quiero té, respondió desabridamente la malagueña.

—¿Tomarás mejor chocolate?

—Tampoco me gusta á estas horas: lo que tomaria de buena gana es una copa ó dos de Málaga seco con bizcochos para poder despues fumar un cigarro.

¡Beber vino! ¡fumar! Doña Tecla se quedó con la boca abierta al oír aquellas monstruosidades: luego, y como si las palabras no hallasen paso entre sus labios, dijo balbuceando:

—Lo que es Málaga, no lo hay en casa: como no lo gastamos...

—Envie Vd. á comprarlo á la Simplicia, que lo habrá en Madrid.

La viuda trataba de Vd. á su cuñada, con una especie de irónico respeto ó, mas bien, de conmiseracion despreciativa.

—Hay un inconveniente, respondió entonces la voz áspera de Simplicia, que haciendo como

que arreglaba el comedor donde se habian sentado, miraba de reojo á la rumbosa andaluza.

—¿Qué inconveniente? preguntó Doña Angustias con mucho retintin.

—Que yo no puedo salir ahora de casa.

—¿Cómo?

—Que no salgo ahora de casa, ea! repitió Simplicia con enfado: no hay para qué echarme esos ojazos, que á mí no me come la gente.

—¡Ay, Dios! ahora recuerdo que el coche está á la puerta, esperando el cochero que le pague! Cuñado, ¿tiene V. algo suelto?

Don Atilano, que estaba recostado en un viejo sillón de baqueta, y que no habia desplegado los labios, llevó la mano al bolsillo del chaleco.

—Déme Vd.: yo iré á cambiar, dijo Simplicia alargando á la viuda su gruesa mano.

—¿No acabas de decir que no puedes salir? preguntó aquella echándole una mirada de basilisco.

—Para eso es diferente, respondió resueltamente la criada: siempre debe haber gana de pagar al que se le debe: pero nunca debe haberla para ir á gastar el dinero en golosinas.

—Para sacar dinero tengo que abrir mi cofre y no ha llegado todavía, dijo Doña Angustias, que se ahogaba de ira: y al fin... es una peseta lo que necesito.

—Aquí está, dijo D. Atilano, á quien se le fi-

guraba aquella mujer una sierpe infernal, acostumbrado, como se hallaba, á la suavidad y dulzura de su hermana.

Y puso la peseta en la mano de Simplicia, añadiendo:

—Baja y despide al cochero.

—¡No podría venir á pié el sargento de granaderos! murmuró la vieja sirvienta: y si viene en coche ¿por qué no se lo pagará ella? Esto hacia falta á mis amos, que viven con la economía del mundo.

Simplicia era aragonesa, que es lo mismo que decir que, aunque brusca, no tenía hiel ni guardaba rencor: así, pues, no hubo cosa que pudiese complacer á su huésped que ella no hiciese, en cuanto le dijo su señora:

—Simplicia, hazlo por no incomodarme á mí: ya sabes que la pobre no tiene más amparo que nosotros, y por esto mismo debemos tratarla todos con más miramientos que si fuera rica.

Inútil es decir que Doña Angustias se aprovechó grandemente de la delicadeza de este cristiano modo de pensar, y que su arrogancia y su desden para sus *cuñados*, como ella decia, crecieron hasta un punto increíble.

Doña Tecla se levantaba temprano, ayudaba á Simplicia en todas sus labores, limpiaba la casa, que dejaba como una tacita de plata, y luego se ponía á recoser pacientemente las deterioradas camisolas de su hermano.

Doña Angustias se levantaba tarde, se componía ridiculamente con sus pingos, y se marchaba á ver á algunas amigas (que habia hallado con sorprendente facilidad, porque se metia en todas partes), y volvía á la hora de comer: despues salia de nuevo para ir á casa de la Marquesa P... ó de la Marquesa A... pues ella, que aunque habia estado casada con un subteniente habia sido por hacerle mucho favor, y como hija de *general*, no se trataba con gentes de otra calaña.

Por la noche se iba de tertulia: porque era cierto que tenia acceso en algunas casas decentes, en las que hacia gracia por su incesante verbosidad y por sus chuscadas andaluzas.

Era además la Gaceta de todas las novedades del dia, la que sabia todos los chismes, y contaba las historietas secretas de las personas conocidas.

Basta ya de los antecedentes de esta familia, á la que volveremos á encontrar en la accion de esta historia.

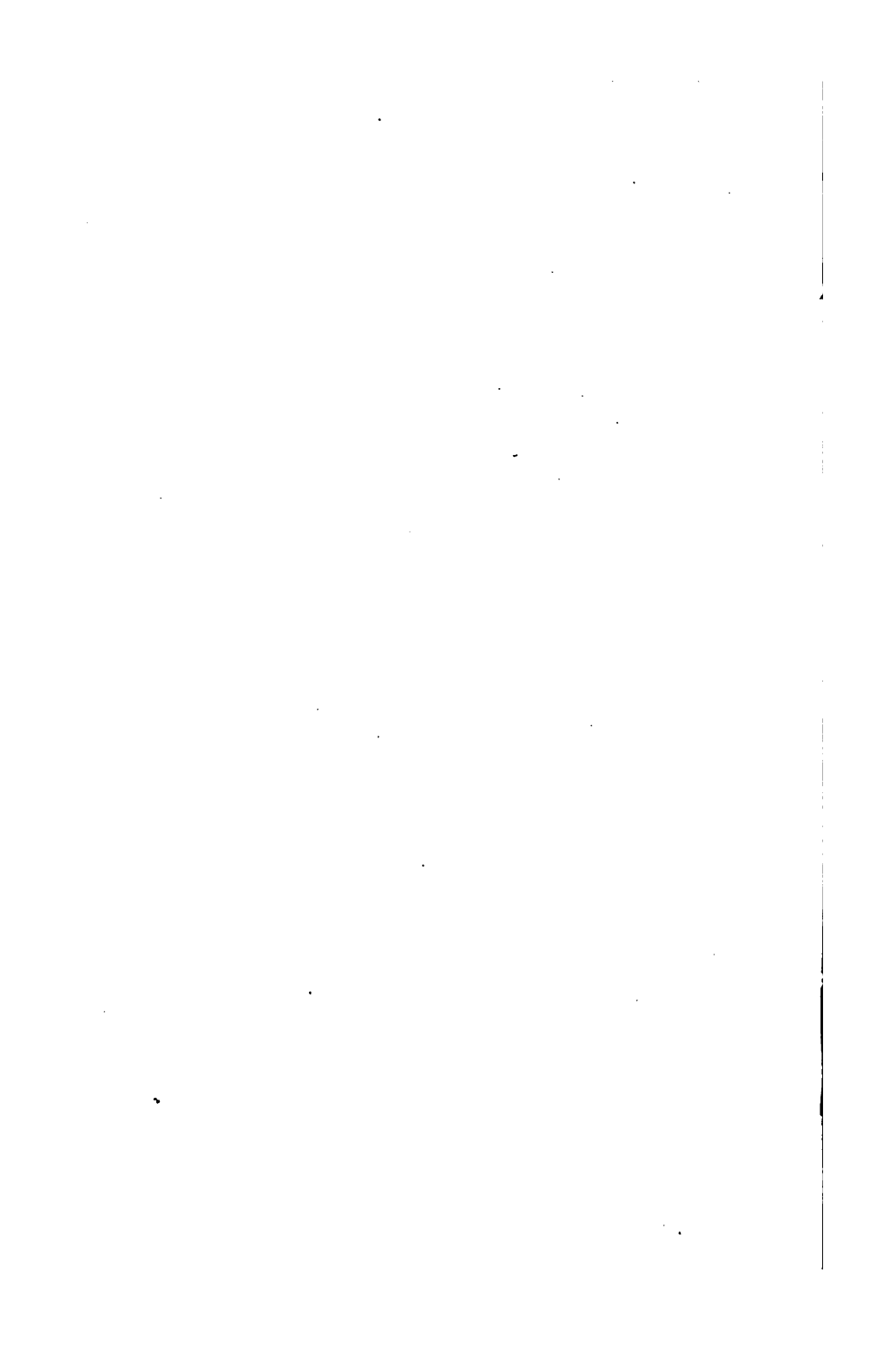
Por ahora no hay más que decir sino que los diez años que habian pasado sobre los dos hermanos, les habian hecho más sufridos, más apacibles y mejores cristianos, así como á la viuda malagueña la habian hecho más entrometida, más mordaz, más chismosa, más habladora y más holgazana de lo que antes era.

Esta tenia además una amistad íntima: la

---

de una tal Doña Toribia, patrona de huéspedes y prestamista, gran usurera y gran bribona.

En su casa se jugaba *largo*, y allí había hecho Doña Angustias algun dinerillo, con el cual iba atendiendo á sus gastos de copitas y *pitiyos*.



---

## CAPITULO VII.

Siete años más tarde.

Pasamos por alto siete años de esta historia, durante los cuales nada ocurrió de nuevo: los individuos de ella envejecieron un poco más: los cincuenta y seis de Doña Angustias eran más perversos, más mordaces que los cuarenta y nueve: los de Doña Amparo mas tristes y más enfermizos: los de Dolores, que cumplia quince, más hermosos que un ramo de flores.

Era siempre la niña redonda y sonrosada que hemos conocido: su estatura llegaba apenas á mediana, pero estaba torneada con exquisita gracia y primor: bajo su pura frente, se abrian sus ojos negros y rasgados, llenos de luz y candidez, de alegría y de viveza, de sensibilidad y de ternura.

En su boca de coral y perlas, habitaba constantemente la sonrisa: parecian sus cejas trazadas por la mano de Murillo, y su talle, delgado de cintura, ostentaba en la garganta, hombros y seno, una graciosa y seductora redondez.

Dolores no era ménos bella en su parte mo-

ral, que en la física: dócil, amable tierna para con sus padres, primorosa para toda clase de labores, *se hacian lenguas de ella*, como vulgarmente se dice, todos los amigos de su casa, que no pasaban de cinco.

A tres de estos les conocemos ya: eran Don Atilano, Doña Tecla y Doña Angustias, aunque es forzoso decir que esta inspiraba poca confianza y mucho despego á la prudente Doña Amparo.

Los otros dos tertulianos eran un compañero de oficina de D. Pedro, y el Sr. Cura de la parroquia de San Márcos.

Dolores se levantaba temprano é iba á misa, con su madre, á la cercana iglesia: despues volvan á casa, tomaban chocolate con D. Pedro y la hija peinaba á la madre; en seguida se peinaba á sí misma la hermosa madeja de cabellos castaños, sedosos y graciosamente ondulados que adornaba su peregrina cabeza.

Hecho esto, ayudaba un poco á la criada al arreglo de la casa, y despues se sentaba á coser ó á bordar al lado de Doña Amparo.

Por la noche jugaban al tresillo ó al tute los cinco amigos de Herrera y de su esposa, ó por mejor decir los cuatro, porque Doña Angustias rara vez asistia, y eso por poco rato: la viuda preferia, por más lucrativo, el juego de casa de Doña Toribia la prestamista y patrona de huéspedes, al de sus vecinas.



Dolores tomaba su labor y se sentaba junto al vetusto quinqué para trabajar en su bordado ó en su tapicería: á las diez dejaba la labor, y tenia permiso para leer hasta las once en el *Almacen de niños, Veladas de la quinta, ó Viajes de Enrique Wanton al pais de las monas*: obras que, con algunos Ejercicios cotidianos y Semanas Santas, componian la reducida biblioteca de su padre.

A las once la tertulia se dispersaba; Dolores besaba la mano á sus padres y se iba á un cuartito, tan arreglado como la celda de una monja, con las paredes blancas, y cuyo solo mueblaje eran una cama con una cortina y un cobertor de percal blanco, una mesita con un tocador de palmo en cuadro, una silla, un costurero, un armario para guardar su vestido de tafetan negro, hecho de otro de su mamá, y dos de lana que componian toda su guarda-ropa: sobre la mesa del tocador habia un jarrito de cristal blanco que casi siempre tenia flores frescas, regalo de D. Pedro á su hija.

Habia en aquella celdilla cierto perfume de gracia, de frescura y de inocencia, que arrobaba el alma: el blanco lecho: el cestillo de la labor de Dolores: el Crucifijo colocado en el testero principal del cuartito; coronado con una rama de boj y otra de olivo bendito: el almohadon puesto á los piés de la santa efigie, donde Dolores se arrodillaba para rezar sus oraciones de

mañana y noche: las cortinillas de la ventana, recogidas con lazos de color de rosa: y por último, el ramo de humildes flores, colocado en el jarrito de blanco y limpio cristal, formaban un conjunto lleno de encanto y de pureza.

Cada noche, al entraren su cuartito, rezaba Dolores arrodillada en el almohadon bordado por su mano, y luego se acostaba para dormir, como decia su padre, *toda la noche en un sueño*.

Don Pedro seguia mimándola, y dejándola salir en todo con su gusto.

Su madre seguia siendo severa para ella, amonestándola con gravedad, reprendiéndola con firmeza y elogiándola cuando no estaba delante: inspirándole, con la mejor leccion, que es el ejemplo, la modestia y el amor á todas las virtudes cristianas, que traen la paz al hogar doméstico, y conservan al alma su dulce tranquilidad.

Entre aquellos dos santos y protectores afectos, crecia Dolores como la bella flor, que tiene sol abundante, riego y céfiros que acaricien su corola.

Tenia además otro afecto que la hacia muy feliz: el de Modesta, la hija del pintor del cuarto segundo de su casa, aquella niña rubia y fresca, con la que jugaba cuando ella lo era tambien.

Modesta se habia hecho una jóven tan linda como su amiga; sus padres la amaban tanto

como D. Pedro y Doña Amparo amaban á Dolores: solo que estaban cambiados los papeles, porque en casa de Modesta, la madre era la que mimaba, y el padre el que reprendia y castigaba.

¿Pero qué importa que sea el padre ó la madre el que use de gravedad ó de ternura? Lo esencial, lo preciso en las santas alegrías de la familia es que exista el equilibrio, tan difícil de sostener, de la ternura y del respeto, del amor y de la consideracion. Dolores, reprendida alguna vez por su buena madre, acariciada siempre por su padre, era dichosa. Modesta, mimada por su madre, y reprendida por su padre, lo era tambien: despues veremos los efectos que cada uno de estos métodos produjo.

Los caractéres de las dos amigas diferian bastante. Dolores era apasionada, vehemente, un tanto arrebatada y otro poco vengativa: amaba hasta el delirio y era capaz de aborrecer hasta la crueldad: así lo decian sus negros ojos, su elevada frente, el redondo y puro contorno de sus mejillas y la firme brillantez de su mirada, en la que sobresalia, sin embargo, el exquisito pudor de la vírgen adolescente.

De toda la persona de Dolores brotaba la pasion: los effúvios de su alma se escapaban en corrientes eléctricas en sus miradas, en sus sonrisas: aquella alma fresca, virginal, palpitava en su voz, en su andar, en su mirada, en su

modo de hablar, ora lento y suave, ya apresurado y un tanto violento: chispeaba en su sonrisa, que formaba un hoyo bastante grande en medio de cada una de sus mejillas, y se daba á conocer en todas sus acciones, jamás frias ó calculadas, sino súbitas é irreflexivas.

—Esta hija nuestra está dotada de todas las cualidades, de todas las propensiones, que han de hacerla completamente desgraciada, decia algunas veces Doña Amparo á su esposo.

—¡Válgate Dios, mujer! respondia invariablemente el buen señor: ¡siempre has de pensar tristemente! ¿por qué dices eso?

—Porque lo siento así. Dolores no será dichosa, porque es demasiado apasionada, y ya empieza á exigir más de lo que el mundo puede darle.

No era el talento de D. Pedro todo lo penetrante que necesitaba ser para comprender los temores de su esposa, dotada de una sensibilidad mucho más esquisita que él: así es que se contentaba con encojerse de hombros, y respondía:

—¡Mi pobre Amparo, pareces ave de mal agüero! ¿por qué cavilas en lo que tan léjos está?

La buena y amante madre callaba, y volvía á quedar sola, como lo habia estado toda su vida, con sus tristezas y sus presentimientos.

Era un alma llena de melancolía y como desterrada, que nadie sabia ni se cuidaba de alegrar.

Algunas veces contemplaba á Modesta y se decia suspirando:

—¡Cuán dichosa seria yo, si mi hija se la pareciera!

En efecto, como ya dije más arriba, nada tenían de comun las dos amigas, á pesar del tierno amor que se profesaban.

Modesta no era tan alegre como Dolores; pero era más igual, y esto consistia en que sentia con mucha ménos vehemencia: no era generosa hasta el heroismo; pero daba de buena gana lo que tenia: no reia nunca á carcajada, ni lloraba con sollozos hondos y profundos, porque no sentia con intensidad ni la alegría ni el dolor: obedecia sin esfuerzo cuando pensaba que iba á salir á paseo y su padre la mandaba quedarse en casa: le gustaban todos los manjares, pero de todo comia poco, al revés de Dolores, que comia por diez de algunas cosas que le gustaban con pasion, y no podia vencerse á probar otras que detestaba.

En una palabra. Dolores habia nacido para ser dominada por una excesiva sensibilidad, por una extrema vehemencia en sus afectos, para amar, para padecer, para ser desdichada, en fin. Modesta para ser feliz y hacer la felicidad de todos los suyos.

Porque ¿hay algo más bello y más sereno que esas existencias, puras como la superficie de un trasparente lago, tranquilas como el bosque

durante las horas de medio día, y en cuyas almas cantan, como cantan los pájaros en la espesura sus himnos, la paz y la alegría?

¿Y hay algo más grande, pero más sombrío, más desigual y más tempestuoso que esas naturalezas ardientes, entusiastas, desordenadas, que gozan en un instante siglos de ventura, ó de desesperación?

Tal era el contraste que presentaban aquellas dos niñas que entraban apenas en la vida, y que, desde sus primeros pasos en ella, se hallaban unidas con los lazos de la más tierna amistad.

Dolores era el mar con su aspecto grandioso y deslumbrante, ora reflejase en él el sol, ora lo agitase la bramadora tempestad.

Modesta era el arroyo apacible, en cuya orilla siempre brotan flores, y cuyas claras ondas están constantemente puras y azuladas, dejando ver en su seno dorada arena y limpias piedrecillas.

—Mamá, dijo un día Dolores aturdidamente, Modesta tiene novio.

—Niña, no me gustan las bachillerías, respondió severamente Doña Amparo: ¿qué es eso de novio á la edad de Vds.? Modesta debe ahora pensar solo en trabajar y en aprender lo que le falta que saber.

—Ella me ha dicho que tiene novio, insistió Dolores.

—Pues yo te digo, que si te habla de esas tonterías, te separaré de su trato.

—Pero mujer, ¿por qué no te enteras de lo que es? preguntó D. Pedro, que tomaba el sol, y fumaba su cigarro despues de comer: ven acá, hija mia, siéntate aquí á mi lado y cuéntame qué novio es ese.

—Es, dijo Dolores, un estudiante que está de huésped ahí enfrente en casa de Doña Toribia, la amiga de Doña Angustias.

—¿Un estudiante? preguntó con enojo Doña Amparo.

—Sí, mamá: un estudiante de leyes: jóven, y muy guapo, que se ha enamorado de Modesta de verla coser por las tardes en el balcon.

—Eso es lo que resulta, prorumpió Doña Amparo, de dejar á las niñas como loritos en los balcones: ¡no te verán á tí!

—Yo lo creo! repuso tristemente Dolores: ni siquiera me deja Vd. ponerme á coser ó á bordar al lado de los cristales!

—¡Ya se vé que no! el buen paño en el arca se vende; y sobre todo, no me gusta que te vean los estudiantes de ese lobo marino de Doña Toribia: ¡vecindad más escandalosa! daria yo la mitad de lo que he de comer porque esa mujer se marchase á otra parte! vamos! acaba la historia del novio, ya que por desgracia la sabes.

—Pues bien, mamá: Luciano, como le llama Modesta, le envió una cartita con la mujer que

les hace los mandados, á la que ella contestó.

—¡Contestó!

—Sí, señora: ¿qué habia de hacer?

—¡Entregársela á su madre sin abrirla! ¡eso debió hacer!

—¡Bah, bah! exclamó Dolores: para que ni siquiera se la hubiera enseñado! Modesta la abrió y la leyó; contestó á ella, y despues enseñó á su mamá la carta y la contestacion.

—¿Y qué decian?

—La carta, que era muy linda, que tenia cara de ángel bueno, y que esto habia hecho que el que la escribia se enamorase de ella perdidamente.

—Claro, opinó D. Pedro: lo que se dice siempre en tales casos: ¿le pedia respuesta el galan?

—¡Perico! ¡que poca formalidad tienes! observó Doña Amparo.

—Ya se vé que le pedia respuesta, dijo Dolores: y la carta está escrita con una letra tan preciosa! y dice unas cosas tan bonitas! Modesta tomó cuatro cuartos, envió á la mandadera por un pliego de papel con los márgenes calados, y respondió á Luciano que le estaba muy agradecida, así por la opinion que tenia de ella, como por el afecto que le manifestaba: pero que ella, si bien le hallaba á su vez agradable, no se determinaba á seguir relaciones á escondidas de sus padres: le aconsejaba que buscase medios para conocerles y tratarles, y le ofrecia corres-



ponder al cariño que le manifestaba, siempre que sus padres nada tuvieran que oponer: pero antes de mandar la carta, se la enseñó á su madre.

—¿Y qué dijo? preguntó Doña Amparo con curiosidad.

—¿Qué dijo? la abrazó: y dijo que tenia mucho juicio; pero entristeciéndose despues, añadió:

—Hija mia, ese caballero, como te ha visto decentita, creerá que tienes algo, y no sabrá que bordas y coses para una tienda: cuando lo sepa puede que se le pase el entusiasmo, porque los hombres buscan el dinero ante todo.

—Vamos, no puedo soportar que una madre hable á su hija con mimos, cuando ésta se ha hecho culpable de imprudencias. Y la carta se envió al estudiante?

—Con la mandadera, contestó Dolores.

—A la mandadera esa la hubiera yo puesto de patitas en la calle, y hubiera clavado todos los balcones aunque me hubiera tenido que alumbrar con luz de aceite! dijo Doña Amparo.

—¡Jesus, mamá! pues Vd. bien se casó! exclamó Dolores.

—¡Bien dicho hija mia! has dejado á tu madre derrotada! exclamó D. Pedro, riendo á no poder más: ¿qué respondes á eso, severo predicador?

—Responderé, dijo Doña Amparo resentida, lo que no debia responder: responderé que yo

no me casé contigo por medio de cartas y recaditos, sino que me viste, y antes de decirme «buenos ojos tienes», me pediste á mí padre, y éste entonces me consultó á mí: responderé que la primera vez que te ví era ya con el título de novio: y en fin, ya que me obligas á ello con tus pullas, te diré que entre nosotros no habia la desigualdad que existe, al parecer, entre ese jóven, hijo sin duda de familia pudiente, cuando le sostiene en Madrid siguiendo una carrera, y Modesta, hija de un pintor, y que trabaja para un almacen de modas.

—Amparo, dijo D. Pedro: algunas veces te dejas arrebatat del enojo hasta el extremo de olvidar tu bondad natural: es acaso alguna falta en una jóven, el trabajar en obras de primor para ayudar á sus padres?

—No digo yo que lo sea.

—Ojalá me dejaran, dijo Dolores, bordar tambien *para fuera*, y así tendria algun vestido más.

—No te hace falta ninguna á tí el trabajar para otro, repuso su madre: quiero que conserves tu independendencia, que pases alguna privacion, y no que vayas á bajar la cabeza delante de los comerciantes, y que ellos miren de mala manera tus primores: trabaja para tus padres.

—Una carta acaba de traer el cartero, dijo Simona entrando, y dándola á D. Pedro.

—¡De Sevilla! exclamó éste: y creo que conozco la letra!

—¿La conoces? repitió Doña Amparo: pues es extraño, porque hace ya largo tiempo que nadie te escribe: solo tu amigo el Conde de Elven cuando vivía...

—¡Ah, sí! ¡pobre y buen Gonzalo! exclamó Don Pedro enternecido: mi amigo, mi solo amigo, ó por mejor decir, mi hermano! cuánto nos queríamos! y luego dicen que en las clases elevadas no hay buenos sentimientos!

—Eso es hablar por hablar, repuso Doña Amparo: en todas las clases hay de todo: tu amigo, á pesar de ser Conde, era todo un caballero y tenía un corazón de oro!

—Pero papá, qué hace Vd. ahí con la carta entre los dedos y sin abrirla? dijo Dolores con su genuina impaciencia.

—¡Qué imprudente eres, niña! exclamó enojada Doña Amparo.

—Tiene razón, repuso D. Pedro: con todo me distraigo, aunque á decir verdad, no es extraño que me produzca este efecto la memoria de mi querido Gonzalo: veamos de quién es esta carta.

Don Pedro volvió el sobre para romper el nema, y vió impresa, en lacre de un elegante color claro, una corona de Conde: la letra era de mujer, fina y correcta, pero de forma un poco antigua.

Desdobló el papel satinado, grueso, y que exhalaba un suave aroma, y leyó en voz alta lo que sigue:

“Mi querido amigo: hace mucho tiempo que guardo con Vd. el mismo silencio que con todos los que lo eran de mi inolvidable esposo; pero hoy que le necesito, acudo á Vd. sin preámbulos ni rodeos, y acudo tambien á su digna esposa, invocando el sagrado título de madre, pues se trata de mi hijo.”

Don Pedro volvió la carta y buscó la firma: decia: *La Condesa de Elven.*

—Deseo, dijo Doña Amparo con grave dulzura, saber para qué nos necesita la Condesa, señora á quien estimo mucho desde que tuve el gusto de tratarla, aunque por pocos dias, cuando hace doce años hizo con su esposo un viaje á Madrid: hazme el favor de seguir, Pedro.

“Gonzalo, aquel niño, de quien tanto hablaba yo á Vds. cuando fuimos á esa—continuó leyendo D. Pedro—mi querido y único hijo, que entonces quedó aquí con mi padre, va á esa corte á estudiar el doctorado y á graduarse, porque, como él dice muy bien, no basta en la sociedad ser Conde, es preciso ser algo más: ha heredado los nobles pensamientos y la bella presencia de su padre.”

—Vete, niña, dijo Doña Amparo á Dolores.

Esta, que escuchaba atentamente la carta,

hizo un mohin de descontento, pero salió sin atreverse á replicar una palabra.

—¿Por qué le dices que se vaya? preguntó admirado D. Pedro.

—¿No oyes que la Condesa elogia la figura de su hijo?

—¿Y eso qué importa, si al fin le ha de ver? Pero ahora que repaso esto, veo que has hecho bien: oye lo demás que dice:

“Ya sabe Vd., amigo mio, todos los peligros de que está lleno Madrid para los jóvenes: Gonzalo es crédulo, bueno, entusiasta: se dejará prender fácilmente en las redes de esas criaturas que pululan por esa corte con tanta abundancia: pero tengo, para evitarlo, un remedio: el recomendárselo á Vd.: ¿y sabe Vd. por qué? porque me han hablado de una hija que Vd. tiene, de una preciosa niña, á la que yo conocí de tres años, y que ya era un serafín: ahora me han dicho que es una jóven encantadora.

“Mi querido Herrera, si Gonzalo y Dolores se aman, no contrarie Vd. su mútua afición: sé que debe ser buena, pura, inmaculada, siendo hija de tan buena madre: sé que poseerá todas las virtudes: ¿qué importa que no posea riquezas? El Conde de Elven es opulento, y solo deseo para él una mujer rica en virtudes: es un matrimonio en el que he pensado muchas veces, y seré dichosa si se realiza.”

—¡Dios mio! exclamó Doña Amparo, cuyo pe-

cho palpitaba de entusiasmo, y cuyas pálidas mejillas se habían vestido de un leve sonrosado: ¡Dolores Condesa! mi hija lograr una suerte tan brillante! verse libre para siempre de penas y de escaseces! ah! eso sería demasiada felicidad!

—Tienes razón, Amparo, repuso D. Pedro, por cuyas mejillas se deslizaba una lágrima: eso sería demasiada felicidad.

—Acaba de leer la carta de esa excelente señora, dijo Doña Amparo: veo que ya se está acabando.

—En efecto, repuso D. Pedro, ya se acaba y dice así:

“El 20 de este mes llegará á esa mi hijo: suplico á Vd., amigo mio, que le busque un hospedaje, en una casa decente y situada en paraje céntrico: llevará consigo un solo criado en calidad de ayuda de cámara: reitero mis súplicas, para que mire por él: uno de estos dias escribiré implorando su ternura y su interés para mi hijo, á su digna esposa y mi querida amiga: entre tanto, no olviden Vds. que tiene solo veintitres años y que necesita de sus consejos.

“Adios, mi querido Herrera: implora á usted conmigo, en favor de su hijo aquel Gonzalo que ya está en el cielo y que amaba á usted tanto como se merece, y tanto como lo estima su sincera amiga

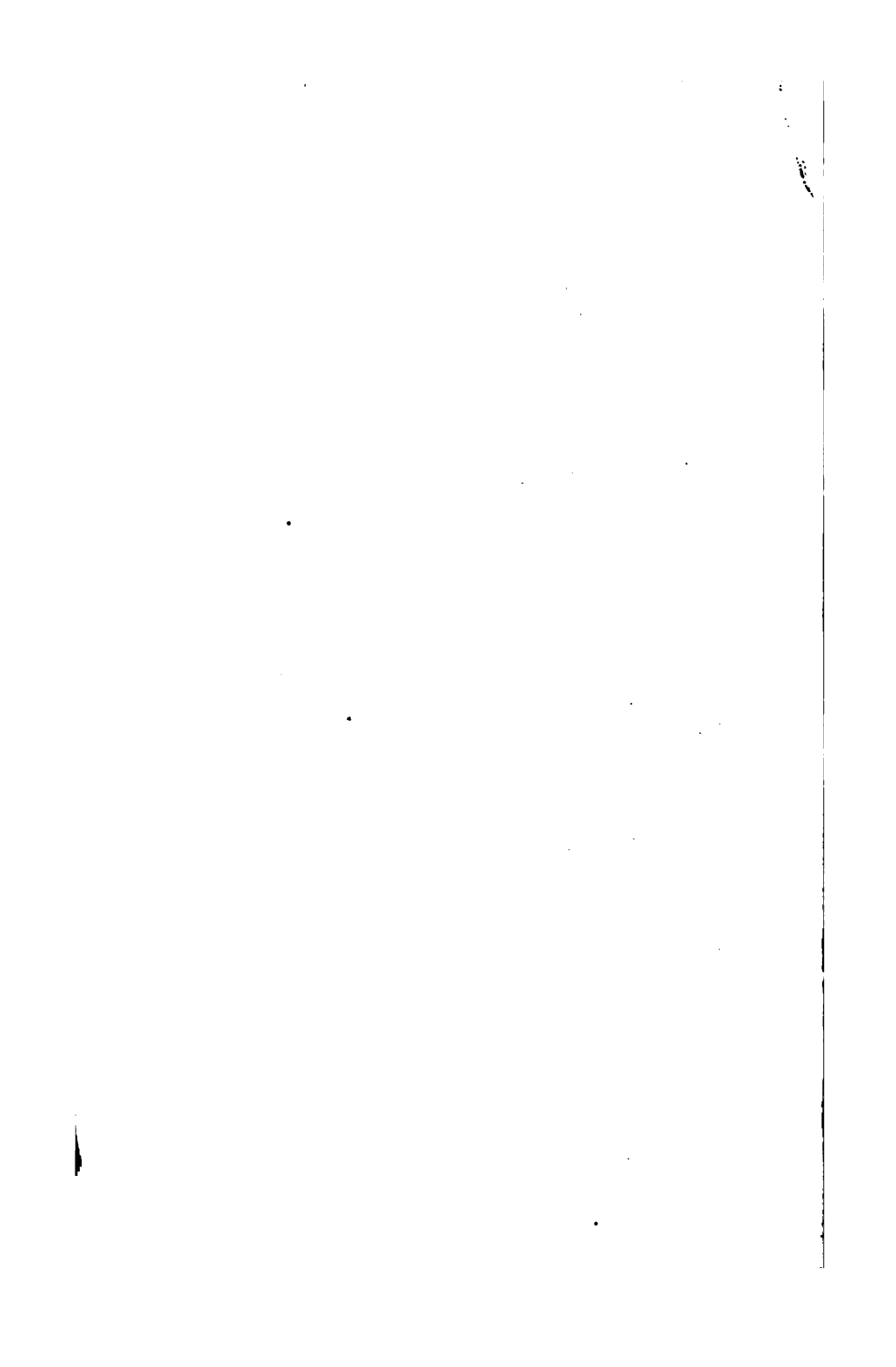
*La Condesa de Elven.*

“Sevilla 10 de Enero de 1842.”

—¡Y estamos ya á 15! dijo Doña Amparo: Pedro, no te descuides en buscar hospedaje para Gonzalo, pues solo debe tardar cinco dias en llegar.

—Ahora mismo voy á salir, dijo D. Pedro.

Y en efecto, tomó este su sombrero y su caña de Indias, y se lanzó á la calle.





## CAPITULO VIII.

### Un novio para la niña.

Doña Amparo, la piadosa y triste mujer, la paciente esposa, la tierna, pero severa madre, se trasformó de un modo muy sensible, despues de oir leer á su esposo la carta de la noble y digna Condesa de Elven.

¡Un novio para la niña! ¡un novio rico, brillante, de linda y elegante figura, y sobre todo, Conde! A esta idea, su corazon latía apresurado y una nueva vida circulaba activamente por las venas de la excelente señora.

Era humilde, por sus piadosas creencias, por su tierna devocion, y por natural carácter: pero era tambien madre idólatra de su hija, y se volvía loca de gozo ante la bella suerte que la Divina Providencia deparaba á su Dolores.

Ni por un instante se le ocurrió la idea de que los jóvenes podían no agradarse recíprocamente: ¡no agradar su hija, siendo tan linda, tan fresca, tan encantadora! ¡eso no era posible! ¡no podía suceder!

Dolores, que era muy perspicaz, notó en su madre algo extraño: salieron juntas, y esta

compró para la jóven un bonito traje de lana y seda: cuando ya estuvo la tela en casa, llamó á Elena, la madre de Modesta, y le dijo:

—Amiga mia, Vd. tiene más habilidad que yo para hacer vestidos, y le suplico dirija este que quiero se haga Dolores.

—Con mucho gusto, Doña Amparo, respondió la buena Elena: yo lo cortaré y las dos niñas lo coserán á mi vista.

A las dos horas, se hallaba cortado el traje; Modesta y Dolores cosian en él con gran actividad, en casa de la primera.

—Yo no sé lo que le pasa á mi madre, decia Dolores á su amiga, mientras cosia rápidamente: hoy me ha arreglado las rayas del peinado y aunque me he estado más tiempo que el de costumbre en el tocador, no me ha reñido: además, ayer me compró un corsé nuevo, y me ha dado un pedazo de muselina para que me haga cuellos.

—Todo eso es muy raro, dijo Modesta, y tambien me lo parece el que tu madre por la vez primera de tu vida quiera que te hagas un traje de toda moda; pero ya verás como así que lo vea hecho quiere que te los corte siempre mi madre, que se pinta sola para eso, como para todo.

—Antonio, dijo al pintor su esposa: ¿qué querrá pedirme esta chiquilla que así me adula?

—Lo que quiero pedir á Vd., madre mia, es

que me quiera siempre, repuso Modesta, abrazando con ternura á su madre.

Cesarina, que ya contaba nueve años, y Federico, que contaba diez, se unieron á su hermana para acariciar á Doña Elena.

Dos dias despues, el vestido nuevo se habia concluido y, al ver á su hija ataviada con él, la grave y reservada Doña Amparo estuvo á punto de dejar escapar un grito de alegría: tan linda la encontró.

En efecto, Dolores parecia más alta: el cuerpo bien y graciosamente cortado, realizaba la elegante redondez de su talle: estándoselo mirando extasiados D. Pedro y su esposa, entró Doña Angustias en la habitacion.

—¿Qué es eso? dijo con su descaro habitual: ¿vestido nuevo? ¡hola, hola! bien se conoce que se espera al Condesito de Elven.

—Señora, nosotros no esperamos á nadie, repuso gravemente Doña Amparo; y el hacer yo un vestido á mi hija no significa sino que se lo quiero hacer.

—¡Ya! insistió la viuda: pero se lo quiere usted hacer, porque viene un forastero, jóven y buen mozo, y espera como es natural, que Lolita le guste.

—Ya sabe Vd. que quiero que se la llame Dolores y nada más.

—¿Y qué más da?

—Que tengo devocion á los Dolores de la

Virgen, y no conozco ninguna santa que se llame Lola.

—Vamos, Amparito, no hay que enfadarse por tan poca cosa.....

—Tampoco me gusta que me llame Vd. Amparito.

—¿No?

—No señora, Doña Angustias.

—¿Y por qué no suprime Vd. el *don*?

—Porque no debo: así como Vd. no debe suprimirme el mio: somos ya demasiado personas mayores para eso: á lo ménos por mí lo digo.

—Lo puede Vd. decir por Vd., pero por mí, no: aun no creo que he llegado á la edad en que es preciso el *don*.

—¿Dice Vd. eso con formalidad?

—Sí, señora.

—Pues cada loco con su tema, la llamaré á usted *Angustitas* si Vd. quiere; pero á mí, llámeme Vd. Amparo á secas, y no me venga usted con diminutivos, ni con llamar Lola á Dolores; niña, anda á quitarte el vestido, que ya hemos visto que está bien.

Dolores salió muy preocupada con las palabras de la andaluza.

¿Qué queria decir aquello de Conde jóven y elegante? ¿era por la llegada de aquel Conde por lo que le hacian tanta cosa nueva, por lo que su madre se resignaba algun tanto á las leyes de la moda?

Dolores no hallaba otra razon, y se dijo que, en efecto, era la llegada del Conde la que obligaba á su madre á ser un tanto condescendiente.

Mientras ella se alejaba reflexionando así, decia la andaluza á Doña Amparo:

—¡Jesús, señora! pareceme que está Vd. erizada toda de puas! qué despego el de Vd.! sale uno de su casa para respirar un poco, y le va peor que en ella donde pensaba hallar la distraccion y el solaz!

—Donde mejor está cada uno es en su casa, repuso Doña Amparo; y cuando en ella se halla mal se halla peor fuera: ¿pero qué le pasa á usted en la suya?

—¡Poquita cosa! ¿no sabe Vd. lo que son mis cuñados?

—Dos santos, respondió D. Pedro: todos lo sabemos.

—¡Sí, dos santos! eso es! el dia ménos pensado los canonizan! respondió desabridamente Doña Angustias: buenos santos te dé Dios!

—¿Pues qué quejas tiene Vd. de ellos? preguntó Doña Amparo.

—¿Qué? ya me han pedido dos duros en dos veces, y no llevan maldita la traza de devolvérmelos.

—¡Ay, pobrecitos! exclamó Doña Amparo: en qué necesidad tan grande se verá Doña Tecla para pedir á Vd. dinero! ya se vé! las cosas esrán cada dia más caras; les han subido el alqui-

ler de la casa... ayer me decia que tendria que despedir á la criada, por no poder mantenerla.

—Pues eso faltaba! exclamó iracunda Doña Angustias: despedir á la criada! ¿y quién nos servirá entonces?

—Usted debia servir á esos dos pobres ancianos, respondió Doña Amparo: Vd. debia ayudar al ménos á la pobre Doña Tecla, en vez de ser ella la que cose y plancha la ropa de usted, que se pasa el dia de casa en casa haciendo visitas, y, lo que es peor, sin entrar en ninguna iglesia.

—Pero, señor, ¿podrá saberse á qué vengo yo á esta casa? gritó Doña Angustias, que se sofocaba, y cuyo semblante sonrosado naturalmente, estaba de color de púrpura: señora, aun le parece á Vd. poco con regañar á todas horas con su familia, que tambien la emprende usted conmigo?

—Yo me indigno contra todas las injusticias, respondió gravemente y sin alterarse la señora de Herrera: Vd. cobra su pension, y se la guarda entera en el bolsillo, teniendo la serenidad de vivir á espensas de sus pobres cuñados, que no tienen ninguna obligacion con Vd.: y llega á tanto su mal corazon, que vé Vd. á la infeliz Doña Tecla, que va á misa con los zapatos rotos, sin que le mueva la conciencia á comprarle unos!

—Cuando Dios no le dá para calzado, no

querrá que vaya á la iglesia, opinó con su genuino é inimitable descaro Doña Angustias.

—No es eso, respondió D. Pedro: es que Dios permite que haya mártires en la tierra, para ejemplo de los demás, y para que nos enseñen la resignacion y la mansedumbre.

—Que Vds. se queden con Dios, dijo la andaluza levantándose: tengo que hacer. Simona, llama á Lolita para darle un beso.

La gruesa criada, que se hallaba arreglando los chismes en la mesita de tocador, se hizo la sorda: era la antagonista más formidable de la andaluza.

—Perdone Vd., respondió Doña Amparo friamente; Dolores está en su cuarto ocupada.

—Pues abúr, dijo Doña Angustias: hasta la vista.

—Abúr dijo el diablo por no decir *adios*, observó Simona: esa petardista, entremetid, chismosa, merecia que se le diera con la puerta en las narices; ¿para qué querrá besar á la niña, si siempre está oliendo á mistela y á noyó?

Al salir la viuda á la pequeña antesala ó recibo, sin que nadie la acompañase, oyó la dulce voz de Dolores, que cantaba en su cuartito, en tanto que se quitaba el vestido nuevo que se habia probado, y se ponía su traje de casa.

Doña Angustias, que no se paraba en barras, siguió la direccion de la voz y entró en el cuarto de Dolores.

—¡Jesus! exclamó esta asustada: no la había oído á Vd. entrar.

Ya me iba, respondió la viuda: pero he entrado á darte la enhorabuena por el novio que te ha salido.

—¿Un novio á mí? si no sé nada!

—Lo creo: tu madre llegará dia en que se cosa la boca á respunte para no hablar: mi pobre Lolita, debes desear casarte cuanto antes para salir de su insufrible tutela; yo no he visto genio como el suyo, ni he conocido madre que tenga á su hija más esclavizada: si vives, pobrecita mia, como raton en boca de gato! sin respirar, sin salir, sin tener una amiga... eso no es vivir! pobre niña, y cuánto te compadezco!

La viuda dijo todo esto de un tiron y sin tomar asiento. Dolores, aunque preocupada, sobre todo con la idea del novio de que hablaban, y del cual ninguna noticia tenia, no dejó de pensar que Doña Angustias tenia razon al hablar de la tiranía de su madre.

De esta suerte una gota de negro cieno, arrojada en un arroyo puro y azulado, basta para enturbiarlo, siquiera sea momentáneamente, y quién sabe si el principio nauseabundo y destructor queda para siempre en las aguas, antes tan limpias y saludables.

—Vamos Doña Angustias, dijo Dolores: hableme Vd. de ese novio, ya que Vd. sabe más que



yo: hasta hoy, puede Vd. creerlo, nadie me ha dicho buenos ojos tienes.

—Y por cierto que no es mala vergüenza, respondió la andaluza: á tu edad, hija mia, ya traia yo á cinco ó seis al retortero: con dos de ellos hablaba por la reja de mi casa.

—¿Con los dos á un tiempo?

—No, inocente: venia el uno de las doce á las dos, y el otro de las dos á las cuatro.

—Y cuándo dormia Vd.?

—Cuando se ama, no se necesita ni comer ni dormir: tú comes mucho, ¿no es verdad?

—Sí señora, tengo buen apetito, respondió Dolores suspirando, como siesto fuera una gran desgracia.

—Claro es: vives como una marmota. ¡Jesus! solo de verte así, tan oprimida, tan encerrada, me dá pena.

—Y á los otros novios, ¿dónde los veia usted? preguntó Dolores, para quien la cuestion de novios era la vital.

—Los veia en casa de una amiga: á casa no podian venir, porque, hija mia, todas las madres se parecen, aunque hay pocas tan raras como la tuya: estoy segura de que no te deja jamás un instante á solas con el Conde.

—¡Con el Conde! ¿qué Conde es ese?

—Ya veo, cariño mio, que estás en babia: escucha lo que tu padre, que es un bendito, contó á Atilano, y este me contó á mi: dice que tu

padre estudió con el Conde de Elven, un caballero andaluz: ¿no has oído tú nada de eso?

—Sí, señora, sé que ha sido su único amigo, y que se querían más que hermanos.

—Esta amistad vivió á través del tiempo, lo que no es extraño, atendido á que los dos eran lo que se llama dos pobres hombres: el Conde dicen que tenia mucho de santurron: murió hace algunos años, y dejó un hijo: ahora va á venir á Madrid á estudiar, y la Condesa, que debe ser otra beata, le recomienda á tu padre para que le lleve de la mano por temor de que se lo roben.

—Pero, y eso ¿qué tiene que ver con que yo tenga novio?

—Que el novio es el Condesito de Elven: su madre dice que desearia que se enamorase de tí, y que os casáseis: ya ves si seria una brillante suerte: con que, hija, no la desperdicies por las rarezas de tu madre.

—¿Pues mi madre no querrá que me case con él? Yo creo que ningun pero habrá que ponerle á un Conde.

—Ningun pero: á lo que se los pondrá será á todo lo que hagas: no querrá que habéis á solas, no te dejará de la manga, y el Conde se aburrirá: mira, niñita, que los Condes están muy mimados, y hacen todo lo que quieren.

—¿Y él querrá hablarme á solas?

—¿Quién lo duda? todos los amantes desean hablar á solas con sus amadas: ¡y si supieras

qué cosas tan dulces les dicen á las niñas! cosas que nunca les dicen delante de sus papás.

—¿Son acaso cosas malas?

—No por cierto: son muy buenas: les dicen que son lindas—cuando lo son como tú—que las quieren mucho, que las harán dichosas, que solo por ellas viven, en fin, otras muchas y tiernas cosas.

La viuda calló y fijó los ojos en el bello rostro de la niña: esta estaba transfigurada: palpitaba su corazon aceleradamente: sus mejillas estaban cubiertas del más vivo encarnado: sus ojos brillaban: la primera chispa del amor y de la juventud habia prendido en el pecho de la adolescente: amaba ya al Conde antes de conocerle.

—Con que, hijita, prosiguió la viuda, no ser tonta: buscar alguna ocasion de ver á solas al Conde: así se entienden las gentes, y, sobre todo los amantes, que huyen de la publicidad y de la luz: los muchachos se aburren de tener que hacer la corte á los papás, y debes contemplar á tu novio, que es Conde.

—¿Qué más dá que sea Conde ó no? preguntó cándidamente Dolores.

—¿Cómo qué más dá? ¿y los convites? ¿y las carretelas, las joyas, el abono en los teatros, las galas, la envidia que causarás á todas? ¿te parece eso poco?

—¡Pues qué! ¿Acaso, señora, es una dicha el

ser envidiada? preguntó la jóven: á mí me parece que la envidia hace sufrir, y no quisiera yo que nadie fuera desgraciado por mi causa.

—Eres una inocente, dijo Doña Angustias: por ahora no te meto en más confusiones que decirte que ates cortito al Conde: todas esas marmotas que vienen á tu casa por la noche, hablan del novio *de la niña*, y ya ves que, si la boda se desgraciase, seria una campanada. Adios, hija mia: me marchó, y ya vendré yo aquí de vez en cuando para ayudarte con mis consejos.

La vieja arpía salió del cuartito de Dolores, atravesó la antesala, y bajó la escalera á paso de lobo.

Entre tanto decia D. Pedro á su esposa en tono de cariñosa reconvenccion.

—Pero, Amparo, ¡cómo tratas á esa pobre mujer! ¡yo no sé en verdad cómo viene!

—Yo sí lo sé, respondió Doña Amparo: viene porque no tiene vergüenza, ni jamás la conoció. Pedro, yo no me sé explicar lo que siento cuando veo á esa mujer: se apodera de mis venas un frio mortal: me hace su vista el efecto de una gran culebra que estuviese para arrojarse á mí: me da el corazon que esa mujer, que es una bribona sin alma y sin entrañas, nos ha de traer alguna gran desgracia: la temo, la temo mucho, Pedro, y más ahora que hemos hallado un novio para la niña: ¿de qué no será ella ca-

---

paz? ¿qué chismes no revolverá, si la dejamos penetrar algo de este vital asunto? Todavía creo haberla tratado con sobrada blandura: ya que se ha cumplido mi anhelo, ya que hemos hallado un novio para la niña, y un novio tan completo, andemos con mucho cuidado, no sea que el enemigo, en forma de viuda soldadesca, se meta en medio del negocio y dé al traste con él.



## CAPITULO IX.

Gonzalo.

Unos quince dias despues de lo referido en el capítulo precedente, y á eso de las nueve de la noche, la tertulia de casa de Herrera se hallaba más bulliciosa y animada que jamás se la habia visto.

Sentados en derredor de la mesa de tresillo estaban Doña Tecla, D. Atilano, Doña Amparo y el bueno y anciano Cura, que tomaba tambien parte en el juego.

Don Pedro, sentado á un lado entre las dos señoras, liaba algunos cigarrillos de papel, Doña Angustias tejia unas medias caladas, y echaba de cuando en cuando una mirada torva sobre un grupo verdaderamente encantador que se hallaba á poca distancia de ella.

Aquel grupo se componia de Dolores y del Conde de Elven.

Ella bordaba, ó más bien tenia un bastidorcito sobre la falda, para hacer ver á su madre que estaba ocupada, y tranquilizar su exigente severidad.

Era Gonzalo de Elven un hermoso, simpá-

tico y elegante jóven: su estatura alta y bien proporcionada, su talle gallardo, sus bellas manos, armonizaban en gracia y distincion con su rostro expresivo á la par que desdeñoso.

Tenia la tez morena, el cabello negro y los ojos grandes, rasgados y de un gris ceniciento que se parecia mucho al sombrío matiz de la pizarra.

Un fino bigote negro adornaba su lábio superior y hacia parecer más linda su boca, que era pequeña y ostentaba un acarminado color: sus dientes, muy pequeños, se asemejaban al nácar: su color pálido, las orejas que resaltaban en sus mejillas, su hermosa y elevada frente, y la expresion desdeñosa de su sonrisa decian que su naturaleza era apasionada, pero versátil, y que su carácter tenia más de altivo que de tierno.

Su elegancia era esquisita: vestia, con una soltura llena de gracia, un lindo traje de interior, pues habia buscado por sí mismo un hospedaje cerca de casa de Herrera, y no salia de la suya más que para ir á ella.

Apoyado en la silla de Dolores, la veia bordar, y le hablaba en voz baja.

—No me respondes á lo que te pregunto, le decia amorosamente.

Dolores, colorada como una cereza y sin atreverse á levantar los ojos, contestó:

¿Y qué quieres que te diga?



—Que sí!

—Y si luego es que no?

—Será porque tú quieras.

Dolores se estremeció con tal violencia, que se clavó la aguja con que bordaba, en la yema del dedo.

Alzó hácia el Conde sus hermosos ojos negros, y le dijo:

—No sé, Gonzalo, por qué tienes ese gusto en mortificarme: para qué quieres que te conceda esa cita? no vienes aquí siempre que quieres? no pasas aquí todo el día? no sabes que nos hemos de casar dentro de un año, según la voluntad de nuestros padres? ¿por qué pides más?

—Y te ofendo acaso porque desee hablarte á solas? preguntó el Conde con aire resentido.

—Dolores, no te veo dar una puntada, en toda la noche, dijo Doña Amparo, que de cuando en cuando levantaba la vista de las cartas para observar á su hija con aire severo.

La jóven se puso más encarnada todavía: bajó la vista á su labor, y se puso á bordar activamente.

Entre tanto que tenia lugar esta reprimenda maternal, decia Doña Angustias á Gonzalo:

—¡Firme en ella! á pocas instancias más, cederá.

—¿Tiene Vd. ya avisada á esa mujer? preguntó el Conde.

—¡Sí, señor! ¿así me habia de estar ahora?

usted salga con la promesa de la niña, y lo demás corre de cuenta mía.

Después de estas palabras, cambiadas rápidamente, Gonzalo se volvió de nuevo hacia Dolores, que avergonzada de haber sido reprendida ásperamente delante de todos, y en presencia de Gonzalo, apenas podía reprimir sus lágrimas.

—El carácter de tu madre es insoportable para mí, dijo en voz baja á la jóven: ¿no es una tiranía la sujecion en que te tiene? Vamos, tranquilízate, así que nos casemos, te haré yo tan dichosa, que olvides todas tus penas de ahora.

Una sonrisa iluminó el semblante encantador de Dolores, y la aguja volvió á caer de su mano.

—Por eso, prosiguió el Conde, por eso deseo poder hablarte á solas: ¡tengo tanto que decirte! En tu casa jamás logramos un instante de libertad..... cree, Dolores mía, que me voy aburriendo de lo que pasa.

—Y lo que es por mí, no extraño nada que suceda así, dijo Doña Angustias tomando parte en la conversacion: niña, piensa en que nada adelanta con dedicarte todo su tiempo, excepto las horas que necesita para sus estudios, porque el Argos de tu madre jamás cierra ni los oídos ni los ojos.

Dolores calló: el Conde sacó del bolsillo de

su chaleco un magnífico reloj inglés, y miró la hora.

—Son cerca de las once, dijo en voz baja; Dolores, ¿me voy sin ninguna esperanza?

—No puedo dártela, respondió la niña en voz baja también y trémula.

—Eso es porque no me quieres... porque nada soy para tí, repuso colérico Gonzalo: y en este caso no te extrañes que yo obre como debo, y como mi orgullo herido me aconseja.

—¿Y qué harás? preguntó Dolores aterrada, y levantando su rostro cubierto de palidez.

—¡Toma! ¿qué ha de hacer? intervino Doña Angustias: ir á pasar algun rato á casa de la Marquesita de Valdeflores, que le adora: lo sé de buena tinta.

—¡Una... Marquesa... te ama!... murmuró Dolores, fijando en el Conde sus grandes ojos, dilatados por un doloroso asombro.

—Sí, respondió Doña Angustias por el Conde: una viuda de veintitres años, con dos carruajes y una hermosura maravillosa: una hechicera jóven, á cuya casa voy muchas tardes á tomar chocolate.

—Deja á Doña Angustias, y responde, que me voy, dijo Gonzalo: ¿no quieres concederme una hora de conversacion? Tengo que hablarte de nuestra próxima boda.

—¿Vas ahora á casa de la Marquesa? preguntó Dolores con voz honda y triste.

—Si tú no le concedes lo poco que te pide, sí, opinó Doña Angustias.

—Señora, por Dios, déjela Vd. y no la mortifique, dijo Gonzalo indignado: quiero que sea ella la que decida, y no que le haga Vd. la forzosa: no, Dolores: que me digas que sí ó que no, me voy ahora mismo á mi casa, como todas las noches, á acostarme: ten la seguridad de que solo á tí amo en este mundo.

Gonzalo, dichas estas palabras, se levantó y dió vuelta á la mesa donde se jugaba, como si quisiera dejar tiempo á Dolores para reflexionar.

—Hija, complácele, dijo Doña Angustias acercándose al oído de la jóven: mira que yo sé que la Marquesita está muy enamorada de él.

El Conde dió otra vuelta por el aposento, y volvió al lado de Dolores.

—Consiento en que nos veamos á solas, dijo ésta con voz agitada: ¿pero dónde?

—Doña Angustias te enterará de todo, respondió Gonzalo con rapidez: adios, vida mia.

Dicho esto, le estrechó la mano apasionadamente y á hurtadillas de todos; dió las buenas noches en general, y se marchó

—Ahora, dijo la subteniente al oído de Dolores, voy yo á seguirle los pasos, y sabrás á dónde vá.

En efecto, se levantó y se fué detrás del Conde.

Este cruzó la calle, y entró en su casa: Doña Angustias se entró tras él, y le siguió como una sombra y sin dificultad, porque Gonzalo se hospedaba en casa de su íntima amiga Doña Toribia, que tenía casa de huéspedes y era presamista.

El Conde ocupaba la mejor habitación de la casa: constaba de una gran sala con dos gabinetes, todo tapizado de damasco, todo elegante y suntuoso.

Apenas el ayuda de cámara hubo cerrado la puerta y se preparaba á desnudar á su amo, volvió á levantarse el picaporte para dar paso á Doña Angustias que entró mostrando bajo sus formidables bigotes una repugnante sonrisa.

—Vete, Casimiro, dijo el Conde á su criado.

—¿Hay alguna novedad? preguntó Gonzalo con altivez, y sin ofrecer asiento á la subteniente.

—Ninguna: si no que he oído que la niña consentía, y vengo á tomar órdenes, respondió esta. Se verán Vds. aquí mismo; á Dolores la traeré yo mañana por la tarde, y vengo á saber lo hora que es la mejor para Vd., y á que me haga las advertencias que quiera.

—Una sola tengo que hacerte, dijo el Conde á la arpía: si deseo ver á Dolores á solas, es por el motivo que ya sabes, por la continua vigilancia y severidad de su madre, que me fati-

ga: porque casi no le he abierto mi corazón, casi no he podido decirle que la quiero, que me casaré con ella muy pronto, que solo ambiciono llamarla mia: esto es lo que deseo, y no seducirla y abusar de su candor, como Vd. supone; y esté usted segura de que á ser su madre un poco más razonable, jamás hubiera yo acudido á semejantes medios.

—Ya, ya estoy en ello, respondió Doña Angustias con una sonrisa de Satanás: las madres, con tanto tirar de la cuerda, hacen á veces que se rompa: pero yo no espero, Sr. Conde, que eso suceda en esta ocasion: á pesar de todo, el matrimonio, á la edad de Vd. y con una muchacha pobre y oscura como Dolores, no es nada agradable.

—Eso es cuenta mia, repuso Gonzalo con altivez: y debo decir á Vd. que deseo recogerme: aquí tiene Vd. por sus buenos oficios: por lo demás, ninguna advertencia tengo que hacerle: mañana no saldré de casa más que para ir á la de Dolores; me volveré temprano aquí para no dar sospechas, y esperaré á que Vd. la traiga: al marcharse le daré á Vd. otra moneda como esta.

El Conde, puso una onza de oro en la mano de la subteniente, que salió apresuradamente.

—¿Qué hay? le preguntó Dolores así que se sentó á su lado.

—Ha entrado en su casa, y Casimiro me ha

dicho que se ha acostado al instante: de tí depende, hija, el inutilizar las astucias de la Marquesita.

—¿De qué modo? pregunto Dolores tristemente.

—¿De qué modo? dándole pruebas de tu cariño, para que no crea mayor el de la otra; pero adios, niña, que voy á preparar nuestro negocio de mañana.

—¡Ay, Dios mio! qué arrepentida estoy de lo que he hecho! exclamó Dolores: cuánto me pesa haberle ofrecido acudir á donde él diga! yo tiemblo!

—Vamos á dormir, que son las once y media, dijo la andaluza á sus cuñados con el imperio que acostumbraba: yo no sé esta noche cómo estais tan despavilados; justamente hoy, que me estoy yo muriendo de sueño.

—Vamos, mujer, respondió Doña Tecla, ¿por qué no has dicho antes que te querias recoger?

—¿Por qué no se ha ido Vd. sola á la cama? dijo Doña Amparo: no parece sino que anda usted con los piés de estos señores!

—Vaya, vaya, amigos míos, muy buenas noches, dijo D. Pedro temiendo una respuesta brusca de la subteniente.

Los tertulianos, en cuyo número se contaba el bueno y anciano sacerdote, bajaron la escalera para retirarse, alumbrados por Simona, y se dirigieron cada uno á su casa.

Don Pedro y Doña Amparo volvieron á la sala, en la que hallaron á Dolores con la cabeza entre las manos.

Al oír á sus padres, se estremeció convulsivamente, y alzó los ojos; la luz dió en su semblante, y su madre exclamó al ver el encarnado subido de sus mejillas:

—¡Dios mio, hija! ¿qué tienes?

—Me duele la cabeza, repuso la jóven.

—Te habrás resfriado; vete á acostar, dijo Don Pedro besándola en la frente.

—Anda á la cama, hija mia: ahora te entrará Simona una taza de flor de malva, y yo iré á arroparte bien para que sudes, añadió Doña Amparo.

—No, no, mamá, solo necesito descanso: dijo Dolores: buenas noches.

La jóven besó la mano de su padre: hizo lo mismo con la de su madre y se fué á su cuartito, alumbrada por Simona, que llevaba una vela en un candelero de bronce, brillante como el oro.

¿Dormía entre tanto el Conde de Elven? ¿estaba tranquilo? No: ordenó á Casimiro que dejase ardiendo la lamparilla situada á la cabecera de su cama, y se entregó á sus pensamientos.

Digamos algo de este jóven, que tan importante papel debia jugar en la vida de Dolores.

Ya sabemos que era huérfano de padre, y que le habia criado su madre, señora piadosa,



sencilla, llena de virtudes y que le adoraba.

La inmediata, constante y exquisita vigilancia de la Condesa de Elven, no habia podido impedir que Gonzalo se entregase, con otros jóvenes de su edad y clase, á algunas calaveradas sin trascendencia: quiere decir, que jugaba alguna vez, que cenaba de cuando en cuando con sus amigos, y que habia debido algunas fáciles conquistas á la encantadora belleza de su figura, á su alta cuna y á sus grandes riquezas.

Las madres de los amigos de Gonzalo tenían aquellos pasatiempos de sus hijos por la cosa más natural, y tal vez los consideraban acertadamente: pero la Condesa ni aun sospechaba que existiesen: su alma pura, llena de candor como la de una niña, no sabia nada de pasiones, ni de seducción: creia que su hijo favorecia á jóvenes que estaban necesitados, y que eran dignos de sus socorros; y para que gastase con más libertad, le señaló sus rentas, aun antes de que llegase á su mayor edad.

Los *séres desgraciados* socorridos por el Condesito eran los toros, las orgías, el juego y la cantatriz más en boga, amen de los ramos de flores, de las cajas de dulces, enviadas á la señorita de la nobleza á quien se dedicaba, porque el Conde estaba dotado de un paladar especial, así para el amor como para todos los manjares, y le gustaba probar seguidamente lo más tosco y lo más delicado.

Aquel joven, dotado de un gran talento, de una figura bella y distinguida, y de inmensas riquezas, tardó poco en ser el ídolo de todos los sevillanos; pero habiendo volado ya como la mariposa entre las bellas flores de aquellos vergeles, formó un decidido empeño en ir á Madrid, con el pretexto de estudiar el doctorado y de graduarse.

La buena y sencilla Condesa, que no sospechaba ni remotamente las desordenadas pasiones que se albergaban en el alma de su hijo, ni la violencia de un carácter, que era y habia sido siempre para ella dócil y sumiso, pensó de golpe en el matrimonio de Gonzalo con Dolores, de cuya belleza y cristiana educacion habia oido hacer grandes elogios á una amiga suya que la habia conocido en casa del pintor, padre de Modesta, al ir á encargarle un cuadro.

Significó á su hijo su pensamiento, y le enseñó la carta de su amiga, que, en el párrafo referente á Dolores, decia así:

“Es hija, segun creo, del honrado D. Pedro Herrera, el amigo que tanto queria tu marido, y aunque, como sabes, no soy observadora, la vista de esa preciosa criatura me ha llenado de admiracion: si algun dia viene Gonzalo á esta Babel, no será malo que la vea: se enamorará de ella, y no pensará en locuras ni desórdenes.”

Esto que escribia la amiga de la Condesa, no habia sido dictado por el pensamiento sano,

y humanitario de que Gonzalo pudiese casarse con la hija del pobre Herrera: aquella señora miraba á la jóven como un entretenimiento honesto, que preservaría al jóven de otros entretenimientos peligrosos, y que podía dejar cuando ya no hiciese falta.

Pero en el alma humanitaria de la Condesa, en aquella alma noble, elevada y tierna, no podía caber tan ruin pensamiento: pensar en la hija del amigo de su esposo, era pensar en que su hijo se casase con ella; y estaba tan exenta de ambicion, de vanidad, de pretensiones para ella y para su hijo, que nada le pareció tan natural, como enlazar al rico Conde de Elven con la pobre hija del modesto empleado D. Pedro Herrera.

—¿No es linda? se dijo: ¿no está criada con recogimiento, por una madre ejemplar? ¿no es hija de un hombre honrado? ¿pues qué mal hay en que se casen y en que sean dichosos? ¿qué más puede desear mi hijo, ni yo para él?

En tanto que la buena y piadosa madre discurre así, otros pensamientos muy diferentes ocupaban á su hijo: pensaba con delicia en lo mucho que podría exponer al juego en Madrid: en las lindas actrices de sus teatros: en los restaurants, donde hay comidas para el paladar más exquisito, y apenas fijó por un instante sus pensamientos en aquella Dolores que su madre, de propósito, le había elogiado tanto.

Al verla, quedó deslumbrado por la cándida, fresca y encantadora belleza de la jóven: la incansable vigilancia de su madre convirtió á sus ojos en un imposible la seduccion de Dolores, y se la hizo mil veces más preciosa; pero cada vez que la jóven le hablaba de su enlace, el Conde tenia trabajo en no soltar la carcajada, porque ni por un instante pensó en que Dolores Herrera pudiera ser la Condesa de Elven.

Vano, gastado, duro de corazon, pervertido por las malas compañías, no podia haber sido el destino más cruel que arojando á aquel jóven en el camino esmaltado de flores que atravesaba Dolores, como una negra sombra que habia de enlutar todo su porvenir.

## CAPITULO X.

La araña urde su tela.

Así que se hallaron en su casa D. Atilano, Doña Tecla y Doña Angustias, dijo esta última á aquella:

—Tecla, mañana es preciso que saques á paseo á Dolores.

—¡Mujer, si no puedo salir! respondió la buena señora: ya véis, desde que hemos despedido á Simplicia, tengo que estar á todo, porque esta pobre chica es para poca cosa.

—¿Y por qué has despedido á Simplicia?

—Porque no podía darle tres duros de salario: porque era malgastadora, y lo que antes le pasaba, ahora no era posible: todo sube: todo va de mal á peor.

Al decir esto, aquella santa señora arreglabá con sumo esmero la lamparilla que cada noche se quedaba en la alcoba de la viuda, y la que, durante las eternas tinieblas del invierno, consumía una razonable cantidad de aceite, gasto inútil, y que por nada del mundo se hubiera permitido hacer ninguno de aquellos dos angelicales hermanos.

Muchas noches se habia puesto enferma Doña Tecla, efecto de la excesiva debilidad de su temperamento, y del excesivo trabajo doméstico á que se dedicaba; y sin embargo, el temor de gastar un poco de azúcar ó de carbon apenas le permitia tomar una taza de té, pasándose sin ella, á no ser que el mal creciese extraordinariamente.

Ella era la que lavaba y aplanchaba las ya viejísimas camisas de D. Atilano, de largo tiempo usadas y nunca repuestas: ella la que mullía el pobre lecho en el que su hermano descansaba sus doloridos miembros: ella la que quitaba el polvo á todos los muebles de la casa, la que arreglaba la humilde salita, adornada con seis sillas de anea, una mesa antiquísima y pulimentada, con los piés en forma de espiral, y un espejo de media vara en cuadro: en fin, la buena y resignada Doña Tecla tomaba sobre sí todos los más pesados quehaceres de la casa, aderezaba la comida ó el *pucherito*, como ella decia, acudia á la limpieza, y atendia á todo, y esto solo porque lo pasasen lo mejor posible sus hermanos, que con el mismo cariñoso dictado designaba al amable y suave D. Atilano, y á la malvada, dura y exigente viuda Doña Angustias.

Ni una sola vez pensó aquella paciente y santa criatura en que su hermana pudiera ayudarle en las faenas de la casa, tan pesadas ya

para su débil salud: ni una sola vez se dijo que podía imponerse privaciones y no exigir regalos ni servicios: para ella, y según su parecer, siempre Doña Angustias era pobre y desvalida. siempre debía considerarla y atenderla, porque dependía de ellos y porque era viuda de su pobre Juan.

Algunas veces se permitía D. Atilano la siguiente observación.

—Mujer, es una vergüenza lo que hace Angustias.

—¿Pues qué hace? preguntaba muy admirada la buena señora.

—¿Qué hace? Estar corriendo todo el día, chismoteando y enterándose de lo que pasa en la vecindad: y no hace lo que debía hacer: que es ayudarte en algo, y darte algún regalito de su pensión.

—Sí, como es tan larga!

—¿Tan largos son nuestros haberes?

—No es lo mismo: nosotros no dependemos de nadie, porque somos hermanos *legítimos*, y lo tuyo es mío: pero ella solo es cuñada, y depende de nosotros.

—¿Y su pensión?

—La gastará en limosnas.

A esta respuesta concluyente, D. Atilano enmudecía: porque era tanta su afición á dar limosnas, que no podía condenar en este punto la de los demás. No salía nunca con algún

cuarto en el bolsillo, que no lo diera á los pobres, aunque á decir verdad, eran pocas las veces que podia salir con un solo maravedí.

—¡Válgame Dios! exclamó Doña Angustias contestando al aserto de Doña Tecla de que todo iba de mal en peor: siempre estás quejándote, mujer: siempre estás llorando: á nadie más que á tí oigo decir que las cosas se encarecen; pero ya entiendo las indirectas: eso es decirme que aquí incomodo.

—¿Eso piensas? exclamó toda affigida la candorosa señora, cuya alma virginal tenia la sencilla credulidad de una niña: ¿cómo es posible que así me juzgues?

—A las pruebas me remito, dijo Doña Angustias: despides á una criada de forma, porque dices que gasta mucho.

—Y es verdad: no podíamos sostener el gasto que teníamos.

—¡Caramba, déjame hablar! tomas una chiquilla, y ahora dices que no puedes salir por estar al cuidado de la casa.

—Y digo bien.

—¿Qué cuidado necesita la casa? ¿será el de la cocina? ¡no pasamos de sota, caballo y rey!

—Hermana, respondió Doña Tecla con su nunca desmentida mansedumbre: ya sé que no te tratamos como mereces y estás acostumbrada, pero bastante lo sentimos Atilano y yo: ya ves, 6.000 reales de jubilacion no dan para



nada, porque la casa nos cuesta la mitad, y las cosas están por las nubes: yo, por más que discuro, no puedo mejorar ni la mesa ni el trato: pero procuraré hacerte siquiera los domingos alguna cosa apetitosa, aunque sea poco, y para tí sola, que nosotros con pan y paz lo pasamos muy bien.

—¡Alma de Dios! ¿quién te pide nada? respondió ásperamente Doña Angustias: quita allá, y no me creas golosa, que no lo soy, y si lo fuera, de sobra tengo casas donde regalarme, sin que tú te canses en hacerme guisados: ahora, solo se trata de sacar á paseo á esa chiquilla, que no cesa de pedirme que la acompañe.

—Y ¿por qué no lo haces? preguntó Doña Tecla: tú la puedes acompañar, porque ninguna obligacion te llama.

—¿No sabes que su madre no me puede ver? á mí la pobre Lolita me dá pena, porque de estar ahí siempre encerrada, se pone mala y se affige y está descolorida: pero ¿cómo le digo yo á la arpía de su madre que me la deje?

—¿Arpía Amparo? preguntó estupefacta Doña Tecla: pues si es más buena que el pan! si la conozco desde que éramos chiquititas! si á nadie quiere mal!

—Más que á mí, interrumpió Doña Angustias con su voz de bajo: ¿si me querrás decir que es una paloma sin hiel!

—Siempre lo fué: pero, en fin, dejemos esto,

que tú no la quieres y yo sí, y no podemos tener igual parecer en este punto: la cosa es que la niña quiere salir á paseo, verdad?

—Sí.

—Pues yo la llevaré.

—Es que quiere que sea mañana.

—Mañana será: mientras yo arreglo las cosas, irá por ella Atilano, y la sacaré á dar una vuelta, eh! aquí tienes la lamparilla, hermana; acuéstate y descansa.

La viuda tomó la débil luz que ardía dentro de un vasito que contenía aceite y agua, y se encaminó á su cuarto, que, como ya sabe el lector, era el mejor adornado y el más confortable de la casa.

Poco despues, Doña Tecla descansaba en su alcobita blanqueada, y dormía un apacible sueño entre el blanco hilo de sus usadas sábanas y bajo una colcha zurcida en mil partes por su diestra é infatigable mano.

Don Atilano se habia acostado desde la escalera y dormía tambien el sueño de los justos: solo Doña Angustias no podía reposar, porque el azoramiento de su criminal conciencia la tenia desvelada.

Así que la aurora echó al mundo sus primeras luces, saltó de su lecho, que jamás dejaba hasta las diez, y se fué á la cocina: allí se hallaba el brasero, que cada mañana arreglaba Doña Tecla, y que hasta despues de bien encen-

dido, ó *hecho una granada*, como ella decia, no le llevaba á la salita habitada por su hermano, que era donde hacia labor.

La viuda llenó el brasero de carbon, y empezó á aventarle para encenderlo: más apenas aquel combustible, tan negro como su alma, se convirtió por un lado en lumbre, le dejó, le envolvió ligeramente y se dijo:

—Esa sándia se emborracha con el tufo mucho más que yo con cuatro botellas de lo puro: se pondrá como nueva, y seré yo quien salga con la niña, con lo que está hecho el negocio.

Aun pensaba en esto, cuando oyó que se levantaba Doña Tecla: tomó entonces el brasero y lo llevó á la salita de labor, que D. Atilano jamás cerraba, aunque dormía en la alcoba.

Cuando salió de allí, entró en su cuarto, y volvió á salir llevando en la mano un pañuelo de batista todo desgarrado.

Doña Tecla se hallaba ya en la cocina: la viuda le mostró el desgarron y le dijo, con su aspereza acostumbrada:

—Oyes, mujer, tú que aun ves bien para zurcir, y lo haces con tal primor, hazme el favor de *echar unos pasos* en este pañuelo.

Doña Tecla, lisonjeada, agradecida, casi enternecida por aquella alabanza—primera frase no muy ágría que habia oido en boca de su cuñada—le respondió:

—Con mucho gusto: así que haga el cho

colate y deje dispuesto el almuerzo para que lo haga la muchacha, iré y te lo compondré lo mejor que pueda.

—Ya tienes el brasero arreglado bajo la mesa, añadió Doña Angustias.

—¡Vaya! ¿por qué te has incomodado en eso?

—Para quitarte un cuidado, ya que te doy otro.

Doña Tecla apresuró sus quehaceres: pero era tal la lentitud de su esmero y su gran prolijidad, era tal su pulcro aseo, que no acabó hasta cerca de las once.

—¿No va tu hermano á buscar á Lolita? preguntó la andaluza, que jamás llamaba por su nombre á D. Atilano.

—Ahora mismo, respondió el buen señor: arreglándome estaba para eso.

—Vé en tanto que yo remedio este percance, dijo Doña Tecla, sentándose á la mesa de labor, bajo la cual estaba el brasero sin encender, y enbrandando con bastante trabajo una aguja muy fina.

Don Atilano salió, y su buena hermana puso manos á la obra, en tanto que Doña Angustias se fué á su cuarto diciendo que iba á *aviarse*.

Cuando volvió á entrar, aunque compuesta para salir, llevaba su delantal de casa y su pañuelo de color indefinible, pues aquella mala mujer envilecia la desgracia hasta el punto de explotarla y de hacer alarde de su pobreza, po-

breza que era mayor á causa de su viciosa vida de jugadora.

Cuando entró en la salita de labor, Doña Tecla se hallaba con la cabeza inclinada sobre la mesa: al oír los pasos de su cuñada, quiso levantarla y no pudo.

Una infame alegría se reflejó en el rostro de la viuda, que preguntó con voz melosa á la inocente señora:

—¿Qué es eso? ¿estás mala?

—No sé: respondió Doña Tecla con acento débil: me ha dado un gran dolor de cabeza... ¡tengo mucha angustia en el estómago, y un enorme peso en las sienes!

—Sal al aire libre, repuso Doña Angustias: ven y abriré la ventana.

La buena señora intentó á ponerse en pié: pero no pudo sostenerse y cayó de nuevo sobre su asiento.

En aquel momento se oyó la campanilla de la puerta de la habitacion: la muchacha que servia á los hermanos fué á abrir, y un instante despues se oyó la dulce voz de Dolores que decia:

—¡Buenos dias!

—Solo siento no poder sacar á esta niña, dijo Doña Tecla con voz sorda y dolorida: ¡despues de haberla hecho venir!

—Yo saldré con ella, observó Doña Angustias con mucha naturalidad: la verdad es que

lo que tú tienes no es peligroso, y tal vez será la causa el haber encendido mal el brasero.

—Eso debe ser, respondió Doña Tecla, porque yo me levanté buena y muy buena.

—Pues no hables más, opinó la viuda: te daré antes de marcharme una tacita de café, te recuestas un poco, y tan buena: yo sacaré á la niña, y su madre no necesita saber si la has acompañado tú ó yo.

—Para todo hallas salida, dijo Doña Tecla: quisiera tener tu despejo, y no sirvo para nada: pero no te entretengas en hacerme café, que la muchacha sabe ya, y, además, está Atilano á la vista. Dolores te agradecerá el que adelantes el paseo.

—Y otro tambien, murmuró Doña Angustias: vamos, niña.

Y esto diciendo, se despojó de su delantal y de su pañolon, y quedó dispuesta para echarse á la calle: envolvióse en su mantilla, y salió seguida de Dolores, que, absorta y triste, apenas pronunció una palabra.

Ella y la viuda tomaron calle abajo, como si fueran á salir por la puerta que está al fin y que es una de las que llevan á la campiña: pero luego dieron un largo rodeo, y por una callejuela de travesía cortaron y entraron en casa de Doña Toribia.

—Dios mio!... tengo miedo! exclamó Dolores con voz trémula, y quedándose inmóvil en me-

dio de la escalera: esto que hago, señora, es vergonzoso.

—¿El qué? preguntó Doña Angustias; el conceder media hora de conversacion á solas al hombre que tanto quieres, que te quiere tanto y que en breve ha de ser tu marido?

—Este paso es malo, es culpable! murmuró Dolores, cuyo rostro se ponía blanco como las hojas de la azucena: volvámonos, señora, tengo miedo.

—¿De qué? yo no me separaré de tu lado: vamos, criatura desecha escrúpulos de monja: si habeis de hablar de vuestra boda, así ha de ser, porque tu madre ni te deja hablar jamás con él, ni se aparta de tu lado: ese es el mejor medio de aburrir á los hombres, y te aseguro que el Conde lo está de veras con tal espionaje...

—¿Lo sabe Vd? preguntó ansiosamente Dolores.

—Como que me lo ha confesado: todas las bodas—me decia—necesitan acordarse entre los que las han de contraer: yo no sé lo que pensará Dolores, ni ella sabe lo que pienso yo: ya se vé, esa madre suya no nos deja un instante de libertad, y acabaré por aburrirme y volverme á Sevilla, si ella no me concede una entrevista.

—Vamos! dijo la jóven empezando á subir la escalera: no quiero que diga nunca que no le amo, ó que por mí ha quedado el que nos casemos.

—Y haces bien, hija mia: porque la Marquesita de Valdeflores está con un ojo muy abierto para quitarte esa preciosa conquista.

Hablando así, llegaron á lo alto de la escalera: la puerta se hallaba abierta, y en su umbral el Conde de Elven.

—Gracias, Dolores, dijo éste tomando á la jóven por lo mano: jamás olvidaré esta prueba de amor.

Y pasando por debajo del suyo, el trémulo brazo de la jóven, se internó con ella en el largo corredor que precedia á sus habitaciones.

Dolores, como avisada por un instinto secreto, volvió la cabeza para ver si la seguia Doña Angustias.

Era que el pudor gritaba en aquella alma candorosa y buena más alto que su propio amor, y eso que este era tan grande que la llenaba toda.

La viuda seguia sus pasos, y la tranquilizó con una oficiosa seña.

Llegaron al ostentoso saloncito de Gonzalo: este hizo sentar á Dolores en un precioso sillón, y se sentó tambien á su lado, diciéndole frases llenas de ternura.

Dolores, al oirlas, olvidó á Doña Angustias y al mundo entero, y correspondió á las protestas de su prometido esposo con otras llenas de amor.

---



Tres horas despues, volvian Doña Angustias y Dolores á casa de D. Atilano.

Al salir, le pareció á la jóven oír que Gonzalo decia á su guardiana algunas palabras en voz baja, y que á estas seguia un ruido metálico.

Pero estaba tan absorta en los sueños de su amor, que no pudo fijarse durante mucho tiempo en ningun pensamiento que la apartase de él, y volvió al bello país de sus ilusiones.

Doña Tecla se hallaba algo más aliviada del estrago que habia hecho en su cerebro aquel malhadado brasero: la viuda encareció la precision de que Lolita fuera conducida á su casa inmediatamente, y, en efecto, salió la jóven acompañada de D. Atilano.

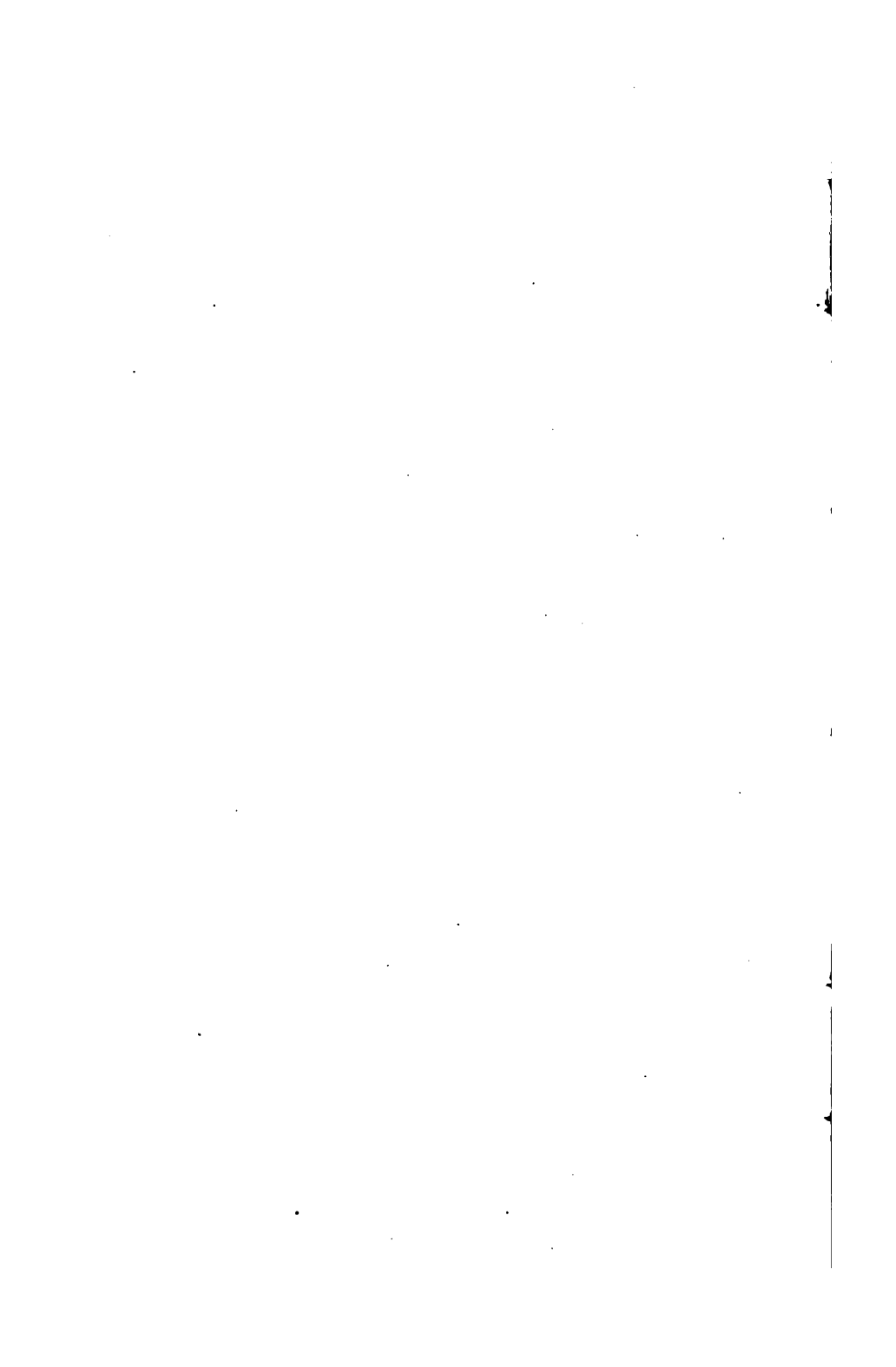
—¿Has paseado, hija mia? le dijo su padre besándola en la frente, pues ya habia vuelto de la oficina.

Dolores palideció al sentir sobre su frente el beso paternal, y agitó todos sus miembros un temblor: pero, venciendo su emocion, respondió:

—Sí, papá: he paseado.

—¿Quién ha ido contigo?

—Doña Tecla, respondió la jóven con mal segura voz.



## CAPITULO XI.

### Amor.

En tanto que la desgraciada hija de Herrera era conducida con tan negra perfidia á la casa del Conde de Elven, de aquel hombre que ella amaba con toda su alma, que todos creian bueno, noble y pundonoroso, y que era ya un libertino sin corazon y sin fé, retrocedamos un poco, y subamos al cuarto segundo de la casa de la jóven, y nos hallaremos en medio de la familia del pintor, cuya posicion habia variado muy poco desde el principio de esta historia.

Elena, que ya contaba cerca de treinta y ocho años, era siempre la esposa alegre y llena de abnegacion, la madre ejemplar y cristiana.

El pintor, cuya salud se habia robustecido considerablemente, trabajaba siempre, y desde hacia algunos años, sus obras, que ya eran conocidas por la mayor asiduidad que podia dedicarles, eran buscadas y pagadas de una manera razonable.

Modesta era una bella nifia que iba á cumplir diez y seis años, y que tenia novio, como ya sabemos por Dolores.

Cesarina contaba nueve, y prometía ser muy linda: no iba á ningun colegio, y aprendía, bajo la vigilancia de su madre y de su hermana, el gobierno de la casa y las labores de su sexo.

Federico aprendía á leer, escribir y contar en un colegio inmediato, y en las horas desocupadas le daba su padre lección de pintura: contaba diez años, esto es, uno más que su hermana.

Estas tres criaturas eran buenas, sensibles y encantadoras: pero Modesta sobrepujada á todos en perfecciones físicas y morales.

Su padre la llamaba *la alegría de la casa*; su madre la adoraba: y criada entre aquellos dos amores, tan blandos, tan dulces, la índole de la niña, suave por sí misma, se había hecho verdaderamente angelical.

No obstante, Antonio ostentaba algunas veces un poco de severidad, sobre todo desde que Modesta tenía *novio*, frase que llena de alegría el corazón de una jóven de quince años y de zozobra el de su padre.

Ya tenemos algunas noticias acerca de quién era el novio de Modesta, pues en una conversación no muy lejana, te acordarás, querido lector, que dijo Dolores, hablando con sus padres, ser un estudiante de leyes que estaba de huésped en casa de Doña Toribia, á quien había conocido en razón de su vecindad.

Todo esto era en efecto verdad: el jóven se habia prendado de la casta y dulce belleza de Modesta, y habia pasado muchas horas mirando aquel bello y sonriente rostro, á través de los limpios cristales, cuando lo levantaba de su labor.

Pero Luciano Ponce de Leon, hijo de una noble familia andaluza, que le tenia siguiendo en Madrid su carrera, empezó á hacer señas á la jóven y le escribió su declaracion, con la firme intencion de pasar el tiempo lo más divertidamente posible, y no pensando en que aquella pobre muchacha—de la cual no tardó en saber que trataba para uno de los almacenes de modas—pudiera llegar á ser jamás su esposa.

Y no se crea que el caudal de Luciano pudiera hacerle pensar en un brillante enlace: nada de eso: su familia, si bien nobilísima, era pobre: pero Luciano sabia que pensaban casarle con una prima suya que era muy rica, y algunas veces decia á sus amigos:

—Yo todo lo tengo seguro: la nobleza y el dinero.

La digna, franca y espontánea respuesta que dió Modesta á su rutinaria declaracion amorosa, no le desconcertó: se dijo que aquello era una fórmula de niña bien criada, pero que ya cambiaria de modo de pensar, obligada por sus asaltos, y por sus continuas asechanzas desde su balcon.

Sin embargo, nada de esto sucedió. Modesta, despues de enviar su carta con el permiso de su madre, no volvió á mirar al estudiante.

La jóven amaba y respetaba tanto á aquella madre cariñosa, dulce y amante, que seguia á ciegas el consejo que le habia dado, que era este:

—Hija de mi alma, ya le has hecho ver que no te es indiferente: ahora quieta y firme, que él vendrá si te ama: y si no viene, importa poco, porque es confesar que no te quiere.

Modesta esperó, y no le faltaba razon para ello: porque Luciano, al ver que nada adelantaba por los medios ordinarios de ataque, y que el dulce y sonriente rostro de Modesta apenas se levantaba de la labor más que para volverse al interior de la habitacion donde se hallaba su familia, apeló á otros medios.

Una tarde, ya al anochecer, vió salir de la casita á Modesta y á otra señora, jóven aún, y que, segun lo que pudo columbrar, creyó bien parecida.

Corrió al portal, en el que trabajaban el tío Vicente y su hija Vicenta.

—Buen hombre, dijo Luciano dirigiéndose al anciano: ¿me podria Vd. decir quiénes son esas dos señoras que acaban de salir de aquí?

—No, señor, respondió el tío Vicente con su sonrisa más maligna: es tarde, y mi vista corta.

—¿Para qué lo quiere Vd. saber, caballero? preguntó afablemente Vicenta.

—Deseaba asegurarme si son las señoras del cuarto segundo, respondió algo confuso el que preguntaba.

—Son las mismas. Doña Elena y su hija Modesta: ahora van á entregar los bordados de la niña á una tienda de la calle del Cármen, y por cierto que son primorosos.

—Ya lo creo! la canastilla de una novia, observó el tío Vicente; la de la señorita que se va á casar con el Sr. Marqués de Villafiorida.

—¡Qué! ¿Modesta ha bordado la canastilla de la Marquesa de Villafiorida? exclamó Luciano.

—Sí, señor, respondió Vicenta. ¿Pero de qué se admira Vd.?

—De nada, Berta es prima mia: pero adios, señores, y hasta otro dia: ahí va eso, buena mujer, para que hoy refresque con este anciano, que, segun supongo, será su padre

—Caballero, observó Vicenta, ni mi padre ni yo necesitamos del dinero de Vd.; guárdelo en hora buena para otros más necesitados: le hemos dicho lo que deseaba saber porque á nada nos compromete: esa señorita está bien guardada bajo la custodia de su madre, y además usted tiene cara de hombre honrado á carta cabal: si le he hecho un favor diciéndole lo que sabia y Vd. deseaba, tanto mejor; estoy bastante pagada con el gusto de haberle servido.

Luciano quedó admirado de esta respuesta á la par delicada y noble; pero su afan por seguir á Modesta y á su madre, solo le permitió dar las gracias en pocas palabras y echar á andar trás ellas.

—¿Llevará buen fin? preguntó el tio Vicente con su socarrona sonrisa.

—Padre, respondió Vicenta, ahora no: pero el fin malo se volverá bueno.

—¿Te parece eso?

—Sí señor: así como el fin bueno de ese señor, que dicen es novio de la Srta. Dolores, se volverá malo.

—¿Mujer, eso piensas?

—Sí señor: y le diré por qué: Doña Amparo es muy severa y aburrirá al novio de su hija: de modo que si este no la quiere mucho, dirá: «saquemos lo que podamos, y á otra parte con la música:» Doña Elena es amable, buena y condescendiente con su hija, á la que cria con miel y no con hiel: así es que la muchacha vé en ella una amiga, y no le oculta nada: no dejará ella de contarle casi todo lo que le diga ese caballero, y así la madre sabe si hay peligro ó no: al paso que la Srta. Dolores le tiene á su madre un miedo atroz, y todo se lo ocultará.

—¿No tiene á su padre, que es más bueno que el pan? observó el tio Vicente.

—Padre, es que hay cosas que se dicen á una madre y á un padre no, respondió Vicenta.



—¿Y eso por qué?

—Porque la madre es mujer como nosotras, y con el padre siempre causan vergüenza ciertas confianzas: la madre debe ser la amiga: el padre, el amparo: yo le decia á mi madre cosas que nunca he dicho á Vd.

—Hija, tendrás razon, respondió el buen hombre: siempre he dicho yo que tenias más talento que algunos sábios, y que los libros te sirven de mucho: pero no quisiera que á esa niña, más hermosa que un ramo de flores, le sucediera nada malo.

—Pues le sucederá, dijo Vicenta sacudiendo tristemente la cabeza: en esa casa todo anda mal, por lo que toca á los génios; y luego está por medio el abejorro de Doña Angustias, que, á mi ver, anuncia desgracias.

—¡Pobre mujer! dijo el zapatero.

—Padre, es una petardista: comiendo acá y allá y sin trabajar nunca ni ocuparse más que en saber vidas ajenas. Ella será la que lleve la corderilla al matadero.

—¡Calla, mujer!

—Yo sé lo que es el Sr. Conde, por ese ayuda de cámara que le dió su madre para que le cuidase y que ya sabe Vd. que se ha empeñado en casarse conmigo.

—Y hablando de eso, hija, ¿por qué no le quieres?

—No quiero separarme de Vd., ni exponerme á que le mire á Vd. mal.

—Creo, hija, que no hay peligro: el Sr. Casimiro me parece muy bueno, ¡y ya vés qué boda harías!

—No era mala, porque él tiene dinero, y ganado honradamente; pero, padre ¿á qué variar? Bien se está San Pedro en Roma.

—Mejor está en el cielo, hija.

—Ya pensaremos eso.

Vicenta se entró en su pobre pero limpia cocina para aderezar la cena, y el tío Vicente se acercó más á la puerta para aprovechar la última claridad del día, dando algunos puntos en una suela.

Entre tanto que el padre y la hija departían acerca de la suerte de las dos niñas, y de la suya propia, Luciano habia alcanzado á la madre y á la hija.

Ambas vestian modestamente, pero con elegancia: en la calle y de cerca, encontró Luciano mucho más linda á Modesta de lo que le habia parecido sentada detrás de las pequeñas vidrieras de su balconcito: á través del ligero velo de tul que la cubria, parecia mucho más hermosa su rubia cabeza: era alta mas bien que baja, de formas delicadas y graciosas.

Su madre tenia el aspecto decente, y cierta distincion en todo su porte, en su traje y en su modo de andar, que acusaba su honrada cuna

y excelente educacion: llevaba un vestido negro de seda usado, pero decente, y un pañolon oscuro.

Modesta adivinó que Luciano se acercaba: *le sintió*, por decirlo así, detrás de ella y volvió la cabeza: su conmocion al verlo fué tan grande, que su madre no pudo ménos de notarla, y se volvió á su vez.

—¡Ah! dijo con la mayor naturalidad: ¡ese ese caballero vecino nuestro!

Luciano aprovechó la ocasion, y se acercó á las dos señoras, saludándolas cortésmente.

Elena habló de mil cosas con amable sencillez: del tiempo sereno que estaba haciendo, de las mejoras de Madrid, y de otros objetos indiferentes: cuando llegaron á la puerta del almacén de bordados, el jóven iba á despedirse temiendo humillarlas.

—Puede Vd. entrar con nosotras, caballero, dijo Elena: nuestro objeto es muy sencillo: se reduce á entregar estas labores de Modesta y á cobrar su importe: vea Vd., ella las lleva.

Luciano hubo de entrar: pero con alguna repugnancia, porque su vanidad se resistia á que le vieran acompañando á una pobre bordadora, á él tan elegante, tan pulcro, *tan metido* en la buena sociedad.

La jóven abrió su paquete, y salieron de él algunos pañuelos, decorados con el bordado más exquisito.

—¡Bien, muy bien, señorita! dijo con entusiasmo una mujer de edad que se hallaba detrás del mostrador: es una obra primorosa: ¡qué limpieza! ¡qué perfecta ejecucion! Señora, añadió hablando con Elena, voy á pagar esta obra más de lo que acostumbramos: hay tres pañuelos: ahí ván seiscientos reales.

Y puso en la mano de Elena esta cantidad.

—¿Le ha comprado á Vd. ya su señora madre el vestido de muselina de lana color de rosa que le aconsejé que se pusiera para hacer lucir sus hermosos cabellos rubios? preguntó con bondad la almacenista á Modesta.

—No, señora, respondió ésta ruborizándose.

—Ha sido porque ella no ha querido, observó Elena: en vez de su traje, me hizo comprar otros para sus hermanos: pero con esta suma se comprará el suyo sin falta.

—Dentro de diez dias es mi santo, dijo la almacenista, y doy una pequeña fiesta: si esta señorita me hace el favor de lucir en ella su preciosa voz y su vestido rosa, me causará un vivo placer.

Modesta levantó hasta su madre sus dulces y serenos ojos, y mostró su rostro encantador, animado por una luminosa sonrisa.

—Vendremos, dijo Elena sonriendo también á su hija: de todos modos, siento algunas veces, señora, el que esta niña sepa tan perfectamente la música para no lucir nunca sus buenas facultades y su excelente método de canto.

—Daremos en honor suyo, dijo la almacenista, una pequeña fiesta semanal: este caballero, volviéndose á Luciano, á quien supongo amigo de Vds., queda convidado á ellas.

El estudiante se inclinó sin conceder ni negarse.

—Adios, señora, dijo Elena: vendremos sin falta, y Modesta traerá el vestido rosa, y mostrará en él su habilidad de modista; se hace muy bien sus trajes, y hace tambien los míos y los de su hermana.

—Aquí hay más labor, dijo la almacenista: gorros de noche y chambras para la novia que Vd. sabe, la Sra. Doña Berta Ponce de Leon, que se casa en segundas nupcias con el marqués de Villafiorida: no hay que darse gran prisa, hija mia: hay bordados para medio año: nunca vi canastilla como esta: pero calla! ahora que veo bien á este caballero, creo que conozco su cara! sí: ha estado aquí con la novia y con su padre.

Modesta palideció.

—Es verdad, respondió Luciano: soy primo hermano de Berta y acompañé á esta y á su padre cuando vinieron á encargar su canastilla.

Las mejillas de Modesta recobraron su bello y delicado color de rosa como por encanto.

Salieron del almacen: la jóven madre—pues Elena era jóven y bella—volvió á entablar la conversacion de mil cosas alegres y ligeras: ni

una sola alusion hizo á la fiesta á que todos habian sido convidados: al llegar á la puerta de su casa, dijo á Luciano:

—Caballero esta casa está á la disposicion de Vd.: mi esposo y yo tendremos mucho gusto en que la favorezca alguna vez.

Luciano saludó y dirigió á Modesta una larga mirada de despedida.

—¿Yo venir de visita? se dijo al alejarse: ¡en eso pienso! á casa de una bordadora! no faltaba más!

Al dia siguiente, así que se levantó, se asomó al balcon, á pesar de estar la mañana muy fria.

Modesta, sentada detrás de sus cristales, co-sía una tela color de rosa: como si hubiera adivinado, á través de la distancia, que Luciano la estaba mirando, alzó los ojos y le saludó sonriendo.

—Ya está haciendo el traje para el concierto, pensó el estudiante: hoy pasaré por la calle del Cármen y entraré en el almacen de bordados para ir á esa fiesta, que tendrá que ver: no quiero dejar de reirme un rato, y además así la veo sin comprometerme.

Luciano salió, pasó por la calle del Cármen, y entró á ver á la almacenista, que le preguntó:

—Caballero, verá Vd. á la señorita Modesta?

—Si Vd. lo desea, sí, señora, respondió Luciano.

—Pues bien, le suplico le dé ese libro.

—¿Está en francés? dijo admirado el jóven.

—Sí por cierto: Modesta posee muy bien ese idioma, así como el italiano, que pronuncia con una dulzura sorprendente cuando canta: es una criatura completa: es verdad que para hacerla tal, ha contribuido en gran manera la educacion que le han dado sus padres, los que han pasado mil escaseces para proporcionarle maestros: este excelente libro me lo tenía pedido su madre para ella: son las *Conversaciones familiares por Mme. Le Prince de Beaumont*.

—Se lo daré, señora, dijo Luciano muy contento, en su interior, de tener un pretexto que le obligase á ir á casa de la jóven.

Despues de hacer su visita á la almacenista, salió de allí ofreciendo volver, y se dirigió á casa de Modesta.

Esta cosía aún en su vestido color de rosa; Cesarina bordaba á su lado; su padre pintaba un magnífico cuadro; su madre cosía ropa blanca; Federico estudiaba sentado en un rincon, con atencion sostenida y profunda.

La habitacion estaba limpia y arreglada por una mano jóven é inteligente: sillas cómodas llenaban los ángulos: una mesa, colocada en el centro, contenia labores de costura, calcetas empezadas y algunos lienzos: algo más allá, un velador redondo se hallaba ocupado por algunos albums y por un jarro de cristal azul que

sostenia un ramo de flores de los campos, ó, más bien, de yerbas verdes, por cuanto se estaba en la estación más rigurosa del año: el piano que habia servido para la enseñanza de Modesta, y que ahora servia para dar ésta lecciones á sus hermanos, lucia toda su hermosura, que era notable, en el testero principal de la habitacion.

Modesta llevaba un vestido usado, una esclavina negra, y sobre ella vuelto un cuellecito muy blanco: sus hermosos cabellos rubios, enroscados en gruesas trenzas, adornaban su cabeza de arcángel, que parecia esparcir una luz suave y dulce en torno suyo.

—Bien venido, caballero, dijo el pintor levantándose cortésmente para recibir á su visita y descubriendo su elevada estatura, envuelta en una bata de colores vivos: mi mujer me ha dicho que es Vd. vecino nuestro, y que anoche tuvo la bondad de acompañarlas á ella y á mi hija: mucho me alegro de que haya Vd. venido á tomar posesion de esta casa, que ya sabe es suya.

Y diciendo estas palabras, ofreció al estudiante un asiento.

Luciano, una vez allí, sintió haber subido: se hallaba muy bien: pero le parecia que la presencia del padre de Modesta le ligaba con un compromiso, á causa de que era muy fácil adivinase el objeto que le llevaba: las benévolas y graves palabras del artista le tranquilizaron,



sin embargo, bien pronto. Luciano era inteligente en bellas artes, y sobre ellas versó la conversacion.

—Creo que toda persona que siente y piensa debia ser artista, solo por la felicidad que reporta el serlo, dijo el padre de Modesta: yo he pasado algunos años en la pobreza, y hoy vivo, con mi familia, en una modestia próxima á la escasez; pero esta felicidad tranquila que me rodea, esta independencia de afectos, esta libertad completa, estas sensaciones, de las que soy dueño, no se pagan con todos los tesoros de la tierra: el cultivo de las artes despoja al alma de las negras sombras de la emulacion y de las congojas de la vanidad: creyéndose el artista el ser más dichoso de la tierra, á nadie envidia: solo pide salud y pan, supremos bienes que el Dios de misericordia le escasea pocas veces.

—¡Ay Dios mio! pues tú, mi pobre amigo, has estado enfermo bastante tiempo, observó Elena con su sinceridad acostumbrada.

—Es cierto, sí, muy cierto, querida mia: pero ya estoy fuerte y bueno, alegre y contento con verme entre vosotros! entre vosotros, que sois mi dicha! Por todos los tesoros del mundo, no cederia hoy una de mis hijas, y únicamente pido al cielo que preserve del amor durante muchos años el corazon de Modesta, para que no se aparte de mi lado y del de su madre.

—¡Oh, sí! añadió Elena, no deseamos nos-

otros, en verdad, que se case nuestra hija! y solo pedimos al cielo todas las noches, rezando juntos su padre y yo, que nos la guarde durante largo tiempo.

Luciano era demasiado perspicaz para no sospechar que estas palabras estuviesen destinadas á producir un efecto contrario al que aparentaban: es decir, que las hubiesen pronunciado los padres de Modesta justamente para hacerle desear el casarse con ella: pero vió retratada una emocion profunda en el noble y grave rostro del pintor, vió lágrimas en los ojos de Elena, y se dijo á sí mismo con íntima conviccion:

—Todo se finge ménos esto.

Desapareció, pues, á sus ojos el lazo que temia, y se halló con más libertad y más confianza entre aquella honrada familia.

Cuando salió de casa de Modesta, no sabia á dónde ir, y buscó un paseo solitario para entretener el tiempo, que le pesaba de una manera extraña: hubiera deseado dormir hasta que diese, al siguiente día, la hora de ir á casa del pintor.

En su segunda y tercera visita, fué recibido con la misma grave cordialidad: á la cuarta, los niños se acercaron á él y empezaron á hablarle como á un amigo: aquel día se comió delante de Luciano, y este pudo apreciar el extremado orden de aquella buena familia, y la suave resignacion con que sobrellevaba su pobreza.

Modesta, delicada criatura, sujeta á un continuo y prolijo trabajo de aguja, estaba casi siempre privada de apetito, por estar tambien privada del ejercicio, tan necesario á su edad; pero con heróicos esfuerzos ocultaba á sus padres lo que sufría, y comía con la mayor alegría las legumbres ó las verduras, sazoadas por la amorosa mano de su madre, que no pudiendo estimular de otro modo el paladar de la jóven, ponía el esmero y el cariño al servicio de su hija.

Luciano procuró hacerse muy amigo de aquella familia, y pronto tuvo franqueza bastante para enviar á los niños una bandeja de pastelillos que, en rigor, se dirigía á Modesta; un ramo de flores cada mañana iba á alegrar los ojos de la bordadora; y estas atenciones, unidas á la vista de Luciano, obraron el milagro de hermostear la ya encantadora belleza de la jóven.

Llegó el día del concierto, y Luciano fué á él con la familia del pintor.

La reunion era pequeña y sin pretensiones: en un saloncito vestido de una linda tela de seda azul, y muy bien iluminado, se hallaban reunidas cuarenta personas.

Modesta estaba encantadora: su vestido color de rosa hacia resaltar la nacarada blancura de su dulce rostro, y el dorado matiz de sus magníficos cabellos, que guarnecían su frente en espesos rizos: su talle, de una gracia y elas-

ticidad maravillosas, lucía toda su perfeccion con el acertado corte de su vestido: era, en fin, la mas bella jóven de aquella pequeña fiesta.

Cantaron algunas otras señoritas, y luego fué ella conducida al piano por su padre, acompañándola su maestro, que tambien habia sido convidado.

Luciano quedó sorprendido al oirla: aquella voz era, á la par, de plata y de seda: argentina y flexible; dulce y pastosa, y unido á todo esto, se admiraba un excelente método de canto.

—¡Es una maravilla! exclamó uno de los oyentes dirigiéndose al padre de la jóven: ¡cómo es posible reunir en tan corta edad la dulzura de un ruiseñor y la garganta de un canario!

—Pues bien poco dinero me ha costado, amigo mio, respondió el artista: solo tres años ha tenido maestro mi hija: pero su disposicion es maravillosa para todo lo que sea el cultivo de las artes: otro tanto ha sucedido con la pintura: me ha costado pocos desvelos, y he sacado mucho fruto.

—¿Por qué no la ajusta Vd. en un teatro? esa voz es un tesoro.

—Yo! exclamó el pintor haciéndose atrás con horror: yo ajustar á mi hija para que divierta á un público caprichoso! jamás! prefiero que se ocupe de labores... anónimas, como son sus bordados: nunca debe despojarse una jóven del santo velo de su pudor, y su mayor mérito con-

siste en estar oculta, como entre nubes: cantará para sus padres, para sus hermanos y para su marido.

Algunos dias despues, Luciano reiteró á Modesta la declaracion de su amor.

—Repito á Vd. lo que dije en mi carta, respondió la jóven: yo no soy ingrata al afecto de usted; pero no le corresponderé si esto no es del agrado de mis padres.

—Ya lo sé, contestó Luciano: y soló quiero que me autorice Vd. para hablarles de mi amor de mis esperanzas. Modesta, al lado de usted y de los suyos, solo puede alimentar el alma buenos y nobles sentimientos: los míos son tan honrados como Vd. merece; ¿quiere Vd. que hable ahora mismo á sus padres?

—¡Oh, sí! sí! exclamó la jóven, en cuyos ojos brilló instantáneo y deslumbrante el rayo de su amor.

Luciano, que habia hablado en voz baja, la levantó, y formuló la petición de la mano de Modesta, dirigiéndola á sus padres.

—Solo siento, añadió, que soy pobre: que me faltan dos años para acabar la carrera, y que, despues de concluida, no puedo ofrecer á Modesta más que una posicion mediana.

—¿Qué dices tú, niña? preguntó el artista.

—Que le amo! respondió la jóven ocultando su rostro cubierto de confusion en el pecho de su madre.

—Ninguna de las tres objeciones que Vd. me ha hecho, lo son ya para mí, repuso el pintor, ni lo son tampoco para su madre: queremos la dicha de nuestra hija y nada más: puede esperar dos años, y cuatro tambien, porque es muy jóven, y ya sabe Vd. cuán poca prisa tenemos por separarla de nuestro lado: está acostumbrada á la pobreza, y la mediania es, para su carácter moderado, la felicidad: solo siento, por mi parte, añadió el buen padre, que este contrato la separa ya de mí: hoy lo digo, como lo dije en otra ocasion; quisiera que mis hijas no se casaran jamás.

Desde aquel dia, la vida abrió para Modesta sus puertas de oro: aquel amor era como el hilo de agua clara y sonora enviado á un huerto virgen y frondoso, para que fertilice todos sus frutos y haga abrir todas sus flores: en el alma pura y casta de la jóven, se elevó un perpétuo cántico de alegría y de amor: ella que ya encontraba la vida agradable y dulce, la encontró desde entonces llena de bellezas, y comprendió mejor toda la hermosura de la eterna, porque el amor santo y legítimo hace entrever los reflejos del cielo.

El pintor y su esposa dejaban á su hija en una razonada libertad, porque sabian, en su claro talento, que el amor tiene alas, y necesita espacio para volar; que es peligroso comprimir sus expansiones, y que há menes-

ter de cultivo como las más delicadas flores.

A la vista de sus padres y de sus hermanos, crecía aquel cariño. Luciano, que tenía todas las ocasiones que necesitaba para hablar á Modesta, nada más le pedía, y esperaba tranquilo y feliz la época de su casamiento, como se espera una dicha que está segura, y á la que no se opone ninguna de las tiranías de la tierra.

En tanto que Dolores, víctima por una parte de la apasionada vehemencia de su carácter, y por otra de la severidad maternal, era conducida por la mano de Doña Angustias á su perdición, vendida lo mismo que se vende para llevarla al matadero á la inocente cordera, Modesta bordaba, y Luciano, sentado al lado suyo, la contemplaba y seguía con una atenta mirada el ágil movimiento de los dedos de marfil de su amada.

Cantaba al sol un canario, émulo de la garganta de su jóven ama: un gato rubio y grueso sentado gravemente en la tarima que sostenía el brasero, aprovechaba un rayo del dorado Febo, que hacia más subido el matiz de su sedosa piel.

Un perrillo de casta indefinible, pero tan rollizo como el gato, su antagonista, apoyaba su dos patitas delanteras en el brasero y se calentaba el hocico, dormitando con perezoso abandono.

Elena andaba de acá para allá, preparando, con ayuda de Cesarina, un gran cesto de plan-

chado, que debía *despachar*, como ella decía, aquel mismo día.

Federico estudiaba su lección de piano, con la atención propia de su carácter reflexivo.

—Mamá estará cansada esta noche y no es cosa de incomodarla, respondió Modesta levantando hacia el expresivo y simpático semblante de su novio su dulce y rosada cara.

Luego, alzando un poco más la voz, dijo á su hermano:

—Federico, ese *la* es sostenido, y lo haces sencillo.

—¡Ah! deja, deja que te abrace, hermana! exclamó el niño corriendo hacia su maestra: cuánto me ha hecho rabiar ese dichoso *la*: no atinaba yo lo que era, y la lección no salía; á no ser por tí, para rato tenía yo fiesta!

—¿Por qué no me lo has preguntado antes? dijo Modesta, devolviendo al pequeño Federico sus caricias.

—Claro está; opinó Cesarina: yo, cuando me sale mal la labor, se la doy á Modesta, y ella la arregla.

—Mira, Cesarina, dijo Luciano; ven acá que te voy á decir una cosa.

La niña se acercó y el estudiante le dijo al oído algunas palabras.

—¡Ah, sí, sí! ahora mismo se lo voy á decir! gritó alegremente Cesarina: madre, dice Luciano, que si Vd. quiere, iremos al teatro!



—Y yo digo, respondió Modesta, que Vd. mamá, estará muy cansada y no tendrá gana de salir hoy, porque está de planchado.

—Iremos en coche, opinó Federico.

—Tienes razon, querido: iremos en coche, dijo Luciano.

—Eso es, *Jalon por media vega*, dijo Elena, que era aragonesa, y nacida á orillas de aquel hermoso rio, que á veces no riega *media vega*, sino la vega entera: ¿y cómo, querido Luciano, quiere Vd. ir con los chiquillos y todos? En caso, vaya Vd. con Antonio y Modesta.

—No faltaba más! exclamó Luciano: ya encargué ayer un palco muy grande, y estaremos muy bien.

—Aquí está papá, dijo Federico al oír la campanilla, y corriendo á abrir.

—Buenos dias á todos, dijo el pintor al entrar: Elena, niñas, Federico, prepararse para ir al teatro esta noche: es buena funcion, y aquí hay billetes.

—Al decir estas palabras echó sobre el velador seis asientos de galería.

—Ahora estaba hablando Luciano de palco y de ir en coche, observó Cesarina, porque decia Modesta que mamá estaria cansada de aplanchar para ir á pié.

—Nada de palco, opinó el artista: los pobres debemos ir como pobres que somos: por lo demás, tu madre tendrá coche é irá en él al tea-

tro acompañada de Modesta: nosotros saldremos antes á pié para buscar los sitios que nos corresponden y esperarlas sentados: ¿acomoda, señor Ponce? Si Vd. no quiere ir á un asiento tan modesto, no se violente, y vaya á otro mejor.

—El mejor sitio para mí es aquel en que Vds. estén, respondió el jóven; y pocas veces habré asistido á una funcion con más placer que hoy.

Modesta dirigió á su novio una mirada llena de agradecimiento: pero al mismo tiempo una exclamacion de su hermana la hizo mirar á otra parte.

—Dolores sale ahora de casa de Luciano: dijo la niña.

—¿Qué dices? preguntó su madre.

—Que acá vienen Dolores y Doña Angustias: ahora salen de casa de Luciano.

—La habrá llevado el sargenton de la viuda á visitar á su amiga Doña Toribia, observó cándidamente Elena.

—¿No vive ahí el Conde de Elven? preguntó el pintor en acento bajo á Luciano.

—Sí, señor, respondió éste: ¿caso sospecha usted?... Eso seria horrible.

—Sospecho que hay sombras donde vuelan los murciélagos, dijo el pintor señalando á Doña Angustias, que al lado de Dolores cruzaba la calle en direccion á su casa: los padres severos en demasia son como las esposas tiranas; por no conceder algo, lo pierden todo.

## CAPITULO XII.

Berta.

Diez ó doce dias despues de lo que queda referido en el capítulo precedente, Luciano Ponce se hallaba á eso de la una del dia en un elegante gabinete, y en grata conversacion con una jóven y un señor de mucha edad.

El continente, la postura y hasta la expresion del semblante del futuro esposo de Modesta, ofrecian una mezcla de cumplido y de franqueza, de cordialidad y de ceremonia. Conociáse que se hallaba allí en su centro: que aquella era la sociedad en que habia nacido y se habia criado: pero que estaba su pensamiento muy lejos de allí.

—Pero hombre, ¿qué haces que no te se ve? preguntó la jóven, que era muy hermosa, con tono de cariñosa reconvencion.

—Puedes figurártelo, prima mia, respondió Luciano.

—¡Qué! aún sigue tu devaneo con la bordadora?

—Sí por cierto.

—Para broma es ya bastante larga.

—No es broma, Berta, sino cosa muy formal.

—¿Tratarás de casarte con ella?

—Sin duda.

—Pero ¿y mi hermana? ¿mi hermana que te cuenta como á su prometido esposo?

—¿Rita? ya sé yo que su corazon está ocupado y bien ocupado: eso es una broma tuya, y como tal me hace reir: pero en el terreno de lo formal, te digo que me casaré con Modesta: la amo con ese amor santo, puro y fuerte, hijo del corazon, de la cabeza, y de todo aquello, en fin, en que se aposentán la reflexion y el afecto.

—No quiero combatir unas ideas en que yo misma abundo, dijo la jóven: creo, y papá que está aquí lo sabe, que para casarse es lo principal tener amor á la persona á quien enlazamos nuestra suerte, y tenerle además estimacion: á todo esto, ingrato amante, aun no sabes una novedad.

—No, hasta que tú me la digas.

—Es novedad que se ve, y te la voy á presentar.

Berta iba, al decir estas palabras, á tirar de la campanilla. Pero el anciano, que estaba presente, dijo:

—Espera: yo iré á buscar *la novedad*.

—El Sr. Conde de Elven! anunció un ayuda de cámara, alzando la cortina al mismo tiempo que su señor iba á salir.

El jóven cedió el paso al anciano saludán-

dole con respeto, y luego penetró él en la estancia donde habian quedado solos los dos primos.

Gonzalo se adelantó, y saludó con gracia y soltura á la jóven y con cortesía á su primo.

—¿Cuándo es el buen dia? preguntó el Conde á Berta despues de los primeros saludos.

—El sábado que viene, respondió ella.

—¿Ha descansado Rita?

—Creo que sí: yo no la he visto hoy por haber estado ocupada en examinar algunas piezas de mi canastilla de boda, cuya ejecucion es lo más primoroso que se puede imaginar.

—Modesta la borda, dijo Luciano con tanto orgullo como hubiera podido ostentar al decir:

—Han dado un trono á mi prometida.

—¡Ah! ¿es ella la que se ha encargado de mi ropa blanca? preguntó Berta: pues tiene unas manos divinas, y he de hacer que se quede con parte de ella en memoria mia: justo es que tenga el gusto de usar algo.

—Eres muy buena, Berta, dijo Luciano conmovido, y alargando su mano á la jóven.

—No, respondió ésta: soy justa y nada más: siempre me ha parecido una inhumanidad que las jóvenes que trabajan para nosotras vistan miserablemente; y cuando vivia nuestra abuelita y nos traian á Rita y á mí la ropa blanca que encargaba para nosotras, así Rita como yo regalábamos á la bordadora algunas piezas para que las usase.

—Que ella venderia enseguida, dijo el Conde.

—Eso, caballero, ya no era cuenta nuestra, respondió Berta gravemente.

—Aquí está la novedad, dijo el anciano entrando, y trayendo de la mano á una preciosa jóven.

—Ya no lo es, dijo Luciano: este caballero, al preguntar *si Rita habia descansado*, me ha dicho que estaba aquí.

—Mientras se cruzaban estas palabras, el Conde de Elven no separaba sus ojos de la deliciosa figura de la recién llegada.

Parecia tener diez y siete años, y jamás ha podido soñar un pintor una hermosura más delicada, pero al mismo tiempo más desdeñosa y altiva.

Su tez suave, blanca y pálida, era mate y bruniada: dos grandes ojos grises y rasgados, guardados de negra seda, se abrian bajo unas cejas suaves y delicadas, del color de las pestañas.

Sus cabellos largos y ondeados, eran espesos y del más bello color castaño; mirados á cierta luz, tenian los brillantes reflejos del raso: y donde se reunian en apretadas trenzas, ostentaban el matiz de grandes masas de terciopelo.

Su nariz era tan perfecta como la de una estatua romana: su boca era una rosa á medio abrir: llevaba hábito de Jesus Nazareno, es decir morado, con largo cordon morado y amarillo.

—Vedla aquí, ataviada todavía con su hábito monjil, dijo Berta: la hemos traído para que esté en mi boda, y para que se quede ya al lado de mi padre, á quien mi nuevo casamiento deja solo.

Rita, que aun no habia pronunciado una sola palabra, alzó los ojos del suelo para volverlos á su hermana, pero en el camino tropezaron con la tenaz mirada del Conde de Elven.

A pesar de la altivez escrita en todas sus facciones, aquella mirada la hizo ruborizar.

—Yo tuve aquí una amiga cuando era niña, dijo Berta, y quisiera saber, señores, si alguno de Vds. dos, que conocen á todas las beldades de Madrid, me daba alguna razon de ella.

—¿Luego es una beldad? preguntó Luciano.

—Debe serlo, dijo el anciano; de niña era ya una maravilla de hermosura.

—Papá dice bien, observó la jóven: su cara era adorable: la pobrecita tenia ocho años cuando yo contaba ya catorce, de modo que ahora, que he cumplido veintidos, debe tener ella diez y seis: me alegraria de hallarla, porque la queria mucho, y me daba lástima.

—Pues ¿qué tenia? se atrevió á preguntar Rita.

—Tenia lo más pesado de la tierra: unos padres de los que se llaman *chapados á la antigua*, que no le dejaban libertad ni para respirar: además estaban, á no dudarlo, en mala posicion,

porque á la niña nada le enseñaban, más que su madre á coser y á hacer calceta.

—Educacion casera, dijo el padre de Berta.

—Aquella pobre niña, continuó la jóven, se extasiaba delante de mis juguetes: era alegre y rosada, llena de gracia y de viveza: jamás ví criatura más bella: se llamaba Dolores, y este triste nombre, que en su edad parecia una anomalía, no dudo que algun dia le cuadrará muy bien.

—¿Dices que se llamaba Dolores? preguntó Luciano á su prima, que se habia entristecido al recordar á su amiga de la niñez.

—Sí, respondió ésta: Dolores Herrera; ¿pero qué le pasa á Vd. Conde? me parece que hoy se halla descolorido.

—No estoy muy bueno, respondió Gonzalo con voz mal segura.

—Yo sé dónde vive tu amiga, observó Luciano: es vecina de Modesta, y habita en la calle del Noviciado.

—Allí ha vivido siempre, dijo el padre de Berta.

—¡Ah, yo iré á verla! exclamó la jóven con entusiasmo: iré con Rita, y tú nos acompañarás, Luciano.

—Con mucho gusto, respondió éste: yo iré muy honrado con vosotras.

—¿Es posible, señora, que piense en visitar á gentes tan insignificantes, estando tan cerca



de casarse? preguntó Gonzalo, cuya palidez habia aumentado, y que tenia pintada en el rostro una violenta contrariedad.

—Pues qué, porque me case he de cerrar mi corazon á todo otro afecto? repuso Berta: eso seria natural en mi hermana, si estuviese próxima á casarse, pero no en mí, que ya lo he estado otra vez.

—Este caballero, dijo Luciano mirando con una intencion sostenida al Conde, conoce bien á Dolores, que es, por cierto, tan hermosa como prometia de pequeña.

—¡Ah! dijo Rita con lentitud: ¿el Conde conoce á esa Dolores?

—Vine recomendado á su padre, que era amigo del mio, por una precaucion de mi madre, que temia careciese aquí de un mentor, respondió friamente el Conde.

—Y yo tengo oido, caballero, que hay un proyecto de boda entre Vd. y la señorita de Herrera, repuso Luciano con acento firme.

—¡Se hacen en el mundo tantos proyectos! respondió el Conde.

—Este debe ser, á no dudarlo, apoyado por el consentimiento de Vd., observó el futuro esposo de Modesta, que conociendo que habia una venda ante los ojos de su prima Rita, queria arrancarla.

—Podré saber, caballero, con qué derecho se toma Vd. la molestia de hablar de mis proyec-

tos, ó mejor dicho, de los de mi madre? preguntó con altivez Gonzalo.

—Sí señor, respondió friamente Luciano: con el derecho que todo hombre tiene á hacer respetar la verdad y la reputacion de una jóven honrada.

—Y en qué ofendo yo la reputacion de la señorita de Herrera?

—Siendo notorio para algunas personas que usted iba á casa del Sr. Herrera con la intencion de casarse con su hija, y negando ahora esa intencion, da Vd. á entender que ha hallado alguna causa que se lo impida.

—He hallado la causa de que no me gusta esa jóven para hacerla mi esposa, á pesar de su decantada hermosura, respondió el Conde.

—Y no ha hallado Vd. ninguna otra?

—No debo ni quiero dar á Vd. explicaciones acerca de este particular.

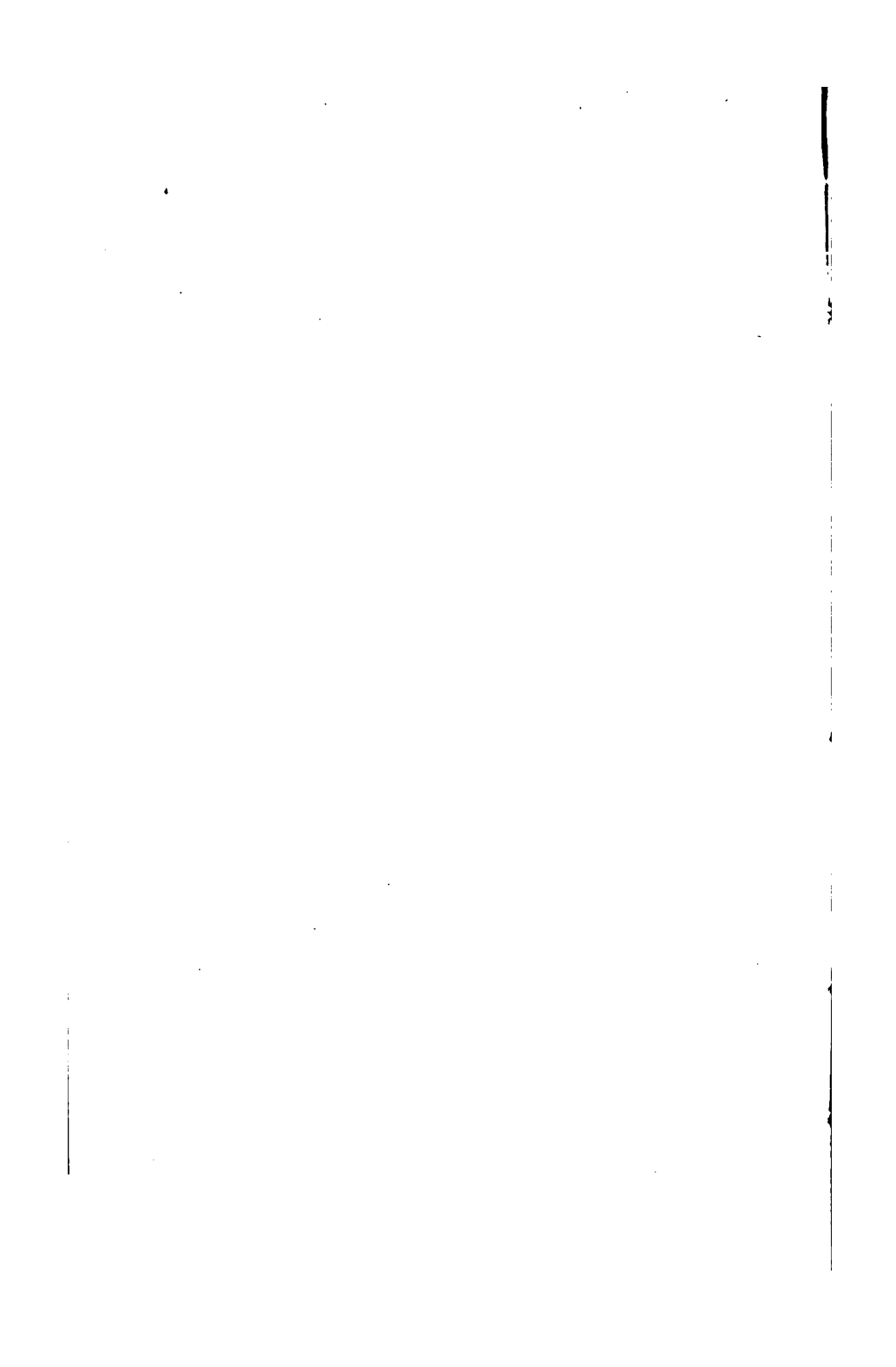
El Conde, dichas estas palabras, se levantó; saludó, en general, á Berta, á su padre y á su hermana, y salió, más bien como persona que huye, que como persona que se ausenta.

—¿Por qué le has armado pendencia al Conde? preguntó el anciano á su sobrino.

—Tío, respondió éste, solo le he dicho políticamente que mentía, porque lo ha hecho: amaba á Dolores y su casamiento estaba concertado para dentro de algunos meses: qué ha sucedido, no lo sé, aunque me lo figuro: lo cierto es que

---

la pobre niña está enferma moralmente hace muchos días, y que ya empieza á estarlo físicamente también: ¿por qué no hay alguna pena para los que hieren el corazón, así como las hay para los que hieren el cuerpo?



## CAPITULO XIII.

### Sombras.

Dolores no era ya la misma niña inocente y hermosa que hemos conocido.

La culpa manchaba su frente, que, aunque permanecía blanca á los ojos del mundo, no lo estaba ya á los ojos de Dios.

Una sombra tan negra como su conciencia envolvía su corazón.

No veía á Gonzalo ya: después de su funesta cita, después de aquel primer paso en el mal, á que la había conducido la mano fatal de Doña Angustias, había notado en él una frialdad creciente y progresiva.

¿Y qué tenía de extraño?

La flor estaba marchita y deshojada, y él la había arrojado con desden.

Porque Dolores, apenas cometida su falta, se había arrepentido de ella: al salir á la calle con Doña Angustias, para volver á casa de sus padres, el asombro embargó su ánimo.

El torpe amor del Conde de Elven armonizaba con la oscuridad de su habitación, y Dolores

lo vió todo bello y esplendente, porque lo iluminaban las luces de su puro amor.

Pero, al salir á la calle, la luz del cielo le hizo ver la mancha de su conciencia, y el frio de la muerte se apoderó de su corazon.

Tembló de su culpa, más por sus padres que por sí misma, y se dijo que ya era indigna de volver á cobijarse bajo aquel techo que la habia visto nacer, y que era el asilo de todas las virtudes.

La infeliz criatura pensó morir de vergüenza y de dolor al sentir sobre su frente, á su vuelta á casa, el beso paternal: aquel beso que ya no merecía.

Desde casa del Conde, la habia conducido á la suya Doña Angustias, segun ya sabemos: desde esta última fué D. Atilano quien la acompañó.

De esta suerte, aquel anciano, lleno de virtud, de mansedumbre y de honradez, fué cómplice, lo mismo que su santa hermana, en la perdicion de la hija de Herrera.

—¡Qué pálida vienes! dijo Doña Amparo al ver entrar á su hija, con su habitual acento entre regañon y triste: ¿qué tienes? ¿qué te sucede?

—No estoy muy buena: respondió Dolores sacando fuerzas de flaqueza.

—Mejor te hubiera probado estarte cosiendo que salir á paseo, opinó Doña Amparo: ¡pero ya se vé, ese afan de salir de las niñas!... vé á

tu cuarto, desnúdate y recuéstate un rato.

Dolores obedeció con presteza, y agradeció á su madre como un beneficio el que le permitiese ir á llorar con toda libertad.

Así que se halló sola, las lágrimas saltaron de sus ojos con ímpetu desbordado: despues de llorar largo rato, sintió su corazon aligerado del peso que le oprimia: en medio de su angustia, veia la luz consoladora del amor de Gonzalo; de Gonzalo, con quien tan pronto iba á casarse.

Compuso en lo posible su semblante y rezó á los piés de la santa imágen de la Virgen que tenia en su cuarto, rogándole que no la desamparase.

Por la noche, y á la hora de costumbre, vino el Conde: sentóse al lado de Dolores, y esta aprovechó un instante, en que su madre no la miraba, para decirle en voz baja:

—Gonzalo, ¡qué desgraciada soy!

—¿Pues qué te pasa? preguntó el jóven sinceramente admirado.

—¡Y tú me lo preguntas! murmuró la jóven dolorosamente.

—¡Está claro! ¿ocurre algo de nuevo?

—¡Ocurre que soy muy culpable!

—¡Bah! ¡bah! ¡qué tontas vulgaridades! respondió el Conde: ¿eres culpable porque me amas? ¿no vas á ser muy pronto mi mujer?

—Sí, pero á pesar de eso, dijo Dolores con en-

tereza, me creo muy culpable y no reincidiré en la misma culpa!

—¡Y es ese tu amor! ¿crees una culpa el darme una prueba de él?

—Gonzalo, respondió Dolores, ¡el hombre que tales pruebas pide, no ama!

—Niña, repuso Gonzalo; metida en este agujero, tienes las ideas del año uno de tus padres: ya las mujeres severas y monjiles acabaron; ahora la más coqueta, la más despreocupada, es la más encantadora.

Estas palabras fueron muy poco inteligibles para la inocente hija de la cristiana Doña Amparo: su cabeza volvió á ser invadida muy pronto por el angustioso pensamiento que la preocupaba, y dijo al Conde en voz baja y suplicante:

—Gonzalo, por Dios, haz todo lo posible para que nos casemos cuanto antes!

—¡Qué prisa tienes por ser Condesa! dijo él levantándose.

—No, respondió la jóven, que apenas podía contener sus lágrimas: no tengo prisa por ser Condesa, sino porque pongas á salvo mi honor.

—Vuelves á las frases de melodrama, dijo Gonzalo alejándose de ella.

Dió una vuelta por la sala bostezando, y añadió en alta voz:

—Tengo jaqueca, y me voy á la cama.



Dolores le dirigió una mirada de triste asombro.

—Buenas noches, señores, dijo como si no la hubiera visto: me retiro.

—Buenas noches, contestaron en coro los presentes.

Dolores nada dijo: una horrible luz acababa de iluminar su entendimiento: su dolor fué más fuerte que su voluntad, y dejó escapar un largo sollozo, sepultando la cabeza entre sus manos.

Su madre la miró con severidad, y el señor Cura dijo paternalmente:

—Vamos, hija mia: ¿hay desavenencia? Esas son nubes de verano que el viento deshace.

—Pero, tonta, ¿á qué es llorar así? observó Don Pedro: déjale que ya se le pasará.

—Ve á acostarte, dijo secamente la severa madre, que no podía comprender las exterioridades en las jóvenes.

Dolores salió bañada en lágrimas, y pasó llorando la noche entera.

Al dia siguiente, no fué Gonzalo por la noche.

Dolores fué presa de mil angustias: más de veinte veces corrió á la puerta de la escalera para ver si oía el ruido de las pisadas de Gonzalo. Aquel amor se habia aferrado á su corazon como el musgo á la roca.

La velada pasó, y Gonzalo no vino.

Al entrar en su alcoba para acostarse, dijo Doña Amparo á su esposo:

—Mañana ve á ver si está enfermo el Conde: me da pena la niña.

—Más me da á mí, repuso el anciano: me quebranta el corazón su tristeza, porque la quiero más que tú.

—Pedro, respondió Doña Amparo; no es que la quieras más que yo: es que tu cariño por ella semeja el manantial cuyo cauce es ancho y le hace desparramarse por la campiña, perdiendo toda su fuerza y su hermosura en inútiles alar-des, y sin hacer ningun beneficio: el mio es el arroyo contenido por una compresa, pero que así que esta es removida, se convierte en caudaloso y claro rio que todo lo anima y fertiliza: antes de ahora te lo he dicho muchas veces: si alguna gran desgracia viniese sobre nuestra hija, si fuese víctima de un amor desgraciado, si fuese esposa sin ventura ó madre infeliz, no seria en tí en quien hallase consuelo y protección, sino en mí: su infortunio seria la palanca que removiese la compresa de mi severidad, que hoy creo necesaria, y mi amor por ella el rio caudaloso que diese consuelo y frescura á su corazón abrasado por las tormentas de la vida: los caracteres débiles solo sabeis 'gritar é irritaros por la culpa ó la desgracia: los fuertes nos hacemos superiores y hallamos disculpa y socorro en las fuentes de la religion.

Doña Amparo decia la verdad, porque aquella virtuosa mujer la decia siempre.

Al dia siguiente fué D. Pedro á ver á Gonzalo: pero le dijeron que habia salido.

—Habrá sido sin duda para ir á casa, se dijo el buen señor, y volvió para asegurarse si era así.

—Ha venido el Sr. Conde? preguntó á Simona, que le abrió la puerta.

—No, señor, respondió ésta.

Por la noche fué el Conde: estuvo media hora y se marchó diciendo que iba á velar á un amigo enfermo.

Despues tardó tres dias en volver: y cuando lo hizo, fué de dia, y habló casi en tono de ceremonia.

Cuando se marchó, dijo Doña Amparo á su hija con un acento tan suave, que la jóven la miró asombrada:

—Dolores, hija, no pienses más en ese hombre.

Dolores calló: comprendió por intuicion que aquella suavidad de su madre, tan desacostumbrada en ella, ocultaba un consuelo, y que, pues la consolaba, su desgracia debia ser muy grande.

—Me parece un necio que no te conviene, prosiguió Doña Amparo: ya ves lo informal que es: la primera vez que vuelva, le dices que se vaya con la música á otra parte, y así verá que no tienes por la suprema felicidad el ser Con-

desa; no te faltará un buen marido, que el buen paño en el arca se vende.

—Y en el arca se pica, observó Simona, que se hallaba presente y á la que su señora no consentía que tuviera novio.

—Calla tú, habladora, dijo Doña Amparo: es feo vicio el que tienes de meter en todo tu cucharada! pero, hija, ¿qué te pasa? ¡qué pálida estás! tus labios tiemblan! Dolores, no te aflijas así, hija mia... llora, llora! mas quiero ver tus lágrimas que no ese dolor seco y mudo.

Una sonrisa llena de violencia, hija de un supremo esfuerzo de su voluntad, apareció en el desencajado rostro de Dolores.

Ya sabia fingir, cosa que hasta entonces habia ignorado, porque no hay cosa tan ignorante como la inocencia.

Doña Amparo ordenó á Simona, sin que Dolores lo oyese, que cuando viniese el Conde se le dijese que no se hallaban en casa.

Al mismo tiempo hizo que su esposo escribiese á la Condesa de Elven, diciéndole que no aviniéndose los caracteres de los dos jóvenes, renunciaba para su hija el honor de aquel enlace, sin que por eso dejase de estar siempre á su disposicion, como amigo leal que habia sido de su esposo.

Estas dos precauciones no podian ser más inútiles. Gonzalo no volvió, ni se cuidó de excusarse: suponía para él muy poco aquella

*pobre gente*, y se dijo que solo para las ideas beatas y antiguas de su madre podia tener su opinion y su amistad alguna importancia y algun valor.

En cuanto á la Condesa, sintió mucho aquel rompimiento, que á su parecer aseguraba la felicidad de su hijo en la difícil senda del matrimonio.

Un mes pasó: Doña Angustias, recelosa, no iba tampoco á casa de Herrera: temia la cólera del honrado padre, si es que llegaba á descubrirse la infame venta que habia hecho de su hija. Sin embargo, en las dos ó tres veces que estuvo, recomendó eficazmente á Dolores el silencio más completo acerca de su cita con el Conde.

La salud de Dolores empezó á decaer: desapareció la fresca redondez de sus mejillas; el llanto señaló dos surcos en ellas, y sus ojos perdieron su hermoso brillo, antes tan dulce y tan alegre.

Un dia se dijo:

—Voy á escribir á Gonzalo: que me diga á lo ménos el motivo de su abandono: porque ¿en qué he podido yo ofenderle? ¡oh, Dios mio! ¿será que ame á otra?

Esta idea la aterró.

Todavía tenia esperanzas, y un nuevo amor en el Conde era la muerte de ellas: aun pensaba que iba á venir: aun creia escuchar á cada ins-

tante sus pasos en la escalera: si leía su carta, vendría sin duda!

Levantóse del lecho: eran las dos de la mañana, y el sueño no había visitado aun los ojos de la joven: ardía una lamparilla sobre la mesita de su cuarto, y se dijo que aquella débil luz bastaba para escribir su carta.

Tomó un pliego del humilde papel que ella usaba, y que era blanco, liso y muy diferente por cierto del que usaba el Conde para dirigir convites á las cortesanas, con las que tenía tan frecuentes relaciones, en su vida de calavera opulento.

Dolores empezó así con pulso tembloroso por la fiebre y la debilidad:

“No creo que te hayas olvidado de mí, Gonzalo; te he amado mucho para eso, te amo aún, y creo que el amor verdadero tiene el privilegio de dejar en el alma del ser amado una durable huella: pero si es así, ¿por qué no vienes á verme como antes? ¿qué te he hecho? ¿qué quejas tienes de mí?

“Gonzalo, te suplico que te dejes ver siquiera una vez para que me digas lo que á mí no me es dado adivinar: no te puedo explicar cuánto he llorado, porque no me creerías, y además, viéndome, te convencerás mejor de que estoy enferma de alma y cuerpo.

“Adios, Gonzalo: no ha dejado un instante de amarte tu

*Dolores.*”

Después de escribir este inocente y triste billete, la joven se recostó en su lecho: pero en vano sus ojos quisieron hallar el sueño y el descanso: las lágrimas acudían á ellos en tropel desbordado, y corrían hasta empapar la blanca almohada en que apoyaba su fatigada cabeza.

Así que el alba empezó á asomar en el Oriente, oyó á Simona que, hacendosa y madrugadora, se ocupaba ya en las faenas de la casa: Dolores, que no se había desnudado, se levantó al instante, y salió en busca de la muchacha con la carta en la mano.

—Simona, le dijo: me vas á hacer un favor que te estimaré toda mi vida.

—¡Jesus, señorita! exclamó la criada, que había llamado de tú á Dolores hasta los doce años, pero que ya la trataba con respeto: ¡como madrugaba Vd.! ¡pero, Dios mio! ¡qué descolorida está Vd., qué ojerosa! por fuerza que está mala!

—No estoy buena, Simona, respondió Dolores: siento desvanecimientos á la cabeza, temblores repentinos... qué se yo! me siento muy mal!...

—Y no se desayuna, ni duerme, con que estamos medrados! exclamó Simona: si con el hombre mejor se debía de encender el horno! esas son las ausencias del Sr. Conde: pero es que han regañado Vds. ó qué? ya no se le ve el pelo.

—Sí, nos hemos enfadado, Simona, dijo la jó-

ven deseando disculpar á su infiel amante: yo le regañé... fui injusta con él... mira, llévale esta carta en la que le digo que le perdono, y verás qué pronto vuelve.

—Señorita, dijo Simona rascándose la oreja: ya sabe Vd. que su madre es opuesta á cartitas, y que si lo sabe...

—¿Por qué lo ha de saber?

—Vamos venga la carta y se la daré á Casimiro, que todos los dias viene á ver á Vicenta, la hija del zapatero.

—Gracias, Simona, gracias, exclamó Dolores con efusion: te deberé más que la vida.

Y la pobre niña abrazó, llena de gozo, á la buena y complaciente Simona.



## CAPITULO XIV.

### Tinieblas.

Algunos dias despues, se hallaban en el despacho de D. Pedro, éste, su esposa y su hija; Simona se hallaba tambien allí, pero casi oculta en un rincon, desde el cual contemplaba llorando una triste escena.

Dolores, desmayada, ocupaba uno de los vastos sillones de que ya hablamos: su madre, de pié á su lado, aplicaba á la fina nariz de la enferma un pañuelo empapado en agua de colonia, y dejaba correr por sus mejillas anchas lágrimas, que caian hilo á hilo.

Don Pedro, al otro lado de Dolores, le tenia asida una mano, y su honrada y venerable fisonomía retrataba el dolor más agudo.

El doctor acababa de llegar.

—¡Dios mio! la perderemos tambien como á todos los otros! murmuró Doña Amparo con voz desgarradora.

—Por esta vez, no señora, dijo el médico, que era un hombre brusco y áspero, *pozo de ciencia* para curar, segun se le llamaba, pero de tan deabridas maneras, que podia asegurarse

que hacia casi siempre tanto daño al alma como bien al cuerpo: vamos, prosiguió: dígame Vd. lo que padece esta niña: qué síntomas ha notado en ella; me parece que hay aquí tanto mal moral como físico, por lo ménos.

—Tal vez, caballero, dijo D. Pedro: ella tenía un novio, el primero... á quien queria con el alma: este muchacho no sé por qué ha dejado de venir á casa; desde entonces mi pobre hija se puso triste; dejó de comer, y perdió el sueño y la alegría.

—¿Y despues?

—Despues empezó á quejarse de la cabeza, de mareos, de indisposicion de estómago...

Don Pedro se detuvo, al ver que el médico fruncia el ceño.

—¿Con que dice Vd. que padecia de mareos y que se quejaba del estómago?

—Si, señor, añadió Doña Amparo á las explicaciones de su marido: despues empezó á padecer desvanecimientos y desmayos: en dos dias le han dado tres, y, alarmados, hemos enviado á llamar á Vd.

El doctor no respondió nada: se quitó lentamente sus guantes, y se acercó á la inanimada niña.

Enseguida asió su mano, que estaba fria, y dijo:

—Hay fiebre hace dias... esto es solo un espasmo nervioso ocasionado por la debilidad:

va á volver en sí; venga una cuchara de plata.

Simona corrió á buscarla.

El médico sacó del pecho una redomita y puso en ella unas gotas de su contenido, aplicándola despues á los lábios de Dolores, que las tragó maquinalmente.

Un instante despues abrió sus hermosos y tristes ojos negros.

—Vamos, señorita, incorpórese Vd., y valor, dijo el médico con tono duro: está Vd. afligiendo á sus padres: ¿puede Vd. ponerse de pié?

—Sí, señor, balbuceó Dolores; y apoyándose en los brazos del sillón, consiguió levantarse con sumo trabajo.

—¿Puede Vd. dar algunos pasos?

—Haré lo posible.

—Apóyese Vd. en el brazo de su padre.

Don Pedro, que ya habia acudido al lado de su hija, le presentó el brazo, y Dolores dió algunos pasos por la estancia.

—Basta, dijo el doctor; y mirando á Simona, añadió:

—Retírese Vd.

La criada obedeció admirada.

—Caballero, dijo el médico brusca y sardónicamente: lo que esta señorita tiene no es mal de cuidado: dentro de seis meses, habrá terminado sin duda alguna.

—¡Cómo! exclamó Doña Amparo, ¿ha de estar mi hija enferma seis meses todavía?

—Tal vez mejorará antes: pero es posible que ese malestar, que siente hace tres meses, dure aun seis más.

Don Pedro abrió asombrado los ojos: un instante despues, brotó de su mirada un relámpago sombrío: acercóse al médico, y le asió con violencia de un brazo.

—¿Qué ha dicho Vd.? le preguntó iracundo.

—Que esta señorita está en cinta de tres meses, respondió el doctor con la mayor naturalidad.

—¡Mentira...! infame mentira...! exclamó Don Pedro, cuyo rostro se cubrió de una púrpura arrebatada, y en cuya frente se hincharan sus venas de una manera horrorosa.

Doña Amparo lanzó un gemido, y cayó desplomada en el suelo sin voz y sin color.

¡La honra inmaculada de aquella familia, conservada durante tantas generaciones, venia al suelo hecha jirones!

El doctor se sonrió compasivamente, ante el insulto del pobre padre, y luego, tomando de la mano á Dolores que permanecia pálida y muda, le dijo:

—Señorita, la verdad, porque el mal ya está hecho: ¿ha tenido Vd. alguna cita con su novio?

—¡Una, una sola! balbuceó la jóven á cuyos ojos secos no acudió una lágrima.

—Basta con eso, repuso el doctor: ¿podrá usted negar la evidencia de mis palabras?

---

—No, señor, respondió Dolores con amarga entereza.

—Nada tengo ya que hacer aquí, dijo el médico: vea Vd. caballero, la causa del desvío de ese amante que debe ser un infame: engañó á esta pobre niña y huyó como un cobarde. Las niñas no debían ser tan fáciles en dar citas á sus novios.

Dicho esto con tono sentencioso, el doctor se encasquetó su sombrero, y salió de la estancia, sin más cumplidos.



## CAPITULO XV.

### Noche profunda.

Las cinco de una bella tarde de Abril serian, cuando Dolores se hallaba con sus padres en la misma habitacion que ya conocemos: los acompañaba el Sr. Cura de la parroquia de San Márcos, que era el que por la noche jugaba al tute en la tertulia en más dichosos tiempos.

Porque á la sazón no habia tertulia, y el tétrico silencio imperaba en aquella casa, poco tiempo antes tan alegre y tan risueña.

Dolores, sentada en una silla baja, cosia una pieza de tela blanca.

Su madre, sentada enfrente de ella, hacia calceta, y de vez en cuando alzaba sobre su hija una mirada de conmiseracion profunda.

Don Pedro, sentado en un rincon de la estancia, tenia la cabeza oculta entre las manos, y los codos apoyados en los brazos del sillón que ocupaba.

De vez en cuando, un estremecimiento convulsivo recorría todo su cuerpo.

A su lado estaba sentado el Sr. Cura.

En los padres de Dolores habia habido, en

el espacio de pocos días, una extraordinaria y dolorosa transformación.

Doña Amparo siempre delgada, parecía la sombra de sí misma.

Una extrema palidez cubría sus facciones: sus ojos, aun hermosos y expresivos, se habían hundido á fuerza de llorar.

Dolores conservaba su hermosura de diez y seis años, pero ya ajada y marchita: era una flor que el cierzo había agostado, y que ya no debía volverse á levantar con su frescura y lozanía.

Ya no había rosas en sus mejillas, ni alegría en sus ojos, que brillaban con sombrío fuego: pero su belleza era tan grande y tan hechicera, que resplandecía aun entre las tinieblas de su dolor.

—Vamos, amigo mío, ánimo: dijo el Cura, que acudía allí para consolar aquel gran desastre: ¿á qué es desesperarse así? Apure Vd. ese cáliz que Dios le envía, y ponga todos los medios para que no se haga más amargo.

—No puedo con mi desgracia, señor, respondió D. Pedro alzando la cabeza, y descubriendo su semblante tan lleno y sonrosado en otros días, y ahora flaco y pálido. El desgraciado parecía haber envejecido veinte años, en tan breve espacio de tiempo.

Su mirada desolada y triste se fijó en su hija, y de sus ojos amortiguados brotaron chispas de furor.



—Váyase Vd. de aquí, señora, le dijo: no la llamo á Vd. señorita, porque la considero unida á un hombre, que merecidamente la abandona y la desprecia.

—¡Perdon, padre mio! exclamó Dolores dejándose caer de rodillas, sin atreverse á llegar hasta el anciano.

—¿De qué la he de perdonar yo? preguntó Don Pedro amargamente: ese perdon pídaselo Vd. á sí misma! para Vd. es el mal, más que para mí y para su madre, porque si es verdad que nos da la muerte, lo estambien que nos da el descanso; pero Vd. ¿qué ha de esperar ya en el mundo? ¿qué hombre honrado le dará su nombre, ni querrá que sus hijos lleven el de Vd.? ¡el de Vd. que es el mio, siempre tan puro y tan honrado, y que Vd. ha arrojado al desprecio de las gentes!

—Retírate, hija mia, dijo el Cura á Dolores, al ver que D. Pedro, sofocado por la ira y el dolor, habia vuelto á sepultar el semblante entre sus manos.

Dolores dejó su humilde postura; una lágrima única y silenciosa rodó por su mejilla, y salió con paso lento de la estancia.

—Pedro, dijo Doña Amparo, que se habia aproximado á su marido; lo que haces no es justo, ni cristiano: aun prescindiendo de que es tu hija, es acaso caritativo acosar así á una pobre criatura caída? ¡no es esa la doctrina de Jesucristo!

—¡Ay!... es que me muero!... es que la pena me ahoga!... exclamó el anciano que parecía sufrir en efecto de una manera cruel: ¿cuándo, Dios mio me llamarás á tu seno?

—¿Y yo, Pedro? exclamó Doña Amparo que se deshacía en lágrimas: ¿y yo? ¿no soy nada para tí? Si te vas de este mundo, yo te seguiré y entonces ella quedará sola!.. sola!.. ¿lo oyes? ¡qué horrible palabra!

—Vamos, amigos míos, eso es ofender á Dios, dijo el Sacerdote: Simona, añadió levantando la voz, un vaso de agua,

La criada lo trajo al instante, y el buen Vicario se lo hizo beber á D. Pedro: luego dijo á Doña Amparo:

—Siéntese Vd. aquí y hablemos con calma, y como personas de razon: los extremos á nada bueno conducen. Señora Doña Amparo, Vd., verdadero y santo amparo de su hija en esta calamidad, ¿por qué no hace que escriba al Conde? dicen que ya ha vuelto de Sevilla: este paso nada cuesta, á nada compromete, y tal vez ablandaría su corazon duro y helado.

—¡Ay, Sr. Cura! respondió Doña Amparo con profunda tristeza: ya le escribí antes de que se marchase de Madrid! ella me lo ha confesado!

—¿Y no ha respondido?

—¡Ni una sola palabra!

—¿Se sabe de cierto que la carta llegó á su poder?

—Sin ningun género de duda: Simona se la dió á su ayuda de cámara, que le aseguró haberla entregado en propia mano.

El Sr. Cura quedó pensativo y silencioso: despues de un rato, dijo:

—Quieren Vds. que vea yo al Conde? ¿que le hable, que le haga oír la voz de su deber y de su honor?

—¿Oyes lo que dice el Sr. Cura, Pedro? preguntó Doña Amparo.

En vez de responder á lo que su esposa le decia, levantó el anciano su abatida cabeza: sus ojos irritados extendieron en torno suyo una mirada en la que brillaba el extravío, y murmuró:

—¡Esa mujer!.. dónde hallaré yo á esa mujer!..

—Vamos, Pedro, por Dios, no pienses en eso... ten conformidad... ya sabes que esa fúria, que vendió á nuestra pobre hija, ha salido de casa de sus hermanos, y que ni estos mismos saben de ella.

—¡Y no poderla matar yo!.. ¡Cómo se aliviaría mi pecho de esta rabiosa sed de venganza que me acosa! exclamó aquel hombre, de condicion toda su vida tan blanda y apacible.

—Dios nos manda perdonar, amigo mio, observó el Sacerdote con dulzura: obedezcámosle, para que á nuestra vez seamos perdonados: vamos, voy á casa del Conde ahora mismo: ya sé donde vive, pues se mudó de ahí enfrente.

—¡Ah, sí! murmuró sombríamente D. Pedro: así arrebatava toda esperanza á su víctima: ¿por qué no hay una ley que haga enterrar vivos á esos asesinos de la honra ajena? ¿por qué un padre ultrujado no puede matar á la hija culpable y á su cómplice?

—¡Pedro, Pedro, yo no te conozco! exclamó llena de terror Doña Amparo: tú, tan bueno, hasta tan debil con Dolores, ahora eres duro y feroz! bien te decia yo que, si algun dia era desgraciada, no sería tu amor el mas eficaz y consolador para ella!

Don Pedro no respondió: agitaba todo su cuerpo un violento temblor, una agitacion convulsiva: su rostro estaba pálido como el de un cadáver y sus ojos vidriosos y extraviados.

—¡La convulsion! ¡la convulsion otra vez! exclamó con terror Doña Amparo: Dolores, Simona, acudid!

Las dos llegaron presurosas y ya era tiempo: D. Pedro se habia desplomado en el suelo, entre horribles sacudimientos, sin que todos los esfuerzos del Sr. Cura y de Doña Amparo bastasen á sujetarle.

Al ver á su hija, el semblante de D. Pedro expresó de nuevo la aguda y feroz pena que se pintaba en él siempre que fijaba en aquella doliente fisonomía sus miradas.

Quiso hablar, y no pudo: sus dientes apretados no daban paso á ningun sonido; pero fué

tan terrible la expresion de su fisonomía, que Doña Amparo dijo á Dolores:

—¡Retírate, hija mia!

—¡Madre, madre! ¡y nada he de hacer para aliviarle! ¿y no he de poder ni aun verle? gimió la desventurada niña.

—Hija resígnate á la voluntad de Dios.

—Ya está aquí el señor médico: conozco su modo de subir la escalera, dijo Simona oyendo antes que nadie el ruido de unos pasos muy lejanos aún: corrió á abrir la puerta, y entró despues seguida de un hombre de dulce y reposada fisonomía y de mediana edad.

Era un nuevo doctor, llamado para asistir á D. Pedro, que no habia querido volver á ver al que le habia revelado la falta de su hija.

El doctor, sin dejar de la mano su sombrero, se acercó rápidamente al enfermo, y dijo con acento breve:

—Es preciso acostarle... al instante; llevémosle á la alcoba.

Ayudado del Sr. Cura, trasportó él mismo al enfermo, y entre los dos y Doña Amparo le desnudaron, acostándole en su lecho.

—Voy á ver á ese hombre, dijo el Vicario en voz baja á Doña Amparo.

—Y yo tambien, añadió una voz triste y profunda á espaldas del Sacerdote.

Era la de Dolores: estaba allí vestida de negro, y cubierta con una mantilla muy usada,

pues Doña Amparo habia ya vendido, entre algunas otras prendas de valor, la que tenia de blondas, para atender á los gastos de la enfermedad de su esposo, despues de consumir todos los ahorros que constituian el dote de Dolores.

La desgraciada familia habia llegado rápidamente á la miseria.

—¡Qué dices, hija! exclamó Doña Amparo.

—Madre, respondió Dolores con una resolucion sombría: sola iba á pedir á ese hombre con mi honra que me arrebató, la vida de mi padre, y el padre que mi hijo necesita: ¡si va el Sr. Cura, tanto mejor! ¡iré en su compañía!

—Dice bien Dolores, observó el Vicario; irá conmigo, y nada tiene que temer: su vista hará más fuerza que la mia en ese hombre, que no dudo cederá.

—¡Ay! ¿y qué haremos con queceda? exclamó llorando la pobre madre: ¿qué felicidad puede prometerse esta infeliz criatura unida á él?

—No espero ni deseo otra, repuso la jóven, que la de devolver á Vds. la paz y la tranquilidad: si él es un mal esposo, me diré que esa es mi cruz y mi expiacion. Vamos, Sr. Cura: madre, rece Vd. por mí á la Virgen de los Dolores, en tanto que estoy léjos de Vd.

El Sacerdote y la jóven salieron juntos: atravesaron algunas calles, y llegaron á la del Carmen, deteniéndose en una hermosa casa situa-

da enfrente del templo que lleva esa santa advocacion.

Dolores caminaba con trabajo: una angustia indescriptible le impedia respirar: su extrema palidez, su triste mirada, su traje negro, la hacian asemejarse al génio de la desesperacion.

El bondadoso Sacerdote conoció lo que pasaba en aquella alma, tierna y enérgica al mismo tiempo, que se destrozaba de dolor.

—Hija mia, le dijo afectuosamente: ¿por qué te abates? Ahora tén buen ánimo, que tal vez tus penas tocan á su fin.

—¡Ay padre mio! respondió Dolores: ¡yo no sé qué amargo presentimiento se ha apoderado de mí, que tiemblo más que nunca!

—Aquí debe de vivir el Conde, dijo el Vicario entrando en la suntuosa casa, que ya ha desaparecido, para dejar lugar á la construccion de dos ó tres modernas jaulas.

Dolores no le oyó: se hallaba en la puerta de pié, y mirando absorta á algunas personas lujosamente ataviadas que salian de la iglesia que se elevaba delante de sus ojos como un puerto de consuelo y de esperanza.

—Es una boda, dijo un hombre que se hallaba en el umbral de una tienda inmediata, dirigiéndose á la jóven.

—¿Una boda? repitio maquinalmente Dolores.

—Sí, señorita: una boda de la grandeza: la del Sr. Conde que vive en ese cuarto principal,

con una señorita de la aristocracia: creo que la novia se llama Doña Rita Ponce de Leon.

Puede asegurarse que Dolores no oyó lo que le decían, porque su vista se hallaba fija en las dos personas que salían de la iglesia á la sazón, que eran las más bellas y elegantes, y á las que la gente, que pasaba casualmente y se habia detenido á ver el festejo, saludaba con esta exclamacion:

—¡Los novios, los novios!

Un agudo grito salió de los lábios de Dolores, arrancado de su corazón.

Habia reconocido á Gonzalo, que, dando el brazo á una preciosa jóven, salía del templo con el rostro lleno de alegría.

El Vicario oyó aquel grito: siguió la direccion de los estraviados ojos de Dolores, y comprendiendo algo de lo que pasaba, acudió á sostenerla, creyendo que iba á desmayarse.

Pero Dolores no llegó á perder el sentido: el exceso de su indignacion venció al de su dolor, y en aquel instante mismo dejó de ser la niña tímida y llorosa, para convertirse en la mujer fiera, arrogante y vengativa, que ya habia de ser todo el resto de su vida.

Un subido y repentino carmin cubrió sus facciones: su ojos lanzaron rayos de furor: sus dienteitos se chocaron con un ruido que daba miedo: por su frente corrian menudas gotas de sudor helado: todo su cuerpo temblaba con la



destrozadora convulsion de la ira: sus finos lábios, tan dulces antes, tan carmíneos, estaban casi azules: la bella, suave, dulce, tierna y alegre Dolores, habia desaparecido, y quedaba la Dolores terrible, dura, osada y cruel: la virgen adorada é inocente, habia dejado el sitio á la mujer burlada y escarnecida.

En tanto que Dolores habia ido pasando por esta transformacion, los novios se habian ido acercando y habian llegado á la puerta de su casa, en cuyo umbral se hallaban la jóven y el Sr. Cura.

Al entrar el Conde dando el brazo á su esposa, Dolores se puso delante de él, pálida, terrible, rígida: levantó su mano, y descargó en el rostro de Gonzalo una bofetada, que resonó estridente á larga distancia.

El Conde, aturdido, se volvió y se halló cara á cara con aquella fatídica y enlutada figura, que le miraba con una cólera helada.

—Te he marcado en el rostro por infame, por cobarde, por embustero, dijo la jóven: nada querria de tí, aunque pudieras devolverme mi honor, porque aun me queda más, que el que me darias con tu nombre.

Dichas estas palabras, volvió la espalda, y echó á andar á lo largo de la calle con paso lento y fatigoso.

Un escándalo provoca siempre la hilaridad, y la plebe grosera no se detiene á pensar cuán-

to dolor suele haber en el fondo de él: todas las personas allí reunidas tomaron el partido del poderoso, y empezaron á reir y á silbar á Dolores, que volvió hácia ellas su rostro trastornado por el dolor y la cólera.

Algunos, que habian reparado en su estado, le dirigieron dicharachos groseros é insultantes: los chiquillos, ávidos siempre de la novedad y de los alborotos, corrieron tras ella, y hubo alguno que le arrojó piedras.

El Ministro de Dios fué el que defendió y amparó á aquella desventurada criatura; alcanzóla en su carrera, abriéndose paso entre el gentío, y se puso á su lado.

—Dejadnos, hijos, dijo á la infame turba, volviéndose con la incomparable majestad de la religion caritativa: ¡respetad una gran desgracia... y un gran dolor!

Los perseguidores de la jóven se dispersaron silenciosamente.

—Hija mia, dijo el anciano Sacerdote: Dios nos manda perdonar y condena la cólera: pídele perdon de la tuya y espera en él.

—¡De la casa de Dios ha salido la desgracia de toda mi vida! respondió Dolores con voz sorda y amarga risa: ¿no se ha verificado en ella su casamiento, ese casamiento que hace imposible la reparacion de mi honor? ¡Dios me abandona como todos!

—¡Dios no abandona jamás á los que sufren!

dijo el Sacerdote: y tu hallarás su mano providente para ampararte, ¡pobre hija mia!

El silencio reinó hasta que llegaron á la humilde casita ocupada por la jóven y sus padres, antes tan alegre, y ahora desolada porque la muerte habia entrado en ella.

Dolores y su venerable compañero subieron la escalera, y encontraron abierta y entornada la puerta de la habitacion.

Al entrar en la salita, de la que poco antes habian salido, hirió sus ojos un tristísimo espectáculo.

Don Pedro Herrera, tendido en su lecho, lívido, desencajado por una agonía terrible, apenas respiraba.

El doctor, de pié al lado del lecho, le contemplaba con silenciosa angustia.

Un Sacerdote, aun revestido con las insignias de la iglesia, acababa de administrarle la Extremauncion. Doña Amparo sollozaba de rodillas junto al lecho. Simona lloraba en un rincon.

Hallábanse allí tambien los padres de Modesta, Doña Tecla, D. Atilano y hasta el tio Vicente y su hija, que habian subido á acompañar á Doña Amparo y á Dolores en tan amargo trance.

La jóven se acercó al lecho con paso rápido, miró á su padre con desencajados ojos, y lanzó un grito.

Al eco de aquella voz, el anciano abrió los suyos, y clavó en su hija una mirada empañada por las sombras de la muerte.

Dos veces movió los labios, sin que de ellos saliera ningún sonido: por fin, un esfuerzo sobre humano dió paso á su voz, y preguntó á su hija con acento congojoso:

—¿Le has... visto?...

—Sí, padre mio, respondió la jóven.

—¿Y... qué?

Dolores calló.

—Habla... dijo el moribundo.

—Se ha casado!...

Don Pedro alzó al cielo sus ojos: lanzó un débil suspiro, y puso su ya helada mano en la cabeza de Dolores.

—¡Dios te perdona como yo! dijo con voz que apenas se oía.

Volvieron á cerrarse sus ojos, sin que separase su diestra de la cabeza de su hija, que permanecía de rodillas, pálida, convulsa, pero sin derramar una lágrima.

La desdichada esposa, arrodillada al otro lado del lecho, se habia apoderado de la otra mano que bañaba con su llanto.

—En el cielo te espero... Amparo, dijo Don Pedro de repente: ¡adios... hija... he sido algo duro... contigo... porque te queria... mucho... mucho... no me llores... que era aquí... muy desgraciado!...

---

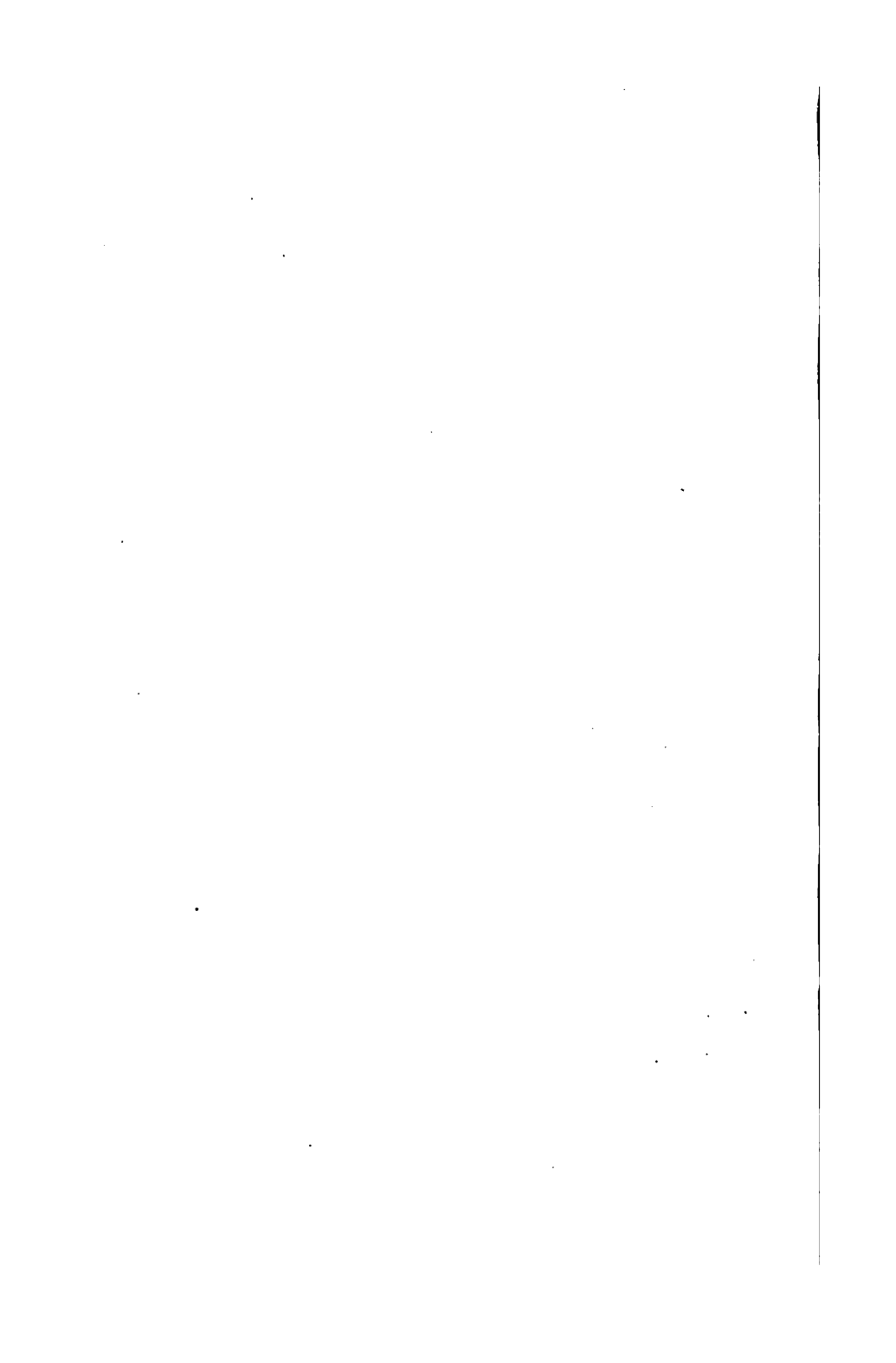
Después movió la cabeza con las ansias de la muerte, y tras una corta pausa, añadió con voz firme:

—¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu!..

Con la última palabra, exhaló su postrer suspiro.

—Recemos, hermanos, dijeron los Sacerdotes.  
Dolores cayó desplomada al suelo.





## PARTE SEGUNDA.



### TEMPESTADES.

#### CAPITULO I.

##### La hija del pecado.

En una lluviosa noche de invierno, y en una pequeña habitacion, llamada por decoro *sotabanco*, pero que más merecia el nombre de *bohardilla*, se hallaban dos mujeres de aspecto muy diferente, pero igualmente triste.

Muchas conjeturas podian hacerse acerca de la edad de una de ellas: á primera vista parecia una anciana: pero, mirándola con cuidado, se conocia que no habia aun pasado de los límites de la edad madura, y que aquella anticipada vejez era el fruto de grandes y acerbos dolores, que, aunque soportados con resignacion cristiana, habian dejado en su persona una desoladora huella.

Era una mujer de estatura mediana, lo que se descubria, á pesar de estar sentada en una

silla pequeña, por la delicadeza de sus proporciones, que debían haber sido admirablemente distinguidas cuando conservaban un sello elegante en medio de la miseria que allí reinaba y que, sin duda, castigaba como un azote su existencia.

Su tez, que se conocía haber sido de un moreno suave y aterciopelado, presentaba un tinte densamente amarillo, y de ese que no engaña ni al ojo más inesperto: el sepulcro reclamaba ya á aquella víctima tierna y resignada, á juzgar por la sublime expresión de sus grandes y hermosos ojos negros, que se habían bajo unas cejas delicadamente trazadas.

Guarnecían su frente arqueada, noble y llena de una santa pureza, dos bandas de cabellos casi del todo blancos, que ocultaba después una gorra de nevada muselina, atada bajo su barba, fina y graciosa, con dos cintas de la misma tela: un vestido negro de lana, ya claro en fuerza del uso, y un pañolón en peor estado, completaban su atavío.

Su bella boca estaba marchita por un dolor inmenso, pero mudo: sentada en una silla de anea, de piés cortos, cosía con afán una tela muy basta y muy morena, que contrastaba con el delicado y perfecto corte de sus manos, y que debía ser equipo para las tropas de la guarnición, labor cruelmente penosa, y miserablemente pagada.



Cerca de ella, sentada en una silla igual, habia una jóven, pálida tambien, pero muy blanca, y delgada casi hasta la transparencia.

Conociase que esta era hija de aquella: pero los rasgos de la belleza de la madre, ya débiles y casi borrados, resplandecian en la hija con un encanto indecible, á pesar de ser tambien muy triste su aspecto.

La jóven aparentaba á lo sumo diez y siete años: su rostro presentaba un óvalo prolongado naturalmente, y alargado por las penalidades de la miseria y el dolor: parecia, además, que acababa de salir de una grave dolencia: en fin, en su persona y en su semblante faltaba aquella flor de la primera juventud, aquella frescura que habia derecho á esperar en una niña de su edad.

Sus mejillas se conocia que habian sido redondas y sonrosadas, pero á la sazon se hallaban adelgazadas y hundidas: sus grandes ojos negros, rasgados y llenos de belleza y de expresion, eran tristes como la noche: una mata de cabellos castaños se enroscaba detrás de su cabeza con una gracia descuidada y natural.

En su boca, prolongada por la extrema delgadez que se advertia en ella, habia un pliegue que le daba una expresion profundamente melancólica: se conocia que aquella niña habia llegado á ser mujer, y mujer desdichada, antes

de haber probado las dulzuras de la adolescencia: aún se adivinaba la graciosa redondez de formas, que ya, y acaso para siempre, había perdido: aún se la adivinaba jugando con un pajarillo, y se la adivinaba también ruborizándose bajo la primera mirada de amor.

Pero todo esto desaparecía bien pronto: el alma fluctuaba en una desconsoladora indecisión al ver la amarga sonrisa que de vez en cuando enseñaba sus blancos dienteitos, y la cándida tersura de aquella frente joven: se la quería creer pura, inocente é infantil, y solo se la creía desgraciada, horriblemente desgraciada, y agobiada tal vez por el remordimiento y la desesperación.

Vestia de luto: pero un luto dos veces triste por lo desteñido y deteriorado.

Un vestido de indiana negro, descolorido por el uso, dibujaba los contornos de su talle, llenos de esa gracia púdica de la juventud: á causa del frío de la noche, llevaba anudado á la garganta un pequeño pañuelo de seda negro, que hacía resaltar la diáfana y encantadora blancura de su tez.

Sus párpados, guarnecidos de dobles, largas y rizadas pestañas negras, parecían agobiados por un gran peso, pues apenas los levantaba de sus manos cruzadas, que descansaban sobre sus rodillas.

Entre estas dos mujeres había una cuna

muy humilde, en la que descansaba una criatura que apenas contaría un mes.

Al ver á aquella niña, cualquiera se hubiera quedado suspenso: á ninguna de las dos mujeres se le podía atribuir su propiedad.

La una era demasiado anciana para ser su madre.

La otra era demasiado jóven y demasiado hermosa para tener aquella hija.

Porque la criatura era fea, desagradable y enfermiza por lo que se podía juzgar en tan tierna edad.

El aspecto de la cuna no podía ménos de alegrar la vista. El de la criatura entristecía.

Era aquella de mimbres, pero sus ropas estaban tan blancas, tan bien aplanchadas y rizadas, que encantaban los ojos, como sucede siempre que se ve la pobreza unida al aseo y al primor.

La criatura no tenía el color sonrosado, casi purpúreo, propio de su corta vida: estaba pálida, demacrada y parecía espirante: su frente, prominente á la par que estrecha, su nariz chata, sus ojos pequeños y hundidos, su boca muy grande, decían que para que aquella niña no fuese un mónstruo de fealdad, era necesario que la naturaleza hiciese uno de esos milagros con que algunas veces demuestra su poder, cambiando una gran fealdad infantil por una gran belleza adolescente.

La habitacion no podia ser más mísera, y el mobiliario guardaba con ella una triste armonía.

Era un aposento de bastante capacidad, pero completamente abohardillado: en la parte que el techo descendía hasta una de las dos estrechas ventanas que le daban luz, había colocados dos catres de tijera, encubiertos con buena y decente, aunque modesta, ropa blanca: las sábanas y almohadas eran de hilo: los cobertores, de indiana oscura con ramos sueltos azules, y estaban guarnecidos de un fleco.

Una cómoda antigua, una mesa con un tocador y dos baules limpios y cuidados, pero de remota fecha, componían el ajuar de la habitación.

En un ángulo, había un velador pequeño que sostenía un veloncillo de bronce, limpio y brillante como el oro, y cuyo único mechero estaba encendido: colocado al lado suyo, había un brasero muy pequeño de azófar con la tarima pulimentada, y, calentándose al calor de la poca lumbre que había en su fondo, se hallaba un gato grueso y rubio sentado sobre sus patas traseras.

Cerca del brasero se hallaban también sentadas las dos mujeres.

Llamábase la de más edad Doña Amparo. La jóven Dolores. La niña, Lágrimas, y era hija de la anterior.

¡Sí! aquella jóven tan bella y tan triste, aquella criatura, que parecia pasar apenas los límites de la infancia, era madre.

Dofia Amparo cosía con afan, como ya se ha dicho más arriba, á la misera luz del velon. Su hija, inmóvil, nada hacia.—La niña dormía.

A la espalda de las dos mujeres habia una puertecilla cubierta con una cortina de india-na, que llevaba al retrete que servía de cocina.

—Hija, dijo la señora que cosia, con voz cascada y débil: son las nueve y aun no has tomado el caldo: ya hace rato que lo puse á calentaa... voy á traerle...

—No, no, madre mia, yo iré dijo la jóven levantándose con trabajo: yo, que no hago nada iré á buscarlo.

Dolores se levantó: pero al dar el primer paso, sintió desvanecida su cabeza, y hubiera caido, á no apoyarse en la silla en que se hallaba sentada poco antes.

—¡Pobrecita! ¡qué débil estás! exclamó la madre: ya se ve! no comes... no te alimentas... no quieres hacer un esfuerzo sobre tí misma... y debias hacerlo... sí, Dolores! si no por tí, al menos por esa criatura!...

Una expresion de ódio y de dolor se pintó en el rostro de Dolores, quien, en vez de mirar á la cuna, volvió la cabeza al lado opuesto.

—Hija, siéntate otra vez, dijo su madre, y óyeme con atencion, porque quizá son los últi-

timos consejos que podré darte: yo estoy tan débil... tan achacosa... tan quebrantada, en fin, que tal vez... muy pronto te dejaré, pobre hija mia!...

—¡Oh, no, no, madre! gritó Dolores con tan vibrante acento, que la criatura despertó y echó á llorar: ¡dejarme Vd!... morirse!... antes me lleve Dios mil veces!... antes se lleve á esta criatura... y se la llevará!... pues qué! habia de dejarme el tormento, el martirio, la vergüenza, y arrebatarme el consuelo, el amparo, la santa compañía de mi madre, de mi adorada madre!... no! no lo hará, porque entonces dudaria de todo, en nada esperaria... y nada creeria ya!...

Al acabar de hablar Dolores, su blanco y pálido rostro se cubrió con un carmin arrebatado, como señal de la vehemencia de su razonamiento, y la desventurada ocultó entre las manos el semblante, bañado en lágrimas amargas.

—Cálmate por Dios, Dolores, exclamó la anciana: ese modo de sentir vehemente, que tienes, te asesina, hija: si Dios me llama, ¿qué haré sino ir? Solo le he pedido vida para ampararte en el trance fatal de tu maternidad, hija mia, y para ser yo sola la que supiera tu desgracia: tal vez tuve la impía esperanza de que la hija de tu falta no alcanzase vida, y entonces tu honra quedaba ménos manchada, á lo ménos á

los ojos del mundo: pero la hija del pecado vive... ha sido justo criarla y acogerla, como hija tuya, y dos veces hija mia que es: ahora bien, Dolores, de esta niña quiero hablarte por la primera vez... es mi deber decirte que eres inhumana con ella, y que la aversion que le profesas es un delito á los ojos de Dios: no hagas, hija mia, que lleve conmigo, al morir, el amargo dolor de dejarla desamparada!

Reinó el silencio durante algunos instantes.

Dolores levantó la cabeza y secó sus lágrimas con una especie de fiereza.

—Madre, dijo, yo no sé por qué, pero no puedo ménos de detestar á esta criatura: lo siento, y, sin embargo, me es imposible dominar la profunda aversion que me inspira... su vista me recuerda mi falta... aquella falta que costó la vida de mi noble y querido padre... de aquel padre por el que yo hubiera dado la esperanza de ser madre... aquella falta, que tambien la lleva á Vd. al sepulcro!

Las lágrimas de la jóven volvieron á correr de nuevo.

—Y bien, hija mia, repuso Doña Amparo: esta pobre niña no ha pedido venir al mundo:

—Yo tampoco la he llamado á él ni la esperaba! no fui ni aun seducida, madre mia: todo se lo he confesado á Vd. como si me hallara á la hora de mi muerte... su infame padre me engañó del modo más inaudito... ¡oh, mi perdida

inocencia! ya no volverás á coronar jamás mi frente con tus aromadas flores... jamás, jamás!

Los sollozos ahogaron por tercera vez la voz de Dolores; conociase que su corazon se destrozaba: su madre, con la niña en los brazos, pues la habia sacado de la cuna, se acercó á ella y la tomó dulcemente de la mano.

—Valor, hija mia, le dijo: tu falta no es irreparable... oye... tal vez hallarás un hombre de honor que te dé su mano, si tú obras como cristiana y mujer honrada: Dolores, una falta no es un delito... cria á tu hija... acéptala como á tu expiacion, y como á una expiacion bendícela y da por ella gracias á Dios: el nacimiento de esta criatura ha sido la causa de todas nuestras penas, de todas nuestras desgracias, y ya ves que yo la quiero con ternura.

—Es que Vd., madre mia, es una santa.

—No, hija mia: soy una pecadora, dijo la viuda de Herrera con tristeza: mucho he faltado, y una gran parte de tu desgracia pesa sobre mi conciencia: he sido siempre demasiado severa para tí, y no te inspiré esa consoladora confianza que toda madre debe conquistar en su hija: pero tu padre era para tí condescendiente con exceso, y yo pensaba que debia poner un remedio á este mal.

La puerta, al abrirse, interrumpió á la pobre madre, que volvió á sentarse sin dejar á la niña de los brazos.



## CAPITULO II.

### Martirio silencioso.

Otras dos mujeres entraron en aquella mísera habitacion.

Era la una Elena, la antigua vecina de la familia de Herrera, la esposa del pintor y madre de Modesta, y la otra Vicenta, la hija del zapatero del portal de la calle del Noviciado.

La primera traia en la mano un paquetito liado en papel de seda. La otra una pequeña cesta con tapas, colgada de su brazo derecho.

Elena habia variado poco: su talle principiaba á ser ligeramente obeso: su fisonomía conservaba la expresion tranquila que comunica una existencia plácida y feliz.

En cuanto á Vicenta, era la misma mujer delgada, algo severa, en medio de la plácida dulzura de su semblante, y naturalmente distinguida.

Se habia casado, por fin, con el ayuda de cámara del Conde de Elven, cuando este se casó con Rita Ponce, la prima de Luciano.

Con los ahorros de Casimiro, habian puesto

una excelente tienda de comestibles, que cuidaban los dos esposos, haciéndola producir: el tío Vicente no había querido dejar su oficio de remendon, aunque vivía con sus hijos cuidado como un príncipe: retirado en su cuartito, cumplía con sus parroquianos, y cada tarde salía á llevar su obra.

—Padre, ¿por qué se empeña Vd. en trabajar? le preguntaba Vicenta: ¿acaso le falta algo?

—Me faltaría la ocupacion, respondía el tío Vicente: es decir, me faltaría lo que más me gusta.

—Váyase Vd. á paseo.

—Prefiero trabajar: toda mi vida lo he hecho, y es como estoy mejor.

—Querida Dolores, dijo la madre de Modesta despues de los primeros saludos: aquí te traigo dos pañuelos para que los bordes cuando puedas: no digo ahora que aun no estás restablecida: no corren prisa y esperarán á que los puedas hacer: el importe lo han traído adelantado: tómalo.

Y Elena presentó algunas monedas á la jóven, que iba á tomarlas.

Vicenta, que había entrado con su cesta en la reducida cocina, volvió á salir trayendo puesta en un plato la taza de caldo que estaba á calentar.

—Aquí está esto que presumo será para la Borita, dijo presentándosela á Dolores: pero,

¡Dios mio! exclamó: qué pálida está usted, ¿qué siente?

—Está muy débil, respondió Doña Amparo: no se repone nada, y por lo mismo, querida amiga, prosiguió volviéndose á la esposa del pintor, no podrá bordar esos pañuelos acaso en largo tiempo: bueno es que Vd. los vuelva á recoger.

Dolores, que estaba tomando las monedas, las dejó caer en la mano de Elena, y alzó al cielo una mirada de desesperacion.

Pero advirtiendo que su madre la miraba, moderó la expresion de su fisonomía, tomó el caldo que le presentaba, Vicenta y lo sorbió con esfuerzo.

—Conozco, señora, dijo despues, el interés que usted se toma por aliviar nuestra misera posicion: pero, ya lo ve Vd., mi madre se opone á ello.

—No, no soy yo, observó Doña Amparo: es que estás aun muy delicada para empeñarte en esas tareas.

—Yo me voy, dijo Vicenta: ya sé que están ustedes, si no buenas, para ir pasando, y tengo que volverme, porque me esperan para cenar mi padre y Casimiro.

—Y porque ya nos ha dejado Vd. en la cocina las provisiones para mañana, repuso Dolores con una sonrisa muy triste: ¿por qué nos obliga á aceptar lo que no podemos pagarle?

—¡Bah! dijo Vicenta, que se puso muy colorada: ¿qué vale eso? un poco de arroz para que prueben el nuevo que ha llegado... nada... vergüenza es nombrarlo... hasta mañana, señora: hasta mañana señorita: que la noche sea buena.

La madre y la hija quedaron solas con la esposa del pintor.

Doña Amparo colocó de nuevo en la cuna á la raquílica criatura, á la que tan bien cuadraba el triste nombre de Lágrimas. La niña dormía profundamente.

—Vamos á hablar claro, amigas mias, dijo Elena, tomando, con el ademan afectuoso que le era natural, las manos de Doña Amparo y de su hija: yo he probado por todos los medios que han estado á mi pobre alcance, á hacer aceptar á Vds. algun socorro, y de ningun modo lo puedo conseguir: al mismo tiempo me parte el corazon el ver que desde la muerte de la pobre Simplicia que esté en gloria, nadie cuida de Vds.: tú, Dolores, has pasado los últimos meses de tu embarazo de un modo que no sé como saliste con bien de tu trabajo.

—¡Ojalá que hubiera muerto en él! murmuró la jóven sombríamente.

—Eso, hija mia, no es hablar como cristiana, repuso Elena.

—Jesucristo ha dicho: *el que quiera entrar en el reino de mi padre, tome su cruz y sígame*, observó suave y tristemente la viuda de Herre-

ra: tu cruz es pesada, hija mia: pero Dios te la ha dado: adoremos su santa voluntad.

—Pues bien, amiga mia, prosiguió la madre de Modesta, dirigiéndose á Doña Amparo: yo he venido hoy aquí con la intencion decidida de hablar á Vd. con franqueza: háganos Vd. el favor á mi esposo y á mí de aceptar una corta cantidad mensual, que les ayude á ir pasando hasta que hayan desaparecido todas sus deudas... deudas que nada tienen de vergonzosas, pues han sido ocasionadas por la larga enfermedad del Sr. Herrera, por la de Vd., y por el alumbramiento de Dolores.

—Gracias, querida Elena, respondió Doña Amparo: estimo en todo su valor la caritativa intencion de Vd. y de su marido; pero Vds. necesitan lo que poseen: sus haberes son modestos, y tienen tres hijos.

—Nos reduciremos un poco más.

—Le repito á Vd. mi gratitud.

—Pero, señora, las dos están Vds. en muy mal estado de salud, dijo tristemente Elena, usted, sobre todo... me temo una desgracia...

—Dios me llamará á sí sin que tenga una larga dolencia que aumente los sufrimientos de mi pobre hija... así lo espero de su bondad.

—Señora, dijo Elena entre triste y ofendida: yo creí que Vd., tan buena cristiana, no rehusaría como una limosna lo que es el don de la verdadera amistad.

—Se equivoca Vd., respondió la viuda con dolorosa dignidad: lo que Vd. quiere darnos es una limosna.

—¡Señora! exclamó Elena ofendida del todo.

—Lo repito, es una limosna, porque Vd. nos desprecia.

—¡Yo!

—Sí, Vd. y su esposo, y si no ¿por qué no quiere Vd. traer nunca consigo á su hija?

—Es una jóven soltera...

—Y podria, mancharse con el contacto de la mia, que soltera tambien, lleva en la frente una mancha vergonzosa: yo comprendo eso muy bien, querida Elena, y no me quejo: en el lugar de Vd. haria lo mismo: pero permítame Vd. que rehuse sus socorros, que, por más generosos que sean, no van envueltos en la estimacion: los considero como una limosna, y no me es dado admitirlos.

—¡Dios mio, Dios mio! y no poder hacer nada por ellas! exclamó la esposa del artista, alzando al cielo sus ojos bañados en lágrimas.

—Espero que Dios no nos abandonará, repuso la viuda.

—Dios nos ha olvidado ya, añadió sordamente Dolores: ¡oh, si muriendo yo ahora mismo supiera que ese hombre iba á ser infeliz, con qué placer exhalaria el último suspiro! ¡pero no! esta es la justicia de la tierra! él es dichoso despues de causar la muerte de mis padres! y

yo, perdida por el miserable, seré siempre la más infeliz de todas las criaturas!

Un agudo grito de la viuda de Herrera se confundió con las palabras de su hija: la desgraciada señora, atacada tiempo hacia de un aneurisma agudo que habia llegado á su último período, no habia podido resistir al exceso de su dolor al oír á su hija descubrir la herida mortal que llevaba en el alma.

Tiempo hacia que aquella débil existencia se sostenia solo por el esfuerzo enérgico de su voluntad: habia rogado á Dios que le concediese fuerzas únicamente hasta el nacimiento del fruto de la deshonra de su hija, porque esta, cuyo carácter violento, comprimido en su infancia por la severidad de su madre, habia estallado de repente, dió á conocer, durante su embarazo, el ódio profundo con que esperaba á aquella criatura.

Doña Amparo pidió, pues, al cielo con toda la vehemencia de su natural y tierna devocion la vida necesaria hasta que Dolores fuese madre: idólatra de sus hijos, sabia hasta qué extremo puede influir en una mujer la vista del fruto de sus entrañas, y se dijo que la ternura penetraria en el corazon de Dolores, endurecido por el dolor, así que depositase el primer beso en la frente de su recién nacido.

—Entonces, se dijo, podré morir tranquila, porque mi pobre hija, no solo aceptará sino que

amará su cruz, y esa infeliz criatura ya no correrá ningun peligro.

¡Pero ay! la desgracia guardaba sus más crueles é ingeniosos refinamientos para la viuda de Herrera.

En vez de ser su nieto una criatura hermosa, un varon del que Dolores hubiera debido esperar un dia apoyo y consuelo, dió ésta á luz una criatura fea, enfermiza, antipática, y que prometia arrastrar una vida agonizante y angustiosa.

Al verla Dolores, no sintió hácia ella más que un profundo disgusto mezclado con el horror que inspira el aspecto de un instrumento de tortura.

La viuda de Herrera puso á aquella niña desgraciada al amparo de la Virgen de las Lágrimas: ella misma la tuvo en la pila bautismal, dejando á Simplicia al cuidado de Dolores.

Pero como si el nacimiento de aquella niña fuese la señal de mayores contrariedades, dos dias despues de haber venido ella al mundo, la pobre y leal Simplicia fué atacada de una pulmonía fulminante, que le arrebató la vida en pocas horas, quedando las dos infelices mujeres privadas de la compañía y de los servicios de aquella fiel y cariñosa mujer.

El carácter de Doña Amparo habia sufrido una prodigiosa trasformacion; trasformacion que se obra siempre en las almas de su temple



cuando las desgracias las acosan, y que ella misma habia anunciado en tiempos mejores á su esposo.

Cuando el Sr. Herrera se doblegaba á todos los gustos, á todas las pequeñas tiranías de Dolores, su esposa le decia:

—No eres tú quien, á pesar de tu debilidad para con ella, la quieres mejor: si la desgracia la aflige algun dia, si fuese criminal, en tí hallaría su juez; en mí su consuelo.

Y así se verificó: D. Pedro, como todos los caracteres débiles, fué duro en su enojo, y succumbió al peso de su dolor. Doña Amparo fué el solo, verdadero y santo *amparo* de su hija, como lo habia sido de muchos é ignorados dolores en el tiempo en que era dichosa.

Para consolar á aquella hija, á la que, á pesar de su aparente severidad, habia idolatrado siempre, su carácter se transformó del modo más completo y más heróico: toda su dureza pasada se volvió suavidad: todo su descontento habitual se trocó en indulgencia: toda su severidad en consuelos.

Hizo de sí misma el sacrificio más completo para dedicarse á aliviar aquel gran infortunio: pero en su alma se anidaba un dolor tan inmenso, que toda la dulzura de su cristiana piedad no alcanzaba á suavizar: el tierno y cariñoso compañero de su vida, aquel con quien hubiera deseado vivir y morir, habia ya dejado el mun-

do: su alma volaba hácia él: su cuerpo dolorido se inclinaba hácia el sepulcro en busca de la paz y del sosiego: y aunque deseaba permanecer al lado de su hija, veía con secreto consuelo que pronto se iban á desatar los lazos de su vida.

Sin embargo, aquellas violentas alternativas morales de dolor y de esperanza, aquel apego á la vida por su hija, y aquellas aspiraciones á la muerte y al cielo donde ya descansaba su esposo; el terrible martirio que le imponía la certidumbre de dejar sola y abandonada á Dolores, la pena acerba que le ocasionaba el ver el desvío y la mortal aversion que la desgraciada jóven sentía hácia su hija, esta perpétua batalla minó de tal suerte la delicada constitucion de la noble señora, que desarrolló en ella un aneurisma agudo y que no hubiera dejado á la ciencia esperanza alguna, si la ciencia hubiera intervenido en aquella dolencia que ella ocultó hasta á los ojos de su hija, con el más delicado y exquisito esmero.

Pero la Providencia habia ya marcado el término de su carrera. Dolores, que solo veía á su madre algo achacosa en un principio, advirtió con espanto, desde algunos dias antes, que decaía con una rapidez horrible; al oirla quejarse con tanta amargura de su suerte y deplorar la desigualdad espantosa de su destino con el de su seductor, la desventurada madre cayó

exánime y la terrible impresion que le produjeron las quejas de su hija, fué la última que debia sentir.

La esposa del pintor ayudó á la débil y quebrantada Dolores á colocar en el lecho á la anciana: despues la misma Elena salió para buscar á su médico, sin que la enferma hubiese abierto los ojos ni recobrado los sentidos.

Dolores, pálida é inmóvil, se hallaba al lado del lecho contemplando á su madre con una mirada sombría.

Poco tardó en llegar el facultativo, acompañado de la señora de Benavides, y examinó á la enferma en tanto que Dolores fijaba en él sus ojos con una ánsia indescriptible.

—¿Hay esperanzas, Sr. Doctor? preguntó Elena.

—Ninguna, señora, respondió el facultativo: — es caso desesperado: hace largo tiempo que esta pobre mártir vive muriendo: el mal ha hecho rápidos é incurables progresos, porque se halla apoyado en la parte moral: la muerte tardará poco en llegar, y será casi instantánea.

—Voy, pues, á que manden llamar á un Sacerdote, repuso Elena, que no podia reprimir las lágrimas.

Sentóse Dolores cerca del lecho, y se preparó á ver morir á su madre con una calma terrible.

Cuando llegó el Sacerdote con los Santos Sacramentos, no hizo movimiento alguno.

Doña Amparo se confesó con sumo trabajo: pero lo habia hecho en la parroquia dos dias antes, y su alma, por otra parte, conservaba toda la pureza y piedad de una santa: recibió la Extremauncion y cayó sobre las almohadas sin color y sin voz.

Pocos instantes despues, entreabrió los ojos y llevó la mano al corazon como si sintiese una angustia desgarradora: un estertor doloroso levantó su pecho: en su ansiedad se incorporó, extendió los brazos á su hija, luego á la cuna de su nieta, quiso hablar y solo lanzó dos gemidos inarticulados.

Despues se desplomó en el lecho dando un profundo suspiro.

Era el último.

Elena rompió en sollozos. Dolores no derramó una lágrima: pero al enviar la aurora su primera luz, aun permanecia con los ojos secos, fijos con una desoladora expresion, en el cadáver de su madre, mártir silenciosa é ignorada, pero heróica.

### CAPITULO III.

#### La protectora.

Elena salió temprano dejando allí á una vecina caritativa, pues por nada del mundo hubiera dejado sola á Dolores al lado del cadáver.

La expresion de los ojos de la jóven le aterraba. La idea del suicidio estaba escrita en su mirada.

El pintor y sus hijos sintieron profundamente la muerte de la señora de Herrea: de aquella mujer modesta, modelo de todas las virtudes cristianas, y que tan desgraciada habia sido.

Modesta fué la que más se afligió: la habia acariciado mil veces de niña, cuando era amiga de Dolores.

La llegada de Luciano moderó algun tanto su dolor.

—¡Dios mio! exclamó el jóven: ¿qué va á ser ahora de esa pobre criatura?

—Voy á traerla aquí con nosotras, dijo Elena: toda consideracion se olvida ante una desgracia semeiante: sí, Antonio: añadió mirando

á su marido con aire suplicante: aunque no se ha casado aun Modesta, hay que olvidar el qué dirán y traernos á esa desgraciada y á su hija.

—No me opongo, dijo el pintor: ve á buscarla cuando quieras.

—No hagan Vds. nada hasta que yo vuelva, que será pronto, dijo Luciano levantándose: voy á casa de mi prima la Marquesa de Villafiorida: es muy buena, muy rica y acude siempre á esa clase de desgracias.

—¡Ah! ¡esa proteccion seria más provechosa que la nuestra para la pobre Dolores! exclamó la señora de Benavides: si, Sr. Ponce, vaya usted: la Marquesa es casada y no tiene jóvenes en su casa: en último extremo, aquí está la nuestra abierta para esa desdichada niña.

Luciano salió: media hora despues volvió, y dijo á la familia del pintor:

—Esta noche irá Berta á buscar á Dolores con su coche: ahora vamos nosotros, señora, á consolarla y á cuidar de los tristes pormenores del entierro.

—Vamos, dijo Elena.

—Mamá, observó Modesta llorando de nuevo: yo quisiera ir tambien á ver á Dolores.

—Imposible, respondió su padre con autoridad: la verás otro dia.

Luciano y la madre de su prometida llegaron á casa de Dolores; esta y la cuna de su hija fueron trasladadas á la habitacion de la pobre

vecina: pero apenas se vió allí, la jóven, que se habia dejado conducir como una sonámbula, se escapó de las manos que la sujetaban y volvió corriendo y desolada al lado del cadáver.

—Hija mia, le dijo Elena dulcemente: vente conmigo: ¿qué consigues con estar aquí? ven y descansa, que yo cuidaré de todo aquello en que tu no puedes pensar.

—No! respondió Dolores: aquí estaré hasta que se lleven lo que me resta de mi madre! demasiado pronto me quedaré sin ella.

Volvió á sentarse, dicho esto, junto al lecho donde reposaba el cadáver, sin echar de ver que faltaba la cuna de su hija . . . . .

Las ocho de la noche serian, cuando un coche se detuvo á la puerta de la pobre casa: una figura elegante y esbelta de mujer puso el pié en el estribo y saltó al suelo.

Vestia de negro y cubria su cabeza un velo negro tambien. Subió con paso rápido hasta la bohardilla de Dolores, y, empujando la puerta entreaabierta, penetró en la triste habitacion.

Elena no habia querido abandonar á la pobre huérfana, que permanecia, en su misma desolada postura, sentada al lado del lecho mortuario.

El cadáver se hallaba, desde por la mañana, depositado en la iglesia parroquial: pero Dolores no podia separarse del sitio que habia ocu-

pado, como si para ella tuviese un iman irresistible. La buena Elena le habia llevado á la niña dos veces en el trascurso de aquellas amargas horas, pues la pobre criatura lloraba de hambre: pero la desgraciada jóven, al darle el alimento de su seno, no habia podido hacerlo de otro modo que volviendo la cabeza, para no ver á aquella inocente criatura, á la que acusaba de la pérdida de sus padres.

La situacion de la madre de Modesta era tan violenta, que, al ver entrar á la dama, exclamó sin poder contener su alegría:

—¡Ah! gracias á Dios!

La recién llegada la saludó con la cabeza, y luego se aproximó á Dolores, á cuyo lado tomó asiento.

Entonces levantó su velo, y dejó ver un semblante noble y hermoso.

Apenas llegaría á los veintitres años: su tez blanca y pálida, con esa distincion que tanto difiere del color de la enfermedad, estaba alumbrada por dos hermosos ojos del color de la mar cuando está en calma, coronados de cejas negras y de pestañas largas y sedosas: su cabello oscuro no llegaba á ser negro: formaba su boca un arco caprichoso de coral rosado, y su nariz arrancaba delicada y noblemente de una frente ancha sin ser grande, y elevada sin desproporcion.

Su estatura, que pasaba algo de los límites



regulares, era esbelta, gallarda y de exquisitas proporciones: sus manos perfectas: su talle de una elegancia flexible y suelta á la par.

—Mi querida Dolores, dijo con una dulce voz y tomando la mano de su amiga: ¿no me conoces? mírame bien y verás como yo existo en el mundo de tus recuerdos.

Volvióse lentamente la jóven: fijó en la Marquesa sus ojos hundidos por el dolor: pasó las manos por la frente, como si quisiera separar las nieblas de los tristes pensamientos que la asediaban, y luego dijo con voz débil:

—Berta!

—Sí, Berta, repitió la Marquesa: Berta, que viene á ti en el dia del infortunio: cuando llegué á Madrid, hace algunos meses, mi nuevo matrimonio y tus desgracias me impidieron verte: pero ahora vengo á buscarte para llevarte conmigo.

—Contigo! repitió Dolores: ¡ah! si supieras!...

—Todo lo sé, y todo puedo desafiarlo: ¿por ventura, no estoy casada? Dolores, nada temas ya por mí, ni por tí tampoco: una falta es á veces una desgracia, pero nunca un crimen: vendrás á mi casa donde verás á mi hermana: ¿no es verdad? Acuérdate cuando de niñas jugábamos juntas: yo no lo he olvidado, ni tampoco á esta señora, añadió volviéndose graciosamente hácia Elena, con la que creo que voy á emparentar en breve.

Dolores permaneció silenciosa é inmóvil: la Marquesa prosiguió:

—Deseo, mi pobre amiga, proporcionarte, si me es posible, la posicion que la desgracia te ha arrebatado: aun hallaremos un hombre estimable que te ame y á quien tu puedas amar, que te dé su nombre: pero mira, para eso es preciso que demos á criar á esta niña lejos de tí: ¿consientes en ello?

Un rayo de alegría inmensa iluminó, como por encanto, la abatida fisonomía de la huérfana.

Al verlo, el corazon de Elena se oprimió dolorosamente: una mala madre era, para ella tan amante de sus hijos, una cosa monstruosa, casi incomprendible; al verla de cerca, se sentia poseida de horror.

—¿Cómo! exclamó Dolores: ¿esta niña se criará lejos de mí?

—Sí, respondió la Marquesa, que equivocó el sentido de estas palabras: es preciso.

—Pero, Dios mio! ¿habrá de separarse de su hija? exclamó Elena.

—Repito, mi querida señora, que á mi parecer es forzoso; el mundo, la sociedad en que Dolores va á vivir, perdonan una falta; tal vez la olvidan: pero no soportan el alarde de ella.

—Sin embargo, señora, repuso la madre de Modesta: la buena, la cristiana, la ejemplar madre de Dolores jamás hubiera permitido que se

separase de su hija: decia, que pues que se habia cometido la falta, era preciso valor para sobrellevar sus consecuencias.

—¿Hablo yo, por ventura, de abandonar á esta criatura? preguntó con altivez la Marquesa: no, señora: se cuidará con esmero de conservar y de fortalecer esa frágil existencia: una buena y robusta nodriza alcanzará mucho más que su madre.

—Vamos, dijo Dolores levantándose con una especie de fiereza; vamos, Berta: yo acepto tu proteccion tan franca, tan noble, tan completa: tu no tienes *hijas solteras* á las que mi amistad pudiera perjudicar: hay compasion que tiene el aspecto de limosna: hay caridad que tiene todos los rasgos de una noble proteccion.

—¡Dolores! exclamó la madre de Modesta: ¿qué dices? ¿hablas así por mí? ¡ah pobre niña! ¡te desconozco! ¡creo que se abre delante de tus ojos una senda fatal!

—Señora! repuso con altivez Berta: esta jóven va á mi casa, donde no verá más que ejemplos de virtud!

—¿Y qué importa? exclamó Elena con una vehemencia hija de la más profunda conviccion: la desgracia, la desesperacion, han secado su alma! no! no es la misma Dolores que yo he conocido, que yo he acariciado, que he mecido con mi hija, la que ahora me echa en cara duramente el que la separe de ella! su madre pensa-

ba de otro modo, y decia que ese era mi deber! la frente de una jóven se empañaba con el más leve soplo, y he querido guardar la blanca pureza que resalta todavía en la de mi hija! ¿hay en eso crimen? Ninguna de Vds. dos lo puede decir; la una no es madre, la otra reniega de su hija, y no merece este sagrado nombre.

Un largo silencio siguió á estas palabras: Elena se levantó por fin; cubrió su cabeza con la modesta mantilla, que se habia quitado, y se dispuso á salir.

—Tiene Vd. razon, respondió Dolores con amargura; debe Vd. guardar mucho á su hija para que no pierda su casamiento, arreglado por usted y por su padre con tan paciente lentitud: acaso viéndome á mí, acaso compadeciéndome, perdiera algo á los ojos de su novio, y la amistad es conveniente que deje lugar al egoismo.

—¡Ah, qué injusto cargo! exclamó Elena; ¿sabes que si esta señora está aquí es porque Luciano, el prometido de mi hija, ha ido á enterarle de tu soledad y de tu desgracia? Pero no te culpo, prosiguió la esposa del pintor; te compadezco, pobre niña: no sé qué voz secreta me dice que vas á ser muy infeliz... que pones el pié en una senda de espinas... Dios vele por tí, y no te castigue por separar de tu lado á tu hija. Adios y en cualquiera desgracia que te veas, acuérdate de mí y de mi familia, que tanto te ha querido y te compadece.

Elena salió.

—Vamos, dijo Berta, no bien hubo desaparecido: salgamos también nosotras, y olvida, Dolores, los tristes augurios de esa buena y sencilla mujer.

Dolores echó sobre su cabeza una vieja mantilla, y dió algunos pasos hacia la puerta, seguida de su protectora.

La buena vecina, que había ayudado á Elena en sus cuidados para Dolores y su hija, apareció en la puerta de su bohardilla y, al verla salir exclamó:

—¿Y la niña, señoras? la pobrecita está durmiendo en mi cama, pero yo no puedo hacerme cargo de ella: tengo tres hijos y...

—Tómela Vd. en brazos, y síganos, interrumpió Berta: no deseamos de modo alguno que usted se encargue de esa criatura, y, por el contrario, será Vd. muy bien recompensada de los cuidados que se ha tomado por ella.

—¡Qué mala madre! se dijo la vecina saliendo con la pequeña Lágrimas en los brazos y mirando á Dolores con enojo: ni siquiera ha pensado en su hija al dejar su casa, quizá para no volver más.

Las dos mujeres salieron de la miserable habitación que habían ocupado Dolores y su madre, y la joven cerró con llave la puerta del cuarto guardándola después en su bolsillo.

—¿Por qué no dejas todo lo que queda ahí

dentro á esta buena mujer? preguntó Berta: ya no volverás nunca á la pobreza mientras viva yo, querida mia.

—Déjame que conserve estos últimos recuerdos de mis padres, Berta, respondió Dolores: pagaré esta pobre habitacion y la conservaré para venir á ella alguna vez á llorar y á pensar en los que tanto me han querido.

La Marquesa no respondió, y las tres mujeres bajaron la escalera subiendo despues á la berlina de aquella, que esperaba, y las condujo á su casa al trote de su magnífico tronco.

Dolores, al partir el coche, sacó su pálida cabeza por una de las ventanillas, y envió un largo y doloroso adios á la paredes y al mísero portal de aquella casa, donde habia perdido á su santa y buena madre.

## CAPITULO IV.

### Oro y seda.

Berta, al llegar á su casa, ordenó á la camarera, que se presentó, que tomase á la niña conducida por la buena vecina, y que la entregase á su ama de llaves.

—Al instante, añadió, saldrá uno de los criados á buscar una nodriza, pero con la precisa condicion de que sea campesina y que habite en un pueblo cercano.

Inclinóse la jóven, y desapareció para cumplir aquellas órdenes.

La Marquesa se volvió á la vecina y le puso en la mano dos monedas de oro.

—Esto es para Vd., le dijo, y para recompensarle todos los cuidados que ha tenido con mi amiga.

Estas palabras fueron acompañadas con un ademán de despedida casi régio, y dejaron atontada á la pobre mujer, que hubiera querido hablar y no pudo hacer otra cosa que andar hácia la puerta.

La Marquesa y su protegida entraron en

un lindo saloncito, pues todo esto habia tenido lugar en la antecámara.

—Dolores, dijo Berta: estarás aquí como en tu casa: serás una señorita huérfana que vive á mi lado: harás la misma vida que yo, participarás de todas mis diversiones: en una palabra, ocuparás el lugar de la hermana que se ha casado poco hace... ya sabes con quién.

La Marquesa vaciló al pronunciar estas palabras.

—No te comprendo, Berta, repuso Dolores: no conozco á tu hermana, pues cuando yo te conocí habia quedado en Sevilla: tampoco sé quién es su marido.

—Conoces á los dos, dijo tristemente la Marquesa: á los dos los viste el dia que se casaron... y yo tambien te ví á tí... estabas, cuando salimos de la iglesia, en el portal de la casa que iban á habitar Gonzalo... y su mujer.

—¡Cómo! es él...

—El marido de mi hermana: pero no temas nada: ahora viven en París; y si algun dia vuelve aquí, espero que tu corazon estará de nuevo bastante ocupado para mirarle con indiferencia.

Dolores hizo un violento esfuerzo para serenar su semblante y su voz, y respondió:

—Cree que sabré respetar la tranquilidad de tu hermana.

—No espero nada malo de tí, dijo la Marquesa abrazándola: sé cómo has sido educada, y



sé que una desgracia no pervierte el alma, sino que muchas veces la eleva: pero conozco un poco á los hombres, y tú eres muy hermosa: dentro de algunos meses, cuando vuelvas á ser dichosa y á estar alegre, tu belleza será el encanto y el asombro de todos.

—Mi buena Berta, tú me lisonjeas para hacerme olvidar mis penas, dijo Dolores con una triste sonrisa y tomando una mano de su amiga: ¡gracias! pero sabe que ni deseo sentir amor ni tampoco inspirárselo á nadie.

—Eso ya vendrá luego: ahora déjame que te entere de mis asuntos domésticos y de familia: mi padre ha vuelto á Sevilla, donde vive pacíficamente en su casa: mi hermana se halla por ahora con casa puesta en París: yo vivo, pues, aquí sola con mi marido, quien, á pesar de algunas rarezas suyas, me hace feliz, por que posee las mas nobles cualidades: tú le conocerás y le apreciarás: ahora bien, mi querida Dolores, yo soy rica, y tú no debes pensar más que en ser dichosa á mi lado: puedo, desde luego, hasta ofrecerte una fortuna, aunque modesta, para que te ayude á hallar un esposo de regular posicion social: no pienses en otra cosa que en estar linda y en ser feliz: sígueme, que voy á instalarte en tu cuarto.

Berta, al decir estas palabras, tomó de la mano á Dolores, y abriendo una puerta oculta bajo un tapiz, se hallaron ambas en una espa-

ciosa antecámara vestida de seda de Lyon verde con listas rosa.

Un largo y mullido divan la circuia: molduras doradas cortaban la pared en cuadros de grandes dimensiones, y hacian resaltar los delicados colores del tapiz: una preciosa alfombra de terciopelo de lana, con los mismos colores del tapiz, cubria el pavimento.

Dolores contempló asombrada aquella linda antecámara: la pasión al lujo, á la pereza, á la molicie, que tantas veces le habia reprendido severamente su buena madre, renacia en ella ahora con una fuerza inusitada: su bello rostro, marchito, se reanimó con el colorido de la salud, sus ojos lanzaron rayos de alegría; la sangre coloreó sus labios, que se entreabieron con una hechicera sonrisa.

La Marquesa observó aquella mutacion, y abrazó á Dolores riéndose con la franca y sincera alegría que le era natural.

—Si este efecto te produce la antesala, ¿qué será el resto? exclamó gozosamente; ven, ven, que quiero disfrutar cuanto antes de tu sorpresa.

Esto diciendo, la condujo á una estancia primorosa que se descubria á través de una puerta entreabierta.

Al entrar allí, Dolores no pudo reprimir un grito, quedando luego deslumbrada y muda.

Era una sala octógona, vestida alternativa-

mente de sedería rosa, con listas de plata y lunas de Venecia.

Una pequeña chimenea, cincelada en mármol blanco ocupaba el testero que daba frente á la puerta, y ofrecia á la vista una obra maestra del arte: sobre ella estaba engastado uno de los espejos de la pared.

La sillería era de limonero, tallado, con la tapicería de seda rosa: algunos graciosos cuadros ovalados, encerrados en marcos muy sencillos, decoraban las paredes: en la chimenea ardía un alegre fuego; en la meseta, dos pequeños candelabros de plata sostenían ocho bugías de rosada cera, y de pié, junto á ella, esperaba una camarera, elegantemente ataviada, para ofrecer sus servicios á Dolores.

—Te dejo para que Florina te vista, dijo la Marquesa: ahora te pondrá ella en posesion de tu dormitorio y de tus gabinetes de tocador y de baño: así que te hayas vestido, vé al comedor donde te esperaré yo, para hacerte compañía, pues ya comí con el Marqués á la hora de costumbre.

Berta, dicho esto, salió dejando á su protegida sola con la doncella.

Era esta una muchacha que parecia contar veinte años, de fisonomía atrevida y linda: por desagradable que le pareciese el aspecto de su nueva señora, no lo manifestó, y la ofreció sus servicios con la más exquisita finura y las más delicadas atenciones.

Pasaron al tocador, donde ya estaban encendidos las bugías, y donde Dolores quedó extasiada de nuevo, y empezó á preparar todos los objetos que habian de emplearse para la inmediata y completa trasformacion de la jóven.

De un pequeño ropero sacó un peinador blanco guarnecido de encage.

De un mueblecito de Boulé, que habia costado en Paris 500 francos, tomó peines de concha y de marfil, orquillas y largos alfileres de plata para recoger los cabellos.

Un diminuto estante de palo de rosa, cerrado con cristales y fijo en la pared, mostraba en sus aparadores variedad de primorosos frasquitos llenos de exquisitas pomadas, de los que Florina tomó uno.

En un lavabo de pórfido, se ostentaba orgulosamente un magnífico servicio de plata cincelada, y Florina llenó de agua cristalina la jofaina, perfumándola despues por medio de una crecida cantidad de agua de lirio y rosa que tomó de otro frasco.

Cuando todo estuvo preparado, se dirigió á Dolores y le preguntó:

—¿La señorita querrá tomar baño?

—Sí, respondió Dolores sin cortarse, y con el mismo imperio que si toda la vida hubiera existido en medio de aquel lujo deslumbrador.

Florina tomó una bugía, abrió una puertecita y Dolores se halló en un gabinete, cuyo pa-

vimiento desaparecia casi por completo ocupado con una gran pila de mármol blanco.

En derredor habia una fila de macetas cargadas de flores preciosas y plantas aromáticas.

El agua del baño estaba igualmente perfumada.

Del techo pendia una linda lámpara de bronce cincelado, sostenida por una cadena.

Dolores sintió un placer indecible al sumergirse en aquella agua tibia y perfumada; todas las nieblas de su aficcion le parecia que quedaban allí, así como el malestar físico y el quebrantamiento que imprime al cuerpo un gran dolor moral.

Cuando salió al dormitorio, caldeado por calentadores invisibles, perfumado con un delicado aroma; cuando extendió sus miradas por aquel lindo aposento forrado de damasco azul; cuando las fijó en su lecho, cubierto de seda blanca y celeste y cerrado con cortinas bordadas; cuando á la luz de la lámpara de alabastro, que pendia del techo de su alcoba, contempló aquella estancia semejante á un nido de hadas, su pecho se dilató, y se dijo que hasta entonces no habia comprendido la vida ni la felicidad.

Sentóse delante de su tocador, y entregó sus hermosos cabellos á la habilidad de Florina.

Esta sacó un partido inmenso de aquella espléndida madeja: los rizos y las trenzas brotaron bajo su mano, y luego los enlazó con gra-

cia suma con cintas de terciopelo y hebillas de azabache, adorno que el luto permite.

—Mírese Vd., señorita, le dijo despues con orgullo, y dígame si la he peinado á su gusto.

—¡Oh, sí! estoy muy bien! contestó Dolores con una sonrisa de aprobacion.

En aquel momento, el débil gemido de una criatura muy pequeña llegó hasta los oidos de Dolores, penetrando á través de los tapices de la habitacion.

La jóven se estremeció, ménos de piedad que de sorpresa y de pavor.

Aquel débil acento venia á recordarle su vergüenza, en medio de la nueva vida que veia desplegarse tan brillantemente ante sus ojos.

La puerta del tocador, al abrirse, la distrajo de sus reflexiones.

—La Sra. Marquesa desea que salga usted un instante, con permiso de la señorita, dijo un ayuda de cámara vestido de negro, desde la sala, y dirigiéndose á la camarera.

Florina salió á una señal de asentimiento de Dolores: el ayuda de cámara la siguió, y la jóven quedó sola.

Entonces sepultó entre ambas manos su rostro, abrasado de rubor, y quedó inmóvil durante algunos instantes.

—¡Ah! se dijo: mientras esa criatura viva, yo soy despreciable y estoy manchada irremediabilmente. ¿Por qué Dios, que se lleva tantos

niños adorados de sus padres, no me libra de este ser miserable que es mi oprobio?

—¡Dolores! dijo una dulce voz á su espalda.

La jóven se volvió rápidamente, y se halló con la bella figura de Berta, quien en pié delante de ella, le presentaba á la pequeña Lágrimas, cuya muerte pedía á Dios en aquel instante como un favor.

—Querida mia, dijo la Marquesa dulcemente: mira, esta pobrecita llora de hambre: solo tú puedes acallarla, porque hasta mañana no puede venir la nodriza: dále el pecho para ver si se duerme... no queria yo que por ahora vieras á verla, pero es preciso.

La jóven desvió los ojos, con profundo hastío, de aquella pobre niña pálida, delgada y enfermiza: pero la tomó y la aplicó á su pecho.

—Dolores, continuó la Marquesa, comprendo tu desvío por esta niña: pero lamento que la pobrecita no tenga madre y la excesiva dureza que le demuestras: se criará lejos de tí, hasta que sea crecida, pero jamás podré avenirme á dejarla desconocer su origen... es un crimen renegar de sus hijos, crimen que Dios castiga y del que pide á veces una terrible cuenta. Ahora, que ya está alimentada, despídete de Lágrimas y devuélvemela: al amanecer la entregaré yo misma á su nodriza.

Dolores devolvió á la niña sin besarla siquiera. Berta iba á reconvenirla sin duda, pero

pareció arrepentirse porque de sus lábios no salió ningún sonido, y una expresión de piedad reemplazó al enojo que, durante algunos instantes, habían retratado sus hermosas facciones: tomó á la pequeña Lágrimas en sus brazos, y salió de la estancia con paso ligero y estrechándola cariñosamente contra su pecho.

Un instante después, volvió á entrar Florina, que había estado ocupada por su ama para que no viese la escena precedente.

Dió la última mano al tocado de Dolores, y luego le puso un precioso traje de luto, de seda, cubierto con una túnica de Chantilly y adornado graciosamente de lazos de cinta de raso.

—La comida y la Sr.<sup>a</sup> Marquesa esperan en el comedor á la señorita, dijo Florina: su hermanita duerme.

Al oír la palabra *hermanita*, Dolores miró sorprendida á la camarera, que continuó:

—Al instante se quedó dormida en los brazos del ama de llaves, que, como ha tenido tantos niños, sabe cuidarlos muy bien: mañana muy temprano vendrá la nodriza, que es de un pueblo vecino.

Dolores comprendió que la servidumbre de la casa creía que su hija era su hermana, y su hermoso rostro se iluminó de nuevo con un rayo de alegría.

Florina tomó una bugía en una palmatoria de plata y la precedió hasta el comedor.



Era este elegantísimo: las paredes estaban cubiertas de finísimo cuero de Córdoba: los muebles eran de encina tallada: cubria el pavimento una gruesa alfombra de Oriente, y á través de los armarios colosales, brillaba la vagilla de plata, la porcelana de Sevres y el cristal tallado del servicio diario.

La Marquesa, sentada en un sillón, esperaba á su protegida: salió á recibirla, la hizo sentar á la mesa y la sirvió ella misma con aquella gracia encantadora que era propia y como natural en ella.

—Esta noche, le dijo, la pasaré contigo, y haré compañía á tu luto algunas otras: tú debes guardar el más riguroso retiro durante tres meses á lo ménos: mi querida Dolores, ningun uso de la alta sociedad prohíbe llorar á una madre, y la tuya merecia este homenaje de tu parte: despues, el mundo te llamará y te tenderá sus brazos: pero, ¡Dios mio!, prosiguió Berta, al ver que dos torrentes de lágrimas caian por las mejillas de Dolores: ¡voy á hablarte de tu madre cuando vas á comer! ¡esta mala costumbre de decir siempre lo que pienso! ¡ah! ¡qué imprudente soy! ¡perdóname querida Dolores!

—¿Acaso olvido yo jamás á mis padres? repuso tristemente la jóven: no, Berta: ellos viven siempre en mi corazón.

Dolores apenas pudo ya probar ningun

alimento: la misma Berta se sentó á la mesa y tomó de algun plato para animarla: pero todos sus esfuerzos fueron vanos.

—Vamos á mi cuarto y allí nos servirán el café, dijo la Marquesa levantándose de la mesa: he querido tomarle contigo, y tal vez, antes de que acabemos, vendrá mi marido que ha salido á un negocio urgente.

Las dos amigas pasaron, en efecto, al gabinete de la Marquesa; era precioso y estaba vestido de tela de seda blanca bordada de grandes ramos de rosas: la suntuosidad y el buen gusto sobresalían en los menores detalles: grandes mesas de mármol sostenían magníficos espejos de gusto antiguo, y marcos esculpidos con flores y frutas: respirábase allí ese perfume, penetrante y suave al mismo tiempo, propio de las damas y de las casas de alta clase: aquel perfume se exhalaba de los muebles y hasta de la misma persona de la Marquesa. En el centro de la estancia, y ya servido sobre un velador de laca, humeaba el café, color de rubí, en tazas de plata cincelada, que ostentaba las armas de la Marquesa de Villaflorida.

Berta habia cambiado el traje negro, con que habia ido á buscar á Dolores, por otro de seda de color gris perla, magníficamente decorado de encages blancos: algunas sargas de perlas, de un tamaño extraordinario, se enlazaban entre sus cabellos, peinados en trenzas

con un gusto sencillo y exquisito: perlas de mayor tamaño adornaban sus orejas, su cuello y sus brazos: por debajo de su traje se veía su piececito calzado de raso blanco. Berta estaba, en una palabra, vestida, según su costumbre, con la más rica esplendidez y la más distinguida elegancia.

—¡Dios mío! qué elegante y qué hermosa estas! exclamó Dolores al verla bien alumbrada por la profusión de bugías que ardan en el gabinete, ¿esperas mucha gente?

—No, respondió sencillamente la Marquesa: estaremos solas: me visto siempre bien, por mí misma y por mi marido: no he comprendido nunca que las mujeres se vistan para los estrafños, y nunca para sí mismas.

—Sin embargo, la costumbre...

—Es una mala é innoble costumbre: ¿no es una misma lo que más se debe apreciar? ¿no se cometen muchas faltas por el egoísmo? ¿pues por qué el egoísmo no ha de inspirar algo bueno? El vestir bien, el vivir con decoro, es laudable cuando se hace por consejo del buen gusto y de la propia dignidad: pero es un alarde de vanidad ridícula, el gastar solo para que los demás lo vean y lo envidien, añadió Berta: siéntate, querida mía, y tomemos el café, que se está enfriando: ya te iré explicando poco á poco mis teorías, y veras de qué modo me he formado mi felicidad.

•

—¡Ay! tienes elementos para ser muy dichosa [y hé aquí todo! exclamó Dolores con una amargura que no se escapó á la perspicacia de la Marquesa. Berta, tú no has conocido nunca la desgracia.

—Te equivocas, respondió la Marquesa: fui en mi primer matrimonio muy desgraciada, y no era, por cierto, la culpa de mi marido, que me adoraba, ni mia que le amaba tambien: lo era de mil pequeñeces de la vida, mil nada del hogar doméstico, mil ligeras nubes pasajeras, al parecer, pero que se multiplicaban hasta empañar el cielo azul de nuestro amor: el arte de vivir me lo ha enseñado mi segundo esposo, y á él debo la felicidad de que disfruto: tú le verás y le estimarás en lo mucho que vale, mi querida Dolores.

Las palabras de la Marquesa fueron seguidas de un leve ruido: la cortina de seda se habia levantado para dar paso al Marqués.

## CAPITULO V.

### Pronósticos.

Contaba el esposo de Berta diez años más que esta, es decir, que estaba cerca de cumplir los treinta y cuatro.

Era de elevada estatura, y pocas carnes: su color moreno y animado hacia resaltar la belleza de sus facciones, algo pronunciadas, y sus grandes ojos negros cargados de dulzura y de melancolía.

Habia en su fisonomía esa expresión que se puede llamar *mansedumbre del mando*: y que significa que el hábito de mandar y de ser obedecido habia quitado á sus facciones, si es que alguna vez la habia tenido, la costumbre de expresar la ira ó la amargura.

Lo primero que se le concedia eran las cualidades de hombre fuerte y decidido, hermoso pasaporte que tanto facilita al sexo varonil el viaje de la vida: á la segunda mirada, se le aclamaba como hombre de una distinción suprema y de una urbanidad exquisita.

Berta sabia, mejor que nadie, cuánta ver-

dad decia el exterior de su marido: todas las nobles cualidades, que prometia, existian en su alma, como existen las perlas dentro de una concha de nácar.

Si el Marqués hubiera nacido en una esfera más baja, hubiera tenido defectos: habia en él una excesiva propension á la molicie y al fausto, y un profundo desprecio hácia toda persona indigna, que no sabia ni queria ocultar, y que le granjeaba muchos enemigos; pero estos enemigos, aunque le arañaban, no lograban herirle.

Ha dicho una mujer, que escribe, que en tanto que una persona sube, le tiran los envidiosos de los piés; pero que si logra subir á la cima, le envian incienso desde abajo: el Marqués habia nacido en la cima, y nadie le habia tirado nunca hácia el suelo para hacerle caer.

Amaba con idolatría á su mujer, pero sin ceguedad: conocia sus defectos, y quizá, á causa de ellos, la amaba más: hubiera dado los mejores años de su vida por encontrarla soltera: pero la halló viuda, y se dijo:

—Aceptaré su viudez como la nube del azul de mi cielo, y le haré olvidar los pesares que ha sufrido en su primer enlace.

En la época en que los presento á mis lectores, apenas hacia un año que se habian enlazado: dos hijos malogrados, habian causado á Berta una melancolía mortal, y su marido, para

distraerla, discurría mayores refinamientos en las opulencias de su vida.

—Ya está aquí Dolores, querido Adriano, dijo la Marquesa señalando á su amiga: ven y siéntate á nuestro lado.

La jóven se volvió, y el Marqués, á la vista de su hermosura, hizo un violento movimiento de sorpresa.

—¿No es cierto que es muy bella? dijo Berta: creo que la hallarás superior á todas mis alabanzas, que acusabas, sin embargo, de exajeradas.

—Veo ahora que no lo eran, repuso el Marqués, que se habia repuesto al instante de su pasada emocion, y que has sido muy parca en ellas: esta señorita es muy bella.

Dolores levantó sus grandes ojos negros para mirar al que así le hablaba: y aquella mirada deslumbró de nuevo al Marqués, quien, á pesar de ser hombre de mundo, hubo de inclinar la suya.

—Toma café con nosotras, Adriano, dijo la Marquesa, cuya nobleza, en la que habia tambien mucha candidez, no pudo adivinar los tumultuosos sentimientos que se desarrollaban á su vista: toma mi taza, y yo pediré otra para mí.

Diciendo estas palabras, se levantó para agitar la campanilla.

Cuando Berta volvió á su asiento, los ojos de Adriano y de Dolores se hallaban vagando

sobre diferentes objetos de la habitacion, y la Marquesa, alegre con la presencia de su marido y de su amiga, fué la que tomó la palabra para animar á entrambos.

—Dolores, le dijo, esta noche te acostarás pronto, y yo recibiré solo á algunos íntimos amigos nuestros que vienen cerca de las diez: ya verás, cuando los conozcas, cuánto te agradan: el uno es un señor de alguna edad, alegre, y que dice á todos lo que piensa, aunque su franqueza desagrade: otro es un diplomático, que solo sabe hacer cortesías y hablar de *notas*: el tercero es un coronel, que me ha referido más de cien veces las batallas en que se ha encontrado y en que se ha distinguido.

—No es tu relacion la más á propósito para que tu amiga forme buen concepto de las personas de nuestra intimidad, dijo el Marqués sonriéndose.

—¿Por qué no? repuso Berta: entre estos defectos que sobresalen, ella les encontrará mil bellas cualidades ocultas como la rosa entre las espinas: ¿quién está exento de defectos? debe aceptarse la amistad tal como es y no exigirle la perfeccion suprema, pues si de ese modo pensasen todos, nadie nos querria por amigos, por lo mismo que tambien estamos llenos de defectos: el más viejo, que es el americano excesivamente franco, te ha de gustar, Dolores: no he visto persona más espléndida, más generosa,



ni de trato más delicado en medio de su ruda franqueza: extremos difíciles de conciliar, pero que, sin embargo, él concilia con su gran talento: basta, en fin, para su completo elogio, que te diga que podía ser colosalmente rico y solo posee una fortuna mediana por su afán de socorrer las necesidades, y hasta los despilfarros de sus amigos.

Pero, añadió la Marquesa, veo que estás fatigada, mi pobre Dolores, y que, á pesar de la influencia del café, tus ojos se cierran, lo que no es extraño despues de tantas malas noches: retírate á descansar y mañana será la velada más larga.

Dolores, contenta con el permiso, porque en efecto tenia mucho sueño, se levantó y saludó al Marqués bastante torpemente: era la niña que jamás habia pisado los umbrales del gran mundo; la hija de la honrada clase media, que habia recibido una educacion muy casera y muy humilde.

De esto mismo se resentian todos sus modales, llenos de encogimiento: sentada, no sabia qué hacer de sus manos: su andar era torpe y sin gracia, porque la embarazaba mucho su suntuoso vestido: y podia llamársela, sin ofenderla, una jóven muy bella, pero muy vulgar.

El Marqués, que se habia puesto en pié para despedirla, libre ya de la fascinacion que sobre él ejercian los ojos de fuego de Dolores, no le

concedió una mirada al salir, y así que dió sus primeros pasos para alejarse, se volvió de espaldas, tomó un libro que había sobre un velador y se puso á hojearle distraidamente.

Berta volvió al instante al lado de su marido.

—¿Qué te parece mi protegida? le preguntó con alegre apresuramiento.

—¿Me pides mi parecer acerca de su parte física ó de lo que he podido vislumbrar de la moral é intelectual? respondió el Marqués.

—De una y otras, dijo Berta; pero supongo que, excepto de su belleza, poco podrás haber juzgado de lo demás en tan pocos minutos.

—Sin embargo, respondió el Marqués, puedo hablarte un poco de todo.

—Veamos.

—Tu amiga me parece muy bonita, hoy que está débil y enferma: dentro de dos meses á lo más, será una mujer muy bella, y tan interesante, que merecerá sin duda el dictado de irresistible.

—Bien! gritó la Marquesa batiendo las palmas: en el primer caso, vas más allá de lo que yo creía: veamos en el segundo.

—Te hablaré ahora, no ya de su persona, sino de sus maneras: estas son hoy torpísimas, sin gracia ni encanto alguno: pero estudiará las tuyas y las copiará: por lo que será en breve una mujer muy distinguida y elegante.

—En este punto pensamos del mismo modo,

dijo Berta: solo necesita ver para aprender, por que está dotada de mucho talento: la pobre niña ha recibido de sus padres una educacion del todo casera, y además nunca ha visto gente más que de esa clase, que no tiene maneras ni elegancia.

—Sí: tiene mucho talento, repitió el Marqués: y si tú le dieras maestros de música, pintura é idiomas, llegaria en un año á ser un prodigio; pero, créeme querida Berta; cásala cuanto antes, y que la eduque su marido.

—Por qué dices eso?

—El alma de esa jóven ha perdido toda su pureza, todo el perfume de pudor que se albergaba en ella, y que algun dia debió reflejar sobre su semblante: es una mujer muy peligrosa.

—¿Para tí? preguntó la Marquesa con una ironía en la que habia alguna amargura.

—Yo no la temo, respondió el Marqués: pero ¿quieres que, segun mi costumbre, te diga la verdad?

—Sí.

—Pues bien: si yo fuese un poco vulnerable, ya habria sucumbido.

—¿Tan bella te parece?

—Más que su belleza, me hubieran subyugado sus miradas: tú no puedes comprender la expresion que habia en sus ojos al dirigirse á mí... á mí, el marido de su amiga y bienhechora: á tí jamás te mirará de ese modo, y aun conmigo lo hacia sin la menor intencion de seducirme...

creo que involuntariamente mirará así á todos los hombres.

—Tú la juzgas mal! repuso Berta con enfado: el amor propio os hace ver á los hombros cosas que solo existen en vuestra imaginacion... ¿Tiene acaso la culpa la pobre Dolores de que sus ojos sean negros y grandes?

—No, como no la tiene tampoco de hallarse dotada de una fatal naturaleza: ella no querrá ser peligrosa, pero lo es; ¿qué más da para tí, para mí, y para todos los demás? Y luego, querida mia ¿te parece cosa natural que, á los dos dias de perder á su madre, tenga aliento ni aun para ver la luz? ¿crees que son indicios de un buen corazon el separarse voluntariamente de su hija, y ese profundo ódio que le manifiesta? Berta, tú eres buena y juzgas á los demás por tu nobleza misma: pero yo, que soy ménos bueno que tú, creo que esa mujer, viéndose deshonrada, y siendo causa por su misma vergüenza de la muerte de sus honrados padres, solo una cosa debia y podia hacer; morir de dolor.

—¡Oh, Dios mio! qué severo eres! exclamó la Marquesa con alguna indignacion: lo mismo que todos los hombres! cuanto más larga es la historia de sus aventuras, ménos perdonan á las mujeres sus extravíos!

—No quiero negarte eso: el egoismo del hombre exige tanta más pureza cuantas más victimas han hecho sus pasiones: y no hablo por mí,

que he sido poco aficionado á aventuras: hablo en general: tú quieres hacer de esa niña perdida una mujer honrada... y creo que no podrás conseguirlo.

—¿Por qué no? todo depende de que le encuentre un buen marido.

—¿Tanto poder nos concedes? preguntó Adriano tomando la mano de su mujer.

—Un poder inmenso! siempre es la mujer lo que su esposo quiere que sea.

—Pues oye lo que voy á decirte para que no abrigues esperanzas vanas, mi querida Berta.

—¿Vas á destruirme mis ilusiones?

—Vale más que te las destruya, que no que las abrigues para verlas defraudadas más tarde: Dolores se habrá de casar con un hombre que valga poco: es decir, con un hombre que se deje alucinar solo por su belleza.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque es preciso decirle que tiene una hija.

—¡Eso jamás! exclamó Berta: rebajarla así á los ojos de su marido!

El Marqués miró á su esposa retratándose en su semblante la más profunda admiracion.

—¿Qué es, pues, lo que piensas hacer? le preguntó.

—Cuidar yo de esa niña, educarla como si fuese mia!

—¿Y engañar á un hombre de bien? á eso te

diré yo igualmente: ¡jamás! ¿no ves que si algún día la mano soberana de Dios descubriese ese secreto, nunca os lo perdonaría ni á ella ni á tí el burlado esposo? No, no, Berta! que cargue esa mujer con el peso de su deshonor, y no le aceptes como tuyo, porque jamás lo consentiré.

El Marqués calló, dejando á su esposa tiempo para reflexionar.

—¡Dios mio! eres muy severo! repitió la Marquesa: ¿qué marido le hallaremos entonces?

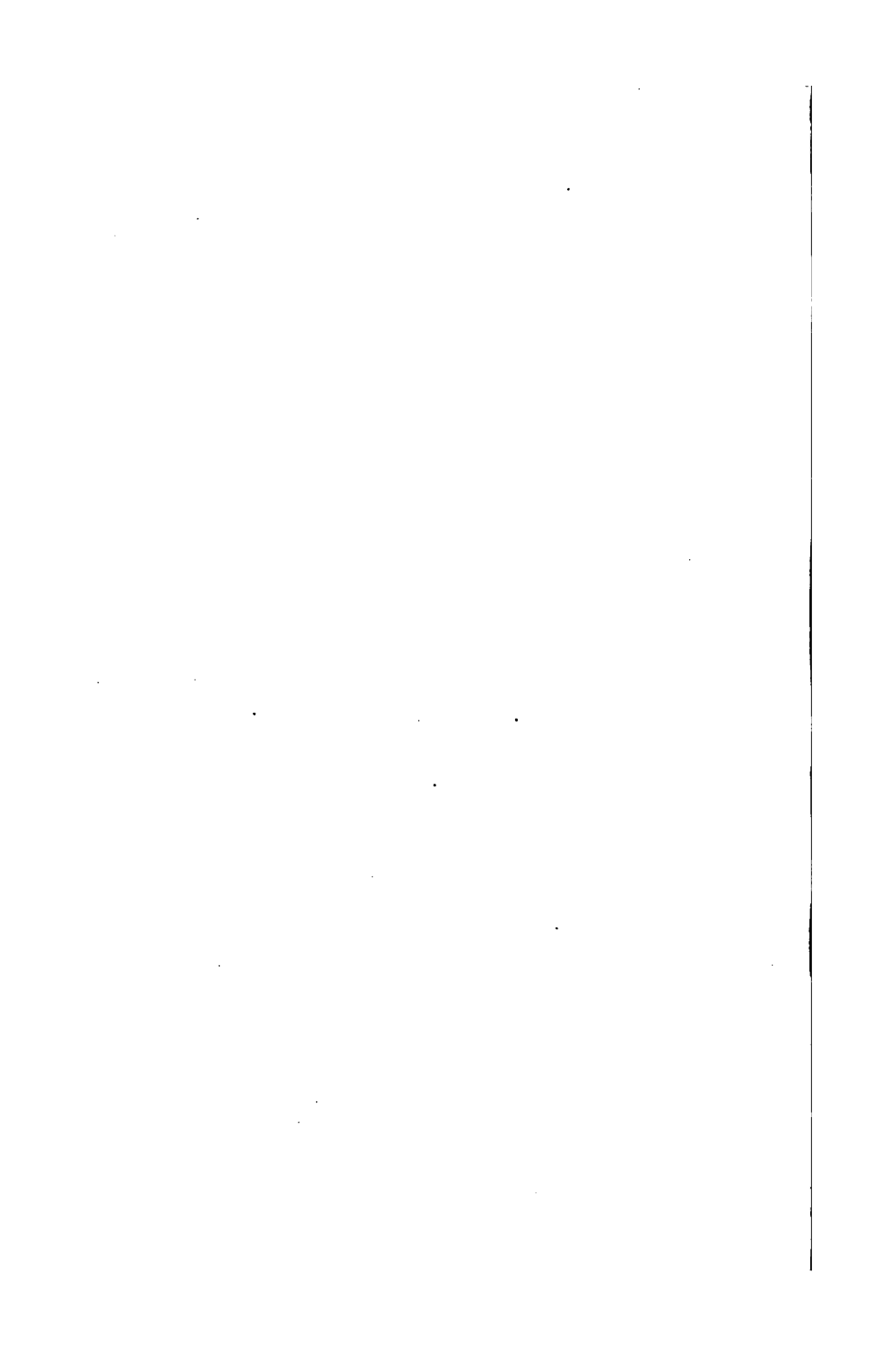
—Ya te he dicho que uno que valga poco: mas para ella bastará: te encargo que la hagas ir á alguna vez á ver á su hija y que no seas tú sola la que cargues con todos los cuidados de esa culpable maternidad.

—¡Qué poca caridad! murmuró la Marquesa: aun puedo exclamar otra vez: ¡estos son los hombres!

—Y yo te repetiré que tienes razon: Berta, con la falta cometida por tu amiga, con su fatal carácter, duro y apasionado, vengativo y entusiasta, lleno, en fin, de terribles contrastes, y con las ardientes pasiones que duermen en el fondo de su alma, y que solo esperan la ocasion de desarrollarse, no habrá hombre que no la juzgue como yo, á no ser algun tonto á quien alucine: tu, acaso, podrias ser el ángel de su redencion: la mujer, y una mujer como tú, podria transformarla por la piedad, podria trocar

---

en mansedumbre el fiero carácter que descubrió al abofetear en la calle á su seductor: pero créeme: ella no querrá ser buena, sino seguir por la pendiente que le señalan las pasiones tumultosas, que la harán su esclava; nada hay en ella ya de puro, de suave, de dulce: todo eso desapareció bajo el soplo de la seducción y de la venganza que ruge en el fondo de su alma, sin que ella misma se aperciba de ello.





## CAPITULO VI.

### Los contratos de boda.

Cerca de un año despues de esta conversacion, se hallaba reunida una numerosa tertulia en el salon.de la Marquesa.

Una guirnalda de elegantes mujeres se extendia en derredor de la estancia, y cada una cambiaba con sus amigos palabras amables y dulces sonrisas.

Al extremo del salon y recostada en un canapé de seda, se hallaba Dolores, elegantemente vestida y rodeada de una nube de jóvenes apuestos que la llenaban de requiebros y de lisonjas.

El traje de la jóven era de una coquetería deslumbradorá.

Hallándose próximo el término de su luto, llevaba vestido blanco con bordados negros.

Su traje, de tafetan blanco, dejaba ver una garganta hechicera, nevada y hecha á torno: un cinturon de raso negro, ajustaba su talle esbelto y elegante, y una larga cadena de azabache rodeaba su cuello.

Dolores se habia desfigurado mucho, pero todo en ventaja suya.

Habia crecido en aquel año lo bastante para que su estatura, que podia antes llamarse pequeña, pasara algun tanto los límites de la regular.

La cándida redondez de sus formas y de sus facciones, habíase convertido en una esbeltez graciosa y delicada; su rostro habia adquirido un óvalo prolongado: sus mejillas no tenian ya el florido encarnado que perdieron con su fatal maternidad: eran ahora blancas como el nácar, pálidas sin perder su frescura, y hacian resaltar la expresion de sus rasgados ojos, llenos de fuego y de viveza.

Nada más intachable y puro que aquel seductor y movable semblante, que expresaba en un momento los más opuestos y contradictorios sentimientos.

Su frente decia en su corte noble y gracioso cuán grande era el talento profundo y mediatundo de Dolores: levantábanse sus cabellos en gruesas trenzas: y su actitud, llena de la más refinada coquetería, hacia lucir con ventaja todas las perfecciones de su talle y del estrecho pié, que asomaba como una tercera parte por debajo del borde de su traje.

Ya no era aquella Dolores de aire encogido y casi tosco que hemos conocido en el capítulo anterior: ya no era una niña tímida y ruborosa;

era una joven encantadora y elegante: nadie, como ella, habia llegado á poseer el arte de jugar con esas mil bagatelas, cuyo manejo es la desesperacion de las mujeres de poco trato: su mano, cubierta de un fino guante color de perla, se mostraba al descuido y sin que ella pareciese saberlo, enredando sus dedos la rica leontina de su reloj: tenia apoyados sus menudos piés en un almohadon moruno con una actitud llena de gracia, y se reclinaba mullidamente en el respaldo del canapé, volviendo la cabeza para escuchar á los que le hablaban.

En suma, Dolores habia copiado, —segun el Marqués presumia, — todas las maneras de Berta, perfeccionándolas aún con su admirable talento.

Hácia el centro del salon se hallaba sentada la misma Berta, la que tambien demostraba en su persona una trasformacion no ménos notable, pero mucho más triste que la de su protegida.

Su admirable hermosura parecia haberse marchitado bajo el soplo de una pena secreta: sus ojos estaban hundidos y rodeados de anchos círculos oscuros: sus mejillas estaban pálidas: su sonrisa era violenta y dolorosa: solo su traje conservaba su espléndida elegancia y su exquisito buen gusto.

Vestía de seda verde, con aderezo de esmeraldas y brillantes: pero aquel espléndido ata-

vío no alcanzaba á ocultar su mortal tristeza, á los ojos perspicaces de algunas mujeres.

—Yo no sé lo que tiene la Marquesa, decia una jóven hermosa y elegante al diplomático que casi siempre hablaba de *notas*, y que se habia manifestado apasionado admirador de Berta: ¿no vé Vd., amigo, cómo se marchita?

—Sí, respondió el diplomático: algo desmejorada está: pero siempre me parece encantadora.

—A mí me gusta más esa jóven que ahora tiene á su lado.

—A mí no, respondió el diplomático: la belleza provocativa de esa jóven solo sirve para hacer resaltar la noble hermosura de la Marquesa.

La dama se mordió los labios: siguiendo la táctica de muchas otras, habia querido ensalzar á una mujer, solo para deprimir á otra.

—Me parece que este matrimonio empieza á torcerse, decian entre tanto dos amigos en el hueco de una ventana: la Marquesa está muy triste, y el Marqués se ha dedicado ahora á la política y á la caza, cosas en que nunca habia pensado hasta hoy.

—Me parece que el diablo ha entrado aquí bajo la forma de Dolores Herrera: lo que es el Marqués no sabe ocultar la impresion que le causa... Véale Vd. en este instante.

—¿Dónde está?

—Recostado en aquella puerta.

Y los dos amigos se volvieron para mirar

al Marqués, quien, en efecto, contemplaba á Dolores como estático.

—¡Oh! ¡qué mirada! dijo uno de los dos amigos: ¡si reparase en ella la Marquesa, no le gustaria mucho!

—Creo que el haber reparado en otras semejantes es la causa de que se vaya poniendo flaca y triste... pero tambien habrá visto esa, porque va hácia su marido.

En efecto, Berta habia observado la distraccion de su marido, y una dolorosa sonrisa entreabrió sus lábios: se levantó; cruzó el salon con lento paso, y se acercó al Marqués.

—¿Adriano? le dijo con dulzura.

El Marqués se estremeció, y se volvió rápidamente.

—Ahí dentro, en las mesas de juego, no hay animacion alguna, prosiguió la Marquesa: bueno seria que dieses una vuelta, pues hace falta que dos personas se sienten las primeras y se determinen á empezar.

—Tienes razon, y voy allá, repuso el Marqués: ¡ah! aquí viene uno que empezará de buena gana conmigo.

Adriano dijo estas palabras señalando á un nuevo personaje que acababa de entrar.

Era un hombre alto, muy moreno, con cabellos negros y rizados, y que parecia frisar en los cuarenta años.

Sus ojos, negros tambien, tenian una mira-

da dura, pero en ellos aparecia casi de continuo una expresion de dulzura melosa y p rfida.

Hijo de un rico colono americano, habia dilapidado todo el caudal que heredara de su padre, ya prodigando su dinero por vanidad, aparentando socorrer necesidades, que solo eran originadas por el desórden, ya entregándose él   todos los caprichos del lujo y de la disipacion.

Llamábase Florestan de Benavente: era elegante en sus maneras, espléndido en sus gustos, amable en demasía en su trato, magnífico en su traje, con esa rica sencillez, que constituye el verdadero buen gusto: pero bajo aquel exterior brillante, se ocultaban una alma dura y helada, un egoismo   toda prueba, y un desencanto de la vida que tocaba en lo más alto del ateismo.

Tal era el hombre que habia sabido conquistar, con su atractivo exterior, la simpatía y estimacion de la Marquesa. Berta, cuyo noble instinto solo veia el lado bueno de todas las cosas, no habia podido penetrar con su mirada de  ngel aquella dura corteza y sondear los abismos de aquella alma que se replegaba   su vista con el más exquisito cuidado.

Otro motivo tenia para estimar   Florestan: Éste se habia manifestado apasionado de Dolores desde el instante en que la vió: pero de un modo tal, que no dejaba la menor duda acerca de la verdad de su amor.

Este era cierto: aquel hombre, que solo ha-

bia visto en la mujer un lindo juguete que habia arrojado cuando llegaba á serle molesto, se enamoró de la señorita de Herrera con esa pasion de los sentidos, que es de escasa duracion, pero que se presenta con una fuerza inusitada.

Vió su hermosura, y nada más. Se informó, con prolijo y exquisito cuidado, de sus antecedentes, y poco tardó en saberlos todos.

Aquella hermanita de pocos meses que se criaba en un pueblo, dió que sospechar á su experiencia: se informó de la edad de los padres de Dolores cuando murieron, y sacó en consecuencia la verdad.

Mas el convencimiento de lo cierto solo la Marquesa podia dárselo, y á adquirirlo se dirigieron todos sus esfuerzos.

Pintóle la pasion que sentia por Dolores, y aseguró que, aunque estuviese manchada de un modo indeleble, no dejaria de amarla.

Berta abrió los lábios para decirle que la mancha existia; pero volvió á cerrarlos sin pronunciar una palabra. Quería más pruebas de aquel amor. Ella podia acaso confesar la desgracia de Dolores á su futuro esposo: pero no á un simple apasionado de sus gracias.

Benavente leyó como en un libro en el corazon de la Marquesa, y se dijo que era suya la victoria.

Declaróse amante de Dolores; y á los pocos dias de rodearla de los más delicados obsequios,

pidió su mano á la Marquesa, que le dijo necesitaba algunos dias para meditarlo y consultar con Dolores.

Al cabo del plazo prefijado, le fué hecha por Berta, con voz trémula y conmovida, lo que él llamaba *la gran revelacion*.

Contestó él que amaba más á Dolores desgraciada que feliz, y que miraria como á su hija á la pequeña Lágrimas.

Decidióse, pues, la boda de Dolores y en la noche de que hablamos debian firmarse los contratos.

Berta y Dolores tenian en la mano preciosos ramilletes, regalo de Benavente.

La Marquesa esperaba con una ánsia secreta que llegase el dia del matrimonio de su amiga. La oculta pena que la devoraba y marchitaba su juventud y su hermosura, traia su origen de la pasion hácia Dolores que habia visto desarrollarse y crecer en el corazon de su marido. ¡De su marido, que habia sido el primero en amar á aquella jóven de malos instintos!

Él era el detractor de Dolores: él era el que cada dia le mostraba una aversion más profunda: y sin embargo, él era quien no podia separar de ella los ojos y quien habia perdido el sueño y el apetito. Huia de su presencia cuanto le era posible; y hacia algunos dias que, bajo diferentes pretextos, comia siempre fuera para no verla ni aun en la mesa.



Estas son las pasiones verdaderamente temibles: son las únicas que resisten á los argumentos de la razon, porque la razon es la primera en condenarlas, y, á pesar de todo, se adhieren al corazon como el aspid á un rico y dorado fruto para devorarlo.

Berta, con su admirable instinto de mujer, conoció el peligro, y lloró la imposibilidad de remediarlo: ¿qué podia hacer? Su mismo esposo conocia tal vez que existia: porque ¿acaso no huia de Dolores? ¿no evitaba todas las ocasiones de verla? Y siendo así, ¿no era más desgraciado que culpable?

Suelevado talento le aconsejó guardar silencio y acelerar la union de Dolores con el brillante americano.

La jóven, por su parte, no adivinaba nada de lo que pasaba en torno suyo: su pasion por el lujo y los placeres, pasion que tantas veces le habia reprendido su buena madre, cuando, niña aun de ocho años, mostraba tal propension á la pereza, se habia desarrollado de un modo increíble.

Dolores soñaba con una existencia brillante y rodeada de todos los refinamientos de la opulencia, y, sin amar al americano, creia amarlo, cuando solo estaba alucinada por sus deslumbradoras ofertas.

Volvamos al salon en la noche en que da principio este capitulo.

Benavente se dirigió á saludar á la Marquesa, y despues fué al sofá donde se hallaba Dolores, rodeada de una turba de jóvenes elegantes, quienes, como ya he dicho, la colmaban de lisonjas y galanterías, que ella encontraba bastante insulsas.

—Cedámos el paso á este dichoso mortal, dijo uno de ellos retirándose algunos pasos del canapé.

Los demás le imitaron, y Benavente, agradeciéndoles la atencion con una sonrisa, tomó asiento al lado de Dolores, que le miraba con una sonrisa de ángel. Cuando ya le tuvo á su lado, paseó ella una mirada sobre toda aquella turba que se retiraba, y luego la volvió llena de satisfaccion hácia su futuro esposo. Le parecia el más distinguido y el más elegante de todos.

En efecto: Benavente estaba verdaderamente seductor.

Su traje, completamente negro, se adaptaba á las prescripciones de la más rigurosa moda, y hacia resaltar la blancura de su camisa de batista y de su rica corbata blanca: tres pequeñas perlas lucian en su pechera, y su calzado y sus guantes eran la desespercion de los elegantes, que no podian adivinar, porque él no lo decia nunca, el comerciante que le surtia de estos admirables efectos.

La placa de una encomienda, tachonada de brillantes, se veia en su costado izquierdo.

Su fisonomía era el más bello complemento de este conjunto deslumbrador: apenas representaba los treinta y ocho años, que hacia ya dos ó tres que habia cumplido: su tez tenia el moreno limpio y dorado del ámbar, y hacia parecer más hermosos sus grandes ojos negros, tristes y sombríos, y á veces irresistiblemente apasionados: su abundante cabello negro se rizaba naturalmente sobre su frente y sienas: bajo su bigote negro y fino,—por el exquisito cuidado que en él empleaba,—se veian brillar sus dientes de nácar y el carmin subido de sus lábios.

Algunos de sus detractores decian que se pintaba, que gastaba corsé, y que el negro de su cabello era debido á una tintura exquisita, con la que ocultaba sus muchas canas.

Pero estas aseveraciones no habian llegado á los oidos de Dolores, y, aunque así hubiera sido, lo hubiera atribuido á calumnias ó al poder de la envidia.

—Vengo, amada mia, dijo el americano mirando tiernamente á Dolores, de dar la última mano á tu gabinete de tocador.

—¿Tan pronto preparas eso? preguntó Dolores sonriéndose.

—¿Pronto? dentro de veinte dias me pertenecerás, y este espacio, que para mí significa una eternidad, quiero hacerle más breve ocupándome de ti, y de todo lo que te concierne: los

trajes, que te dedico, han llegado ya tambien de París: son preciosos y realzarán tu belleza de un modo maravilloso: hay uno de tisú color de marfil bordado de perlas, que te hará asemejar á la reina Blanca!

Dolores se sonrió, y en sus bellas y expresivas facciones brilló un rayo de alegría.

Hubo un rato de silencio, al cabo del cual prosiguió el americano con singular aplomo:

—Además de los cajones que contienen los vestidos, hoy han llegado de París otros muchos objetos preciosos: entre ellos, una primorosa cuna de bronce y marfil.

Dolores se hizo atrás con un movimiento convulsivo, y su semblante se cubrió de palidez.

—No te debo esta confianza, prosiguió tristemente Florestan, y lo siento: pero ello es que sé tu desgracia y que quiero ayudarte á soportarla.

Dolores bajó la cabeza y nada contestó: estaba abrumada de vergüenza y en aquel instante odiaba á la Marquesa, por haber vendido su secreto.

—Mucho se perdona á la que ha amado mucho, continuó con voz melosa Florestan, y yo te perdono á tí.

—¡Yo no amaba á aquel hombre! observó tímidamente Dolores: solo año y medio hace que le conocí y ya le he olvidado.

El rubor que coloreó las mejillas de Dolores y el rayo que lanzaron sus ojos, desmentian es-

tas palabras. Decían claro que se acordaba de su seductor para odiarle: pero que no le había olvidado.

Así lo comprendió Benavente, y su mirada expresó también un violento rencor.

—¡El día en que encuentre á ese hombre, dijo, le mataré!

—¡Oh! ¡le matarás! exclamó Dolores asiendo entre sus manos, que temblaban de emoción, las de su prometido, sin pensar en que muchas miradas podían fijarse en ella: ¿le matarás, vengarás mi afrenta, y la muerte de mis padres? ¡Si eso te debiera, toda mi vida sería tu esclava!

—Le mataré, repitió friamente Benavente: es para mí un tormento inexplicable el saber que te recibo manchada, cuando creo que la luz ofende aun la aparente pureza que Berta te ha conservado á los ojos del mundo: tomo como mía la injuria que ese hombre te ha inferido, y donde quiera que le halle le escupiré al rostro y le mataré.

Otra pausa siguió á estas palabras: el americano fué el que de nuevo rompió el silencio.

—Pero, prosiguió, el que yo aborrezca á ese hombre no es una razón para que tu hija viva en el abandono; la amo porque es tuya: la Marquesa, al hablarme de tu desgracia sin duda por los sugerencias de su marido, me ha significado su deseo de hacerse cargo de la niña; pero yo no debo consentirlo, y no lo consentiré;

la adoptaré por mía y vivirá á nuestro lado.

—¿Cómo se explicará su existencia á las personas extrañas? preguntó Dolores, que temblaba.

—Con la verdad: respondió Benavente.

—¡Cómo! ¿diciendo que es mi hija?

—Sí; solo así me absolverá la sociedad si mato á su padre; esto es muy fácil, pues aunque á la muerte de tu madre se dijo que esa criatura era tu hermana, las sospechas hubieran tardado muy poco en surgir; ahora nada importa que nazcan y se conviertan en certidumbre.

—¡Ver á todas horas á esa criatura que tanto aborrezco! exclamó Dolores: ¡no, no! eso jamás! á ese precio, Florestan, jamás seré tu esposa.

Extremecióse el americano al escuchar estas palabras: la posesion de Dolores era lo que más le interesaba en el mundo entonces, y por conseguirla hubiera cedido á todo.

—No hablemos más de eso por ahora, dijo: yo, que te amo tanto, no puedo hacerte sufrir: se hará tu voluntad, porque solo quiero tu dicha.

Luego continuó hablándole de amor y embriagándola con algunas promesas de aquellas á las que él sabia dar tan singular encanto y dulzura, pero que no eran, sin embargo, otra cosa que el empalagoso sabor de las frutas de su país.

Dolores y Florestan eran dos actores que hacian una comedia, y que se engañaban mutuamente: no obstante, Dolores era una actriz muy

inferior á su futuro; toda la ventaja, de su parte, estaba en que principiaba por engañarse á sí misma.

Florestan, por el contrario, era el que alucinaba á Dolores en tanto que él veía muy claramente la verdad.

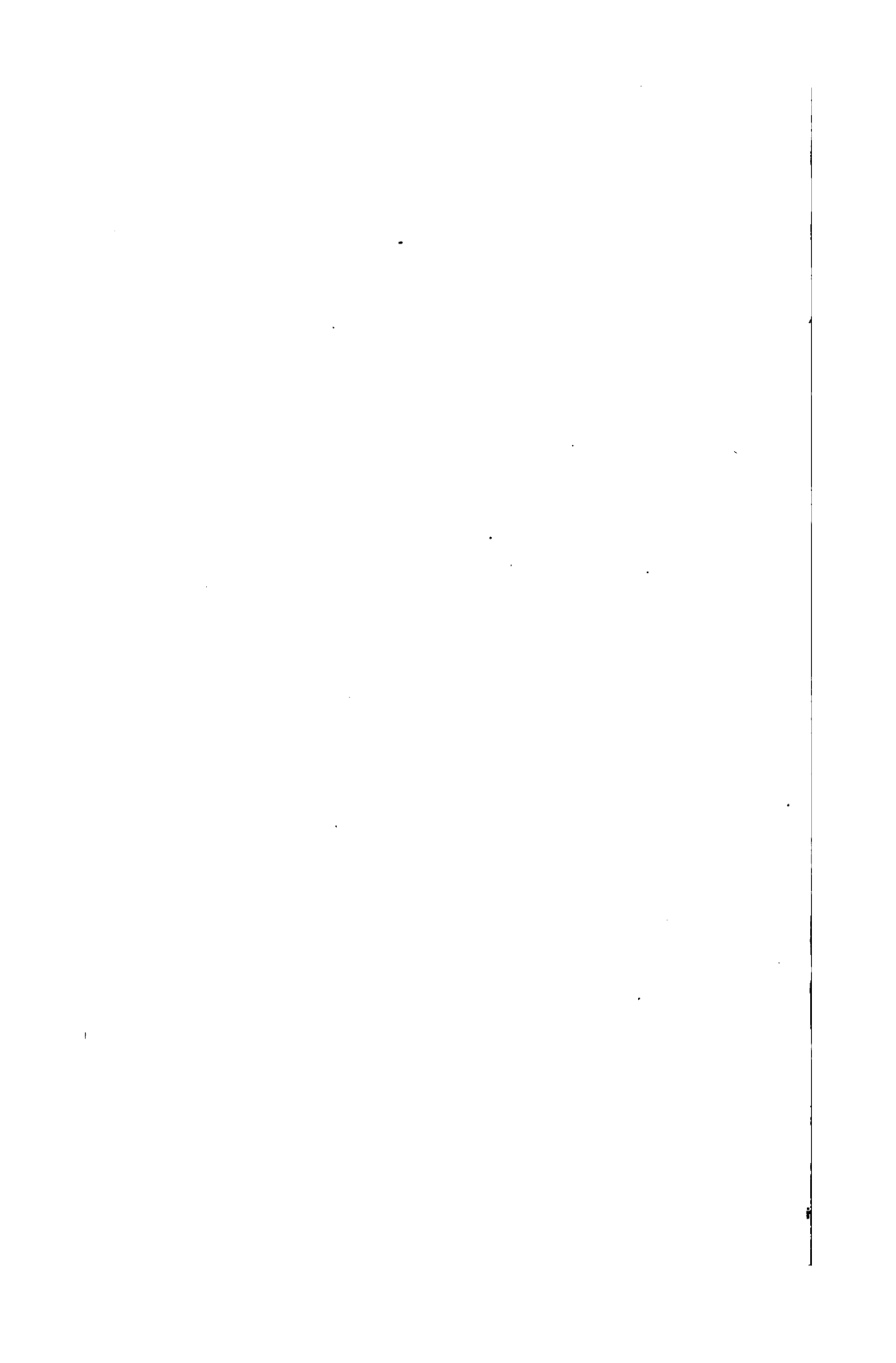
Sabia, ó presumía al ménos, que su pasión por Dolores debía tener muy corta duración: comprendía que algún día podía rebelarse ante el yugo que su carácter violento le impondría, y deseaba sujetarla por medio de su hija á una gratitud que le hiciese olvidar todos sus extravíos, y todos los excesos de que no pensaba emendarse en lo sucesivo.

La Marquesa fué invitando á los concurrentes para pasar al salón donde iban á firmarse los contratos. Ella misma dió el ejemplo, tomando el brazo de Florestan.

El Marqués dió el suyo á Dolores, la miró, quiso hablar, y la voz espiró en su garganta.

La Marquesa vió todo esto, é hizo retroceder hácia el corazón las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Después de firmar los contratos, en los que el Sr. Benavente ponía una cantidad muy respetable, y Dolores diez mil duros, que era el dote que le regalaba la Marquesa, pasaron los convidados al *buffet*, espléndidamente servido, terminando la noche con un baile, que se llamó de confianza, pero que estuvo muy brillante.





## CAPITULO VII.

### Al año de matrimonio.

Vamos á París, lector amigo, á encontrar á la señora de Benavente, que así se llama Dolores Herrera desde hace un año, que ha pasado desde mi capítulo anterior.

El París de 1852 no era, por cierto, el París de hoy: por mi sé decir que el de hoy me encanta, y lo afirmo despues de haber vivido en él bastante tiempo.

A los que por aquella época estuvieron, he oido decir que les encantaba igualmente. París ha encantado siempre: esta populosa villa es la hada del placer y de la locura.

La alegría, la pasion, la vida, están allí en el ambiente, y se suben al cerebro como una deliciosa embriaguez.

La civilizacion es un néctar para ciertas organizaciones privilegiadas, pero un veneno mortal para quien no tiene muy segura la cabeza, la razon muy recta y muy severa, y el corazon muy puro. Con estas armas se puede vivir en cualquiera parte, y no hay que temer á los miasmas de París.

Pero, en aquella época, vivían allí algunas personas amigas nuestras que no tenían ninguno de estos preservativos, y que habían cedido al influjo de aquella atmósfera cargada de perfumes emponzoñados.

Antes de ir en busca de Dolores, á la que tal vez no podremos hallar hasta el capítulo siguiente, vamos, lector amigo, á un lindo y pequeño palacio situado en la calle de Rívoli, y cuyo exterior, del tiempo del renacimiento, le daba el aspecto más precioso que se puede imaginar. Como á las tres de una bella tarde de Marzo, un bonito cabriolé se detuvo á la puerta de aquel encantador edificio, y un elegante jóven bajó de él casi sin tocar al estribo.

El portero sacó la cabeza por el ventanillo de su bien acondicionado retrete, cerrado con cristales como el despacho de una botica, y saludó con rendimiento al que subía.

Acto continuó anunció con la campana, y de un modo particular, la llegada del caballero.

Antes de que este llegase á la mitad de la escalera, se oyeron pasos precipitados y se abrió con estrépito la puerta de la habitación.

Aquel jóven era el amo de la casa, y nosotros le conocemos, pues se llamaba el Conde de Elven.

Cruzó la antecámara con paso rápido, y dijo al criado que le había abierto la puerta:

—Juan, que desenganchen: volveré á salir, pero á pié.

El criado se inclinó, é iba á marcharse: pero su amo le detuvo con una seña.

—¿Ha salido la Sra. Condesa? le preguntó.

—No, Sr. Conde, respondió el criado: se halla en el salon.

Sin hablar más palabras, el Conde siguió adelante, cruzó dos ó tres antecámaras más, amuebladas con esplendidez, y en las que habia algunos criados, y se halló en el salon, cuya cortina de terciopelo levantó con respeto uno de los lacayos.

Hallóse entonces en frente de su mujer á cuyo lado, y sentado con una familiaridad poco respetuosa, habia un hombre que vestia el uniforme de Coronel.

Rita Ponce, Condesa de Elven, llegaba á los diez y nueve años de su edad, y en su figura delicada habia un aire tan infantil y afeminado, que aun no se le concedia tan escasa suma de dias sobre la tierra.

Reclinada indolentemente en un ancho y cómodo sillón, jugaba con un frasquito de cristal de roca con tapon de oro, que pendia de un brazaletes colocado en su muñeca derecha: sus piés enanos se cruzaban sobre un almohadon de Argél, bordado en sedas.

Su cabeza, que parecia abrumada por el peso de sus hermosos cabellos negros, estaba mimo-

samente inclinada hácia el hombro derecho.

Vestia de seda azul, lo que decia maravillosamente con su tez de nieve, muy blanca por sí misma y realzada además por un delicado blanquete.

Pintados igualmente estaban los extremos de sus rasgados ojos negros, y sus finos lábios: más que á una mujer, se parecia Rita á una de esas delicadas figuras que nos representan los grabados de modas.

—¡Ah! eres tú, querido? dijo al ver á su marido, con voz dulce, quebrada y llena de afectacion.

El Coronel se levantó para saludar al Conde: pero este pasó por delante de él, y le dijo friamente:

—Buenos dias, caballero.

Luego, acercándose á su esposa, prosiguió:

—Querida Rita, ponte el sombrero y vamos.

—¿A dónde? preguntó lánguidamente Rita, y sin levantarse de su sillón.

—Al bosque: ya sabes que esta mañana quedamos en eso.

—Sí, pero estoy tan atacada de los nervios! respondió la Condesa, dirigiendo al Coronel una mirada de inteligencia: mi querido amigo, dispénsame... me hallo indispueta, y no puedo salir.

—El aire libre te hará bien.

—Podrá ser! pero no tengo ánimo para ir á

buscarlo... haré abrir los balcones; vete solo al bosque.

Estas réplicas, hechas en tono dulce y mimoso, tenían, sin embargo, un acento tal de negativa, que el Coronel presintió alguna escena desagradable, y se levantó para marcharse.

Era un hombron de seis piés, de formas atléticas, y largos bigotes rubios.

Saludó, y se dirigió á la puerta, sin que el Conde le mirase siquiera.

En cambio, la delicada Rita siguió al Goliat con una mirada llena de interés.

Así que salió el Coronel, la cólera de Gonzalo estalló como una explosion.

Sus facciones, siempre bellas y correctas, se vistieron de púrpura: sus ojos despidieron llamas: acercóse á su esposa con aire amenazador y le dijo con ira:

—¡Ya he dicho á Vd., señora, que no quiero que reciba á ese hombre.

—¿Y por qué? preguntó Rita dulcemente.

—¡Porque no me gusta!

—¡Esa es una razon para que no le recibas tú, pero no para que me prives á mí de recibirle!

—Pues le prohibo á Vd. que vuelva á verle.

—Siento mucho la prohibicion, porque no podré obedecerla.

—¿Es decir que seguirá ese hombre entrando en mi casa contra mi voluntad?

—¿Qué remedio? ese es el mundo, amigo mio:

á mí tampoco me agradan muchas cosas: ¿pero hemos de echar las gentes á la calle?

—Cuando molestan, sí: y eso es justamente lo que haré con el Coronel y con ese americano.

—¿Tambien te es antipático el Sr. de Benavente?

—En sumo grado: señora, las coqueterías de usted están repartidas entre esos dos hombres, á ninguno de los cuales puedo sufrir: no quiero que vuelvan aquí, y no volverán.

—¡Otro tanto podria decir Benavente de usted, caballero! observó Rita, que se irguió con soberbia despues de tan largo debate: tambien podia detestar á Vd. como antiguo adorador de su mujer.

—Hace ya mucho tiempo que lo fui, y él sabe que en el dia no trato de verla: esa es una excusa muy pueril, señora, y aseguro á Vd. que no me hace olvidar mi resentimiento por la ligereza de su conducta.

—Amigo mio, dijo Rita volviendo á su desdenosa dulzura: me duele la cabeza y estoy fatigada de tanta disputa: te suplico que me dejes tranquila.

—¿Te obstinas en no salir?

—Sí por cierto.

El Conde tomó su sombrero, y se marchó sin decir una sola palabra más, dirigiéndose á los jardines de las Tullerías, donde se encontró

con algunos amigos y tuvo que ocultar con una sonrisa la mortal inquietud de su espíritu.

Por fin, aquel fingido sosiego llegó á ser verdadero, y se fué á comer al club, donde ahogó sus pesares con algunas copas de vino del Rhin.

Poco despues de haberse marchado él, la cortina del salon volvió á levantarse, y el lacayo de la antecámara anunció:

—Mr. Florestan de Benavente.

El americano no habia perdido nada de su agradable aspecto: sus ojos estaban negros y brillantes: sus cabellos se conservaban negros tambien y lustrosos: su talle era de una elegancia perfecta: solo Dolores hubiera podido decir cuánta decrepitud física y moral se ocultaba bajo aquel perfumado exterior.

Dolores le aborrecia ya. Rita le habia dado uno de tantos afectos de pocos dias como llenaban su vida frívola y sin objeto.

En cuanto á él, amaba con la primera pasión verdadera, que habia abrigado, á aquella jóven delicada como un junco, perezosa como una criolla é inconstante como una mariposa.

Viéndola tan débil, que hubiera podido aplastarla con un dedo, hacia tres meses que venia siendo la víctima de todos sus caprichos.

Sus mimos, su coquetería inofensiva, el cuidado que ponía en su persona, su carácter de niña consentida, le volvian loco á él, anti-

guo veterano en las lides amorosas, azote de todas las mujeres de gran mérito, y que jamás habia creído en el poder del amor.

El americano se sentó al lado de la jóven Condesa, tomó su mano y la besó, reteniéndola entre las suyas.

—¡Qué ojeras tiene Vd., Rita! dijo luego mirándola atentamente: ¿está Vd. enferma?

—Lo que estoy es cansada, respondió ella llevando á la frente la mano que tenia libre: acabo de tener una reyerta con mi marido.

—Y yo, dijo Florestan, otra con mi mujer: ¡oh, qué insoportable yugo! á no ser por mi hija...

—¡Ah, sí! Vd. tiene una hija! exclamó Rita: ¡cuánto me gustan los niños! quisiera verla.

Y aquella imaginacion infantil produjo en el acto pensamientos dulces, porque todo el semblante de la Condesa se iluminó con los rayos de una cándida y verdadera alegría.

—Se la enviaré Vd. mañana, dijo Florestan.

—Pero ¿querrá su madre?

—No querrá: pero querré yo.

Aquella contestacion y el tono con que fué dada, anunciaban una terrible reyerta doméstica, en la que la víctima debia ser la pobre esposa; pero Rita no hizo alto en esto, y preguntó:

—¿Cómo se llama su hija de Vd.?

—María de la Luz, respondió Benavente: en



América hay muchas de este nombre: me agradaba, y se lo puse: le está muy bien, pues aunque solo cuenta tres meses, es hermosa como un rayo de luz.

—Y la otra... ¿sigue con mi hermana? preguntó Rita poniéndose colorada.

—¿Quién, la hija de Dolores? sigue con la romántica Marquesa, porque ningún otro apoyo tiene en el mundo.

—¡Pobre criatura! murmuró Rita, yo no tengo hijos, y, si su padre no se opusiera, me la traería.

—¡Usted!

—Sí! más compasiva que sus propios padres, yo me haría cargo de su suerte.

—Vd., Rita, es un ángel! exclamó con entusiasmo Benavente: cosa extraña es, en efecto, que Vd. y yo hayamos deseado proteger á esa pobre criatura y que ni su padre ni su madre hayan pensado en sacarla de su destierro: á decir verdad, esta prueba de duro corazón de mi mujer empezó á desilusionarme respecto á ella: yo quise amparar á su hija, y ella no lo sintió.

—Otro tanto me sucedió á mí respecto al Conde, dijo Rita: cuando Berta me escribió el abandono de esa niña, traté de que la trajese, y él se negó á ello.

—No, me respondió: te amo demasiado para imponerte el tormento continuo de su vista:

jamás la desatenderé, pero que viva lejos de nosotros.

Esta conducta me pareció friamente odiosa, y me dije:—pues que esto hace con su hija, ¿qué puedo yo esperar pasado su primer entusiasmo? Cerremos el corazón al amor, para no sufrir, porque las penas alteran el rostro y vuelven malo el carácter.

Rita dijo todo esto jugando con su pomito, que de cuando en cuando llevaba negligentemente á su fina nariz para aspirar la delicada esencia que contenía.

Luego continuó:

—He visto á su esposa de Vd. hace pocos dias, querido Florestan, y me ha parecido bellísima: su hermosura es tan perfecta, tan interesante, que debe hallar muy pocas rivales aun en París.

—No le niego yo su hermosura, respondió el americano, y tanto ménos puedo hacerlo, cuanto que con ella me cautivó hasta llevarme al altar. Pero hay en ella algo que me espanta y me hiela al mismo tiempo: además, su natural impetuoso y dominante se aviene mal con el mio, que lo es tambien... Rita, solo de los contrastes vive el amor, y la debilidad es para mí el mayor de los atractivos. Dolores es hoy una de las mujeres más distinguidas que yo conozco: me he complacido en cultivar sus naturales disposiciones para la música, para la pintura,

para los idiomas: de todo ha tenido maestros, y su educacion es perfecta: sin embargo, yo no la amo, y á ser más dado á preocupaciones, á tener otro carácter, el lazo que nos une estaria ya convertido en un nudo que me estaria ahogando, y que trataria de desatar: por fortuna, no es así, y veo con satisfaccion que Dolores empieza á vivir á su gusto: come sola, sale sola y recibe á quien quiere: esta libertad es la única que puede conservar la paz entre nosotros.

Florestan, al llegar aquí, miró á la Condesa, cuya superficialidad natural, cansada de escuchar tanto rato, habia buscado una postura cómoda: reclinada en su sillón, de modo que estaba en él como acostada, habia apoyado la frente en la mano y parecia abrumada de fastidio.

Benavente, á pesar de la dureza de su carácter, no sintió ningun acceso de cólera á la vista de aquel despreciativo silencio: solo una tristeza profunda se pintó en sus facciones, y se acercó tímidamente á aquella linda muñeca que le dominaba tan por completo.

—Rita, le preguntó con ternura: ¿está Vd. enferma? ¿la molesto acaso?

—Tengo jaqueca, respondió la jóven.

—¿Quiere Vd. que me retire?

—Sí... deseo estar sola y descansar.

—Adios pues, Condesa, dijo tristemente Florestan; volveré á la noche.

La jóven le contestó solo con un lánguido movimiento de cabeza. Florestan salió, volviendo dos ó veces la cabeza para mirarla, como si la desdeñosa criatura tuviera para él atraccion irresistible.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE.

## PARTE PRIMERA.

### Días de sol.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Lo que era una esposa y una madre en el año de 1835...	5
CAPÍTULO II.—Cómo era una casa decente en el mismo año.....	21
CAPÍTULO III.—Dolores y Modesta.....	31
CAPÍTULO IV.—Duo de un rruiseñor y un canario.....	39
CAPÍTULO V.—Una estrella entre nubes...	51
CAPÍTULO VI.—Dos santos y un demonio...	63
CAPÍTULO VII.—Siete años más tarde.....	81
CAPÍTULO VIII.—Un novio para la niña.....	99
CAPÍTULO IX.—Gonzalo.....	113
CAPÍTULO X.—La araña urde su tela.....	127
CAPÍTULO XI.—Amor.....	141
CAPÍTULO XII.—Berta.....	165
CAPÍTULO XIII.—Sombras.....	175
CAPÍTULO XIV.—Tinieblas.....	187
CAPÍTULO XV.—Noche profunda.....	193

## PARTE SEGUNDA.

### Tempestades.

CAPÍTULO I.—La hija del pecado.....	209
CAPÍTULO II.—Martirio silencioso.....	219
CAPÍTULO III.—La protectora.....	231
CAPÍTULO IV.—Oro y seda.....	241
CAPÍTULO V.—Pronósticos.....	255
CAPÍTULO VI.—Los contratos de boda.....	267
CAPÍTULO VII.—Al año de matrimonio.....	285









Stanford University Libraries



3 6105 020 109 430

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES  
STANFORD AUXILIARY LIBRARY  
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004  
(415) 723-9201

All books may be recalled after 7 days

DATE DUE

JUN 21 2000

JUN 21 2000

